JOSÉ A. GARRIDO LÓPEZ

LA VIDA EN UN VIAJE

UNA MIRADA AL 11-M

José A. Garrido López

LA VIDA EN UN VIAJE

Una mirada al 11-M

la esfera de los libros

Primera edición: febrero de 2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© José Antonio Garrido López, 2015
© La Esfera de los Libros, S. L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com
ISBN: 978-84-9060-279-9
Depósito legal: M. 33.338-2014
Fotocomposición: Creative XML, S. L.
Impresión: Cofás
Encuadernación: De Diego
Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

DEDICATORIA 5
AGRADECIMIENTOS 7
PREFACIO 8

PRIMERA PARTE

EL INICIO DEL VIAJE 13
AL ENCUENTRO DEL DESTINO 30

SEGUNDA PARTE

EL FINAL DEL VIAJE 49
LA HORA DE LA BARBARIE 53
TRAS EL HORROR, LA IRREALIDAD 86

TERCERA PARTE

LA VIDA DESPUÉS 96
LA ÚLTIMA PUERTA 119
NO ES CIERTO, NO TODOS ÍBAMOS EN LOS TRENES 128
¿QUIÉN HABLA EN NOMBRE DE LOS MUERTOS? 156

CUARTA PARTE

AL OTRO LADO DE LAS VÍAS 174
NO HAY EPÍLOGO 188

DEDICATORIA

Las dedicatorias me resultan complicadas por el temor a que alguien quede fuera de ellas, pero no por ese alguien, que en la mayoría de las ocasiones ni siquiera lo espera, sino por mí mismo, ya que después me perseguirá el remordimiento de haberle excluido. Sin embargo, creo que aun así es preferible dejar de nombrar a alguien que no nombrar a nadie.

Para que este libro haya sido escrito y haya visto la luz, hubo de ocurrir una enorme tragedia que nos conmovió hasta los cimientos; por tanto, mi primer recuerdo es para los protagonistas de este relato, aquellos que perdieron la vida aquel funesto día, que de tantas veces nombrado en el resto del libro ya no nombraré aquí, y a todos aquellos que quedaron marcados para siempre, ya sea física o espiritualmente, esperando que hayan logrado dejar de tener pesadillas.

A todos aquellos que de un modo u otro honran la memoria de los que nos dejaron y prestan su ayuda a los que quedaron. Entre ellos, no quiero olvidar a las asociaciones, sin excepción, que tanto ayudan a las víctimas de terrorismo, bien de manera personal, bien intentando el reconocimiento de su contribución y evitando que caigan en el olvido.

A todas esas familias que ya nunca fueron las mismas. Unas porque quedaron rotas para siempre y otras por el esfuerzo realizado para recomponer las vidas de los que continuamos aquí y darle sentido a nuestra existencia. Esto quiero personificarlo en mis propios familiares, quienes, además de estar siempre ahí, han mostrado una enorme sensibilidad dejándome hablar cuando lo he necesitado y respetando mis, a veces, demasiado largos silencios. Ojalá todos ellos puedan encontrar algo de paz.

AGRADECIMIENTOS

A todos aquellos que han hecho posible este libro. A la editorial, por su confianza en este proyecto. Me ha ofrecido la oportunidad y su apoyo para poder llevar a término este relato.

A mi familia, porque han sido los primeros correctores y lectores de estas páginas, además de ser protagonistas también en primera persona.

A ti, que ahora inicias la lectura y revives esta historia conmigo, para que el viaje que vas a comenzar te sea leve.

PREFACIO

Cuando me ofrecieron la posibilidad de escribir este libro tuve muchos reparos y creo que bastantes más temores. La primera reacción fue expresar mis dudas sobre si yo sería capaz de hacerlo; después si estaría preparado para transmitir, sin desvirtuarlo, aquello que pretendía contar, y finalmente si habría alguien que realmente quisiera leer un libro sobre un hecho tan terrible como el que se relata en él, escrito por alguien que lo único que puede contar es que estuvo allí ese nefasto día y que solamente muestra la visión de una mirada íntima y mezclada de recuerdos sobre lo que presenció o cree haber presenciado y cuyo único protagonismo consistió en haber tenido la suerte suficiente para mantenerse con las necesarias fuerzas para intentar echar una mano.

Finalmente, si me he decidido a lanzarme ha sido más por propia necesidad que por la posibilidad de que el relato pueda interesar a alguien, algo que, aunque sea por un sentimiento de pura vanidad, espero que ocurra.

En un par de ocasiones me han entrevistado, a lo que accedí más por ofrecer un pequeño testimonio que con una intención reivindicativa o por una necesidad de protagonismo, que por otra parte nunca he deseado. No soy un escritor profesional, cualquier posible lector podrá adivinarlo enseguida. No sé si el resultado final refleja lo que pretendía inicialmente. Sin embargo, estoy convencido de que en pocas ocasiones un libro ha sido escrito desde una memoria más profunda. En muchos casos he intentando descender a esos lugares que uno no querría visitar demasiado a menudo.

Las personas a las que aludo a lo largo del viaje en que se convierte el relato son todas reales; no solo, por supuesto, las que aparecen con nombre y apellidos, algunas de ellas desgraciadamente muertas, también aquellas otras que lograron salir con lesiones más o menos graves y que, incluso sin ser nombradas, aparecen «retratadas» en un instante; y quienes, estoy convencido, podrán reconocerse en el relato y de los que siento en el alma no haber conocido sus nombres, incluso algo más sobre sus vidas. Todas y cada una de las personas que ese día sufrieron los efectos del atentado son actores de esta tragedia. Al fin y al cabo,

tengo el convencimiento de que se habrán dado muchas situaciones parecidas a las aquí descritas, con distintos personajes, en cualquiera de los cuatro trenes. No los he vuelto a encontrar, o no soy consciente de haberlos visto. Me hubiese gustado, al menos para comprobar que lograron recuperarse de sus heridas.

A través de ellas he pretendido dar vida a todas aquellas otras personas que murieron o resultaron heridas, a quienes, sin conocerlas, sin saber sus nombres, llevaré para siempre en mi mente y en mi corazón. Y quedarán en los corazones de todos los españoles de bien, como una herida abierta y sangrante.

En una entrevista que me realizaron en una ocasión para la radio, cuando me preguntaron si hablaba con alguien, respondí que con mi mujer; pero, aunque no lo dije, añado ahora que también hablo con mis hijos. Pero también en muchas ocasiones he guardado silencio, algo que es infinitamente peor para los que te rodean. Ellos tres son los que han conseguido, con frecuencia a mi pesar, que llegara hasta aquí y que ahora haya podido enfrentarme a este relato, en el cual, aunque está escrito en primera persona, no pretendo ser el protagonista, sino únicamente el narrador: la memoria de lo que ocurrió en un instante mezclado con retazos sueltos de mi vida, todo ello sujeto a la subjetividad que yo mismo y el tiempo transcurrido podamos haber introducido.

No me gusta la denominación de héroe, algo que por supuesto no soy. Si ese día hubo héroes, son los hombres y mujeres que quedaron para siempre en las vías y andenes de los cuatro puntos donde explosionaron los trenes en los que tuvieron la mala suerte de encontrarse en el fatídico momento, y también lo son quienes, a pesar de luchar, no pudieron superarlo después. A todos los demás solo nos puede caber la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber, cada uno desde su posición, unos como ciudadanos responsables y otros desde la exigencia de sus puestos de trabajo.

Tampoco quiero ser ni que me consideren una víctima, y aunque me lo recuerdan y me insisten en que es algo que tengo que asumir para poder superarlo (aunque no sé muy bien qué), es un término que no me gusta porque me hace sentir vulnerable.

Ha sido un ejercicio duro desde el inicio, no solo por el hecho de escribir, sino porque a lo largo de todas las líneas he tratado de verter sentimientos y percepciones, sin querer ni pretender efectuar una valoración de los hechos vividos, aunque en ocasiones me surjan y refleje algunas dudas o alguna inquietud al respecto.

En cuanto a la dureza, mucho me temo que no solo hablo por mí. He de confesar que he cometido la fechoría de hacer partícipe de este viaje a mi familia, primero como víctimas indirectas cuando sufro el atentado y ahora al escribir el libro. Mi esposa, Carol, que

ese día se vio en la obligación de ser portadora de malas noticias, aunque finalmente no fuesen tan terribles y en este caso el final haya sido feliz. Hilda, mi hija, que ese día también iba a tomar un tren y a la que el azar, únicamente el azar, hizo que no estuviese conmigo esa mañana. Joselete, mi hijo, que ha sido quien ha puesto la memoria de mi primera llamada a casa ese día, esa mañana, y a quien no sé si le va a gustar que utilice el apelativo cariñoso con el que le conoce y trata toda la familia. Todos ellos se han visto forzados a revivir una vez más —¿solo una?— toda la tragedia: la mañana tan terrible que pasaron esperando a poder ir a por mí, a recogerme para llevarme de vuelta a casa, y todos los días que siguieron hasta hoy.

Nuestra vida no deja de ser un viaje, una maravillosa y, a la vez, terrible odisea que iniciamos con el nacimiento y del que todos conocemos el final, aunque nadie pueda afirmar cuándo o cómo acabará. En el trayecto entran y salen personas de nuestras vidas, tenemos nuestros propios hitos, como paradas ya marcadas de antemano. Un recorrido en el que poco intervenimos, en el que podemos decidir sobre cuestiones menores, aunque a veces creamos que tienen una gran importancia, pero del que no lograremos cambiar el final, al que nos aproximamos a cada instante. Por ello, lo importante es el camino en sí mismo, una travesía en la que quizás se nos permita elegir a nuestros compañeros y vivirla, aun dentro de la monotonía, como una gran aventura.

PRIMERA PARTE

EL INICIO DEL VIAJE

Es jueves y la primavera se encuentra ya a la vuelta de la esquina. Sin embargo el día despunta bastante frío. El despertador, con incansable obstinación, ha sonado a la hora habitual, las 5.45. Tras los actos mecánicos de costumbre salgo sin desayunar; los días laborables no suelo hacerlo en casa casi nunca, no sé por qué, es una costumbre que adquirí hace mucho tiempo. Como cada mañana, bajo al garaje, donde tengo aparcado el coche, enciendo el motor y me dirijo a la estación de tren. Todavía no ha amanecido cuando, sobre las 6.30, me uno a la vida de la ciudad. Aún falta una hora, en realidad es prácticamente noche cerrada. El tráfico empieza a notarse, pero todavía es bastante fluido y en poco más de diez minutos llego a la estación. Después me queda tomar al menos dos trenes para acudir al trabajo. Tal vez esa sea la parte más difícil, lo que peor llevo de cada día.

Mis jornadas comienzan temprano desde que, allá por septiembre, empecé a acudir diariamente a Madrid. Ahora mi trabajo se encuentra allí. Los días no cambian mucho y se inician siempre de manera casi idéntica. Primero llegar en coche hasta la estación y buscar un hueco para aparcar, gracias a Dios a esas horas todavía es relativamente fácil y rápido encontrar una plaza libre. Son aproximadamente las 6.45 horas cuando, como de costumbre, estaciono el vehículo cerca del mismo sitio que ayer, ¿o es el mismo? Hay días que, a la vuelta, confundo el lugar donde lo he aparcado, tan parecidas son unas mañanas a las otras. Lo siento por aquellos que lleguen treinta minutos más tarde, porque lo van a tener bastante más complicado. Se me antoja algo fascinante comprobar cómo se despierta la ciudad. A pesar de lo temprano que es, el aparcamiento de la estación normalmente ya se encuentra casi completo o repleto del todo, lo que me hace sospechar que muchos vecinos, los más madrugadores, han abandonado ya el calor de sus hogares para comenzar su jornada laboral en un lugar diferente, mientras el resto, todavía ajeno, aún dormía. Aunque todavía hay algunas plazas libres, las que ya se encuentran ocupadas me

recuerdan que hay personas que han tomado trenes anteriores al mío o que tras trabajar durante la noche volverán a sus casas en el tren que yo tomaré. Me consuelo diciéndome que tampoco soy el que más madruga, ni el único.

El trasiego de trabajadores y viajeros ya es elevado y constante a esas horas y las cafeterías del paseo de la Estación, casi todas abiertas desde hace rato, acogen a los clientes más tempraneros, quienes buscan el primer y reconfortante café de la mañana. Una puerta se abre y del interior del local escapa una oleada de calor y un agradable aroma. Algunos días de invierno, cuando voy con tiempo suficiente, yo también entro a alguna de ellas a tomar un café que me estimule y sacuda la apatía y el sueño. Hoy es algo distinto, la semana ya está casi terminada, el sentimiento de desánimo que nos acompaña desde el lunes se diluye y el cansancio que vamos acumulando durante la semana se desvanece, parece que se respirase más alegría, como si la proximidad del fin de semana y de los días de descanso inyectase una cierta euforia en el ambiente. La gente parece más animada. Los viajeros están más habladores, ríen y dormitan menos. Yo también lo noto. El viernes, no obstante, es el día que más claramente se percibe esta sensación y además los vagones ofrecen igualmente un aspecto menos atiborrado de pasajeros. La gente desea aprovechar más el fin de semana y utiliza sus propios coches para llegar al trabajo, con la ambición de regresar antes a casa tras la jornada, aunque a mí siempre me cabe la duda de que sea una buena idea, sobre todo cuando desde el tren tengo oportunidad de observar la autovía atestada de coches. Yo también he caído a veces en la trampa de querer arrancar unos minutos a los dos días de descanso, he sufrido las interminables y agotadoras caravanas y he podido observar las caras de mal humor y el estrés de los conductores sintiendo escaparse los minutos, preguntándose por qué todo el mundo ha tenido la misma feliz idea o por qué no habrá tomado otro itinerario. No creo que merezca la pena, ni que sea la mejor manera de empezar nuestro merecido descanso semanal.

Vivo en esta ciudad desde hace años, aunque no ha sido siempre en esta dirección, a la actual nos mudamos al regresar de Francia, donde permanecí algo más de tres años por cuestión de trabajo, acompañado de mi familia.

Antes del traslado, lo tenía más fácil para llegar al trabajo, pues vivía y trabajaba en la misma ciudad y como esta no es muy grande estaba relativamente cerca de casa. Una calidad de vida y un lujo del que solo te percatas cuando lo has perdido después de disfrutarlo. Sobre todo en esos momentos en que tienes que levantarte mucho antes de la hora de entrada al trabajo y cuando

transcurre tanto tiempo entre la salida del trabajo y la llegada a casa que tienes la sensación de estar perdiendo media vida en el coche o en los transportes públicos.

Cuando disponemos de un puesto de trabajo cerca de casa no nos ponemos en el lugar de otras personas, compañeros menos afortunados, ni concedemos importancia a las peripecias que han sufrido cuando les vemos llegar, ya con cara de cansancio. Por desgracia, en los momentos actuales la dificultad mayor esté en obtener un trabajo y mantenerlo, sin importar demasiado dónde se encuentre.

Son sensaciones únicamente entendidas y compartidas por esos vecinos de rostros anónimos de asiento de vagón, de autobús, de banco de estación. A decir verdad, en mi caso, siempre que puedo, si el sueño y el desánimo no me lo impiden, trato de evitar que este lapso se acabe convirtiendo en tiempo perdido e intento aprovechar la duración del trayecto. Ahora dispongo de unos momentos que me permiten leer y, aunque en muchas ocasiones no es fácil concentrarse debido al movimiento del vagón y al continuo ir y venir de pasajeros, trato de sustraerme del entorno para estudiar y realizar parte de las tareas que, de otro modo, tendría que efectuar en casa.

Mi hija está a punto de acabar Derecho y este curso ha iniciado en Madrid las prácticas de sus estudios universitarios. Ha empezado a venir conmigo y hoy tendría que haberla despertado; pero ella no necesita llegar tan temprano, le gusta que hagamos juntos el viaje para poder compartir conmigo ese tiempo del trayecto desde casa que juzgamos… ¿perdido? Solo compartimos una parte del viaje, luego yo cambio de tren y ella continúa hasta su lugar de trabajo.

Anoche nos fuimos a la cama muy tarde y esta mañana me ha dado un poco de pena despertarla tan temprano, así que he decidido dejarla que descanse un rato aún.

—Hilda, me voy ya, duerme un poco más.

Prefiero que hoy se vaya tranquilamente, cuando al menos sea de día, y aunque después se arrepentirá, creo que agradece la sugerencia. Parece que al realizar el viaje acompañados de algún familiar o amigo, con quien ni siquiera es necesario ir hablando, evitamos la sensación de soledad que nos invade a todos en algún momento, rodeados de gente a la que no conocemos, caras que apenas retendremos en nuestra memoria, hartos de esperar en los andenes y soportar tediosos trayectos en cercanías y la impresión de que nuestra vida se paraliza en el tren. Al abandonar el garaje y salir al frío de la, todavía, noche, me alegro de no haberla sacado de la cama a esas horas. En casa siempre nos acostamos tarde. «Pero hoy me iré a dormir temprano», me digo una vez más. Es una vieja

promesa que me hago cada vez que el cuerpo me protesta en la mañana, cuando las consecuencias del cansancio y la falta de sueño empiezan a hacerse visibles al final de la semana. Pero en mi interior tengo el convencimiento de que, como pasa con aquellos votos que efectuamos con cada una de las uvas de fin de año, este tampoco lo cumpliré. El reparador fin de semana renovará las menguadas energías y me hará olvidar la fatiga acumulada, o algo ocurrirá que me mantendrá despierto hasta altas horas. Lo cierto es que necesito sacar horas y solo dispongo de las de la noche y, ahora, también de las del tren.

Creo que no somos del todo conscientes de cómo nuestra vida se va tejiendo con pequeños detalles a los que no concedemos importancia, pues, aparentemente, parecen no tener mucha trascendencia, y sin embargo son esos minúsculos fragmentos de vida los que, día a día, van modificando —¿o van confeccionando? — nuestra existencia, mientras que nosotros, con una arrogancia la mayoría de las veces involuntaria, nos consideramos los artífices de nuestro destino. Es el azar para unos y la predeterminación para otros, si es que existen, lo que va entrelazando de una manera concreta y no de otra los acontecimientos en las vidas de las personas para que, finalmente, acaben siendo lo que son y nos conviertan en lo que somos, a pesar de nosotros, a pesar de nuestros intentos, vanos la mayoría de las veces.

Las personas, algunas no tan mayores, que vemos santiguarse cuando salen a la calle por primera vez en la mañana efectúan una acción, la mayoría de las veces rutinaria y asimilada con los años, que implica la aceptación de nuestra falta de control sobre la propia vida.

Ya en el coche, mientras enciendo la radio camino de la estación, me digo a mí mismo que debería retomar la costumbre de ir andando. Antes lo hacía a menudo. Siempre que puedo me gusta escuchar la radio para ponerme al día de los últimos acontecimientos. El programa que sintonizo normalmente es tranquilo y amable, lo prefiero a esos otros que aprovechan la resonancia que les ofrecen las ondas para hacernos iniciar el día con cara de pocos amigos y enfadados con todo el mundo. Esta mañana no dejan de martillearnos con el mismo asunto que, desde hace tiempo, también ocupa las portadas de los periódicos: las elecciones generales. Supongo que es lo normal, dada su trascendencia y puesto que están ya muy próximas.

Con frecuencia me pregunto cuántos acontecimientos de interés se producirán diariamente en el mundo y en España sin que lleguemos a tener conocimiento de ellos, y por qué las cadenas de radio y televisión o la prensa escrita únicamente convierten en

noticia o consideran de interés los mismos dos o tres asuntos, que se repiten de forma machacona, independientemente de la cadena que escuchemos o el periódico que leamos, en los que solo cambia el titular y enfoque de la noticia. *¿Quién decidirá convertir o no un acontecimiento en noticia?* Así que esta mañana me toca llegar a la estación acompañado por las noticias de los últimos actos de una campaña electoral más de los distintos partidos políticos. La campaña, que oficialmente empezó hace dos semanas, ha tenido sin embargo un «precalentamiento» bastante largo. Aunque se ha intensificado en estos días, ya toca a su fin, pues las elecciones son este domingo, no sé si decir por suerte. Puede que únicamente me ocurra a mí, pero tengo la sensación de que estamos en un bucle continuo de elecciones, o al menos escucho a los políticos como si así fuese.

Salgo del coche y enfilo andando por el paseo de la Estación, un nombre bastante poco original, pero efectivo, como puede ser en los pueblos la calle o el camino del cementerio. Prefiero dejar el vehículo estacionado al inicio de esta calle en lugar de apurar hasta el aparcamiento. Con ello me engaño pensando que hago más ejercicio y, con la cabeza agachada, tratando de esconderla del relente del amanecer, me dirijo a la estación.

No es grande ni moderna, es bastante diminuta y sigue conservando una apariencia humilde de apeadero: una construcción del mismo estilo impersonal que casi todas las demás que se encuentran en el recorrido. Creo que está poco en consonancia con su entorno. La ciudad se ha desarrollado bastante, posee un mayor atractivo y dejó de ser pequeña hace tiempo… ¿Habremos sobrepasado ya los doscientos mil habitantes? He leído que la estación es bastante antigua, pues su primera construcción data de mediados del siglo XIX. Sus paredes se han mantenido desde entonces como testigo mudo de abrazos, lágrimas de alegría desbordante y de tristeza reprimida. En sus años de existencia ha cobijado la dicha de infinidad de recibimientos, de reencuentros, también penosas separaciones, algunas temporales y otras que, quizá sin saberlo en el momento de la despedida, lo fueron para siempre. Me viene a la memoria un programa de televisión, ya en el olvido para muchos: *Si las piedras hablaran*.

Llevo conmigo mi bolsa, una bolsa negra, de un material bastante resistente y un poco desgastada ya, que me acompaña a todas partes desde hace años y en la que llevo mis papeles, mis apuntes y todo aquello que no sé dónde ubicar.

—¿Por qué no la jubilas ya, no te parece que ya ha rendido lo suficiente? —me comentan en casa.

—¿Quieres que te regalemos una para tu santo? —me han

preguntado mi mujer y mis hijos.

Pero es que se me hace difícil verme sin ella colgada del hombro. Después de haberla paseado por media Europa, la he cogido cariño, como si alguien pudiese encariñarse con una bolsa, y me da un poco de pena arrumbarla. Así que desde hace tiempo se ha convertido prácticamente en una acompañante en mis aventuras y ahora viaja conmigo como compañera de estudios.

Estos días tengo bastante que repasar. Mi trabajo ahora consiste en estudiar, ya que he iniciado un curso de alemán en la Escuela Militar de Idiomas de la Defensa, que me obliga a «echar horas» y dedicarle tiempo también en casa. La escuela, conocida familiarmente por sus siglas, Emid, cuando nos referimos a ella, está ubicada junto al Hospital Militar de la Defensa, el Gómez Ulla, en el barrio de Carabanchel, que es a donde me dirijo hoy, como cada día desde que empezó el curso escolar. Sin embargo, a pesar de que el trabajo es duro, aunque las muchas horas de clases, casi seis diarias, y los viajes en tren me dejan extenuado, puedo decir que disfruto de la escuela. Me gusta lo que hago, tengo unos compañeros excelentes. En realidad somos muy pocos alumnos y, en muchos casos, finalmente hemos trabado una buena amistad: el ambiente en el aula es de verdadera camaradería. Dos profesores y una profesora imparten las clases. Son muy buenos y tenemos buena relación con ellos. A menudo comentamos que ellos tres pueden turnarse para las clases, como normalmente hacen, pero que nosotros siempre somos los mismos, con lo cual, entre los tres, consiguen mantenernos agotados desde que se inicia la semana. Los viajes diarios en tren hasta Atocha me sirven para preparar alguna clase o repasar los apuntes y con ello también intento que el trayecto no resulte un tiempo muerto, me sea útil y sobre todo que constituya una continuación de mis actividades diarias.

El día sufre muy poca variación con respecto a los demás. Habitualmente, las mañanas tampoco cambian mucho de una a otra. Alguien decía que somos animales de costumbres aunque yo prefiero hablar de rutina, porque en esta última intervienen elementos ajenos a nosotros, que escapan a nuestro control y sobre los que no tenemos capacidad de actuar, como en gran parte de las vicisitudes que afectan a nuestra vida. En realidad, si lo pensamos, los días se suceden de manera bastante rutinaria, sin grandes alteraciones para la mayoría de los mortales. Incluso en una vida de aventura continua, finalmente también se encontrará la rutina. Es en esta necesaria repetición donde encontramos refugio cuando deseamos que nuestra vida discurra de manera apacible y ordenada; son los hechos rutinarios los que favorecen que podamos superar las situaciones que pretenden convulsionar nuestra existencia y que en

muchas ocasiones lo consiguen.

No sé si eso es bueno o malo, pero la monotonía hace que la gente mantenga una expresión casi idéntica, sobre todo a esas horas de la mañana. Me refiero al resto como si yo fuese distinto o a mi rostro asomase una expresión diferente, pero es seguro que alguien dirá o pensará lo mismo de mí. Camino de la estación reconozco ese semblante en algunas caras de la gente con la que me cruzo todos los días. No sé quiénes son y nunca nos saludamos, ni siquiera nos miramos, pero finalmente se convierten en rostros familiares, por mucho que sean olvidados con facilidad.

Aunque podría identificar los rostros de algunos de ellos, otros me resultan desconocidos o no recuerdo haberlos visto antes. Además muchos llevan gorros y bufandas y no dejan ver bien sus caras, algo habitual que no despierta mayor curiosidad. Debajo habrá expresiones similares. Este jueves continúa haciendo frío, aunque por suerte parece que hemos salido de la ola que nos mantuvo tiritando la semana anterior.

Son las siete. Un día más, como de costumbre, con el billete mensual en la mano, me dirijo directamente a los andenes tras pasar a través de las puertas automáticas y camino hacia el tren, que en breve iniciará la marcha. Las 7 de la mañana… ¿o son las 7.05? Supongo que tampoco tiene mayor importancia, *¿qué puede importar la diferencia?, es un día como otro cualquiera*, o al menos aparenta serlo. Sin embargo, hoy, como cada día, otros dados están siendo jugados en alguna parte sin que seamos conscientes de ello.

Contemplo los dos trenes que se hallan en las vías esperando su turno para iniciar el diario recorrido. Junto al que acabo tomando, otro tiene previsto emprender su viaje unos minutos más tarde. En realidad me da igual uno que otro. La diferencia de tiempo es poca, pormenores apenas sin importancia, unos minutos, otra vía, pero ya que estoy aquí, me encamino hacia el que anuncia su salida con más antelación y de este modo voy ganando algunos minutos. Así que me decido y subo al que me está aguardando en la vía 2. No se distingue de cualquier otro y está compuesto por seis vagones. La vida se teje sobre todo con los pequeños detalles; en realidad, son pocos los que marcan la diferencia en el rumbo que puede tomar nuestra existencia.

Las personas que consumimos tanto tiempo desplazándonos a diario en el tren o cualquier otro transporte público consideramos cada instante de una enorme importancia, aunque en realidad no lo sean tanto si no podemos vivirlos. A veces ideamos verdaderas estrategias para adelantar ese par de minutos que, en mi caso, son los que necesito para tomar un café antes de iniciar las clases.

Entro en el vagón, que como siempre es el último. Otra vez

interviene la rutina, aunque aquí también juegan su pequeño gran papel la comodidad y la rapidez, porque luego, al finalizar esta etapa del trayecto, precisamente ese vagón queda situado muy cerca de las escaleras que me conducirán al siguiente tren, y de este modo gano al menos… ¡otro minuto! Cuando comenzamos a viajar en cercanías iniciamos la búsqueda, y sin percatarnos de ello vamos probando los vagones, nuestra plaza dentro del vagón, hasta que encontramos el sitio adecuado; o el sitio nos encuentra a nosotros, de manera que finalmente los movimientos se efectúan de modo casi repetitivo. Yo también realicé mi búsqueda los primeros días hasta encontrar mi lugar.

—Buenos días.

Reconozco la voz amiga y me vuelvo. Entre la gente que se mueve por los andenes descubro la cara sonriente de quien me ha llamado. Es un compañero que también va a trabajar a Madrid. Saludos y algunos breves comentarios, no hay tiempo para más, sobre las últimas novedades del trabajo.

—¿Qué tal lo llevas?, a ver si quedamos y tomamos un café, que solo nos vemos en el tren.

Prometemos que quedaremos un día para charlar más tranquilamente. Con la casi certeza de que lo tendremos difícil, nos transmitimos recuerdos para amigos comunes y tras despedirnos él se dirige a otro vagón, a *su* vagón, porque también él tiene su rutina y otra estación en la que trasbordar rápidamente para alcanzar antes la salida.

Lo cierto es que cada mañana muchos amigos viajan en el mismo tren o en alguno muy próximo en tiempo. También lo toman otros muchos compañeros de profesión, la mayoría de ellos conocidos —«me suena su cara»— y muchos otros a quienes no conozco. «Si un día alguien manda firmes, nos levantamos más de la mitad», nos solemos decir entre bromas. El asiento que ocupo habitualmente es el mismo de todos los días, el de costumbre… aunque hoy no será posible, he llegado con poco tiempo de anticipación y desde el andén advierto por la ventanilla que alguien se ha apropiado ya de *mi sitio*. Una chica rubia, creo, se ha adueñado de él y casi me enfado porque lo creo de mi propiedad. «¿Quién se habrá creído que es para sentarse en mi sitio?». Así que esta mañana no tengo más remedio que cambiar y sentarme en otro lugar, y creo que de nuevo intervienen los pequeños detalles que nos marcan el destino. Es posible que alguien se enfade a su vez conmigo por haber ocupado esa plaza, por quitarle *su asiento*.

Me parecen siempre las mismas personas, las mismas caras, los mismos abrigos, gente a la que en su mayoría no conocemos, con la que nunca hemos hablado y probablemente nunca entablemos una

conversación, pero que finalmente pasa a formar parte de nuestra vida, de nuestra rutina diaria.

Nada más instalarme en el asiento, como cada día, saco el material de estudio. De manera consciente, realizo los movimientos con cierta lentitud, así intento expulsar la prisa y me preparo para el viaje. Pongo la bolsa en el portaequipajes y procuro concentrarme para iniciar la lectura. No me quito el abrigo porque dentro todavía hace frío, pues las puertas permanecen abiertas y, de momento, la calefacción continúa apagada.

• • •

Soy un enamorado de Madrid, creo que desde pequeño, bastante antes incluso de pensar en la posibilidad de que un día podría visitarla, probablemente influenciado por el hecho de que entonces casi todas las noticias giraban alrededor de la capital de España. No podía imaginar en aquel momento que sería aquí donde terminaría viviendo y formando una familia. De todos modos, ¿quién es realmente de Madrid en Madrid? Bueno, mis hijos sí lo son y cada vez que afirmo que yo me considero madrileño de adopción, tratan de darme un poco de envidia y me recuerdan, una vez más, que ellos dos nacieron en Madrid, concretamente en la calle Arturo Soria. Lo cierto es que, con todos los inconvenientes que pueda tener como gran ciudad, y a pesar de ellos, a mí me parece especialmente acogedora y un lugar donde nadie se siente extraño ni extranjero.

Alcalá de Henares es, no obstante, la ciudad donde me he sentido acogido como uno más desde que, hace bastantes años, llegué a mi primer destino en la Brigada Paracaidista. También tengo que agradecerle el haber conocido a la que hoy es mi esposa, que, ¿casualidad?, tampoco es de aquí. Llegó desde Asturias en las mismas fechas que yo lo hacía desde el extremo opuesto de la geografía española. Me siento completamente integrado en la vida de esta ciudad a la que he visto crecer y mejorar. Siempre que tengo ocasión, recomiendo a mis amigos que la conozcan, amigos que viven en Madrid y nunca la han visitado. Posee un bonito centro histórico y, como en muchas otras poblaciones españolas, en ella también pueden observarse las huellas de la historia de España. Desde su asentamiento celtibérico hasta la más conocida época medieval y renacentista, Alcalá, la Complutum romana, albergó también un emplazamiento de defensa árabe, de donde hereda su nombre. De antigua tradición universitaria y con una gran actividad cultural, su casco histórico y su universidad fueron declarados Patrimonio de la Humanidad en 1998 como reconocimiento a su condición de primera ciudad planificada con esa finalidad.

En esta universidad he hecho realidad una de mis pasiones. Cuatro años atrás empecé la licenciatura en Historia en el Colegio de Málaga. En este tiempo puedo decir que he estudiado en los lugares más insospechados, desde campos de maniobra hasta la enorme serrería industrial que, en Kosovo, en la localidad de Istok, nos hizo durante seis meses las veces de improvisado hogar y lugar de trabajo.

• • •

Ahora el tiempo del trayecto lo distribuyo entre la lectura de los apuntes de la carrera y las lecciones para las clases de idioma que corresponden a ese día. En algunas otras ocasiones dedico la totalidad del recorrido hasta Madrid para la Emid y otras para la universidad. Me temo que hoy el inicio de las clases va a ser duro, así que toca estudiar alemán.

En el vagón hay gente que charla, muy poca en realidad, tal vez porque todavía es muy temprano o simplemente porque no tenemos a nadie con quien hacerlo. Muchos viajeros dormitan mientras escuchan música o la radio con los cascos incrustados en los oídos, una moderna forma de aislarnos aún más de nuestros semejantes. También observo a algunos lectores; unos leen algún libro, aunque la mayoría de ellos ojea, sobre todo, cualquiera de los periódicos gratuitos que reparten a la entrada de la estación. Yo procuro cogerlos siempre y algunos días, cuando tengo poco que estudiar, también a mí me gusta leerlos para constatar que, efectivamente, contienen las mismas noticias.

A menudo descubro miradas furtivas lanzadas por algunos pasajeros. Mientras dura el viaje, nos convertimos en objeto de estudio unos de otros, nos vamos observando, nos analizamos. Cuando advertimos que hemos sido sorprendidos, esquivamos la mirada inmediatamente, como si hubiésemos sido pillados en una falta. Los trenes se asemejan a los ascensores, estancias donde nos adivinamos demasiado cerca los unos de los otros. Nos encontramos en un recinto excesivamente reducido en el que nos sentimos invadidos en nuestro espacio vital o, algo aún peor, nos tocamos y por ello evitamos mirarnos. Somos como las islas de un archipiélago, que son hermanas, se ven a diario; pero se ignoran siempre en la distancia, no se tocan. Esa es la razón por la que nuestros vecinos de asiento, en casi su totalidad, permanecen anónimos, sin pararnos a pensar que tras las gafas de quien lee el libro o el periódico o bajo los cascos de quien escucha música, a veces demasiado alta, se refugia una persona con una vida tras de sí, con sus esperanzas y sus ilusiones, del mismo modo que para ellos yo no pasaré de ser un rostro más, de quien alguien alguna vez

habrá experimentado la curiosidad de saber qué esconde.

Nuestro trayecto diario en el cercanías, al igual que quien de manera habitual toma el puente aéreo por cuestión de trabajo, no es en absoluto como otros desplazamientos que podamos llevar a cabo. No es un viaje, aunque así lo denominemos, es… otra cosa distinta. El viaje es una aventura, un acontecimiento buscado y deseado, algo que contaremos como una parte importante de nuestras vivencias, en el que buscaremos otras experiencias y del cual conservaremos amigos.

Sin embargo, tengo la impresión de que estos recorridos diarios no los reconocemos como parte de nuestra vida; por el contrario, los consideramos como una interrupción en el diario acontecer de nuestra existencia, como si fuesen algo extraño y ajeno a nuestro pequeño universo. En el tren no vivimos, simplemente nos desplazamos de un punto a otro mientras que en el exterior, el resto del mundo, al que vemos pasar por las ventanillas, continúa palpitando y en movimiento, indiferente a nosotros. En el cercanías no queremos hacer amigos, evitamos la conversación e incluso el contacto con los viajeros que no conocemos. Definitivamente, no disfrutamos del tiempo que pasamos en el tren. Como si se tratase de un paréntesis en el que nuestras vidas quedasen congeladas en el momento en que subimos y se cierran las puertas, para volver a reactivarse una vez que se abren de nuevo y lo abandonamos.

Un desalentador y triste pensamiento del que surge un impulso… con bastante más frecuencia de la que me gustaría, me sorprendo intentando llevar a cabo un ejercicio y, también a escondidas, examino a la persona que, enfrente de mí, se oculta tras su máscara de anonimato, alguien que igualmente parece haber dejado una vida en suspenso, en algún lugar fuera de este tren. Así que pruebo y trato de averiguar cómo será su vida, de qué modo transcurrirá fuera del tren; ¿estará a punto de jubilarse?, ¿tendrá hijos?, ¿será su primer día de trabajo?, ¿sacará buenas notas?, ¿será feliz? Realmente no me formulo las preguntas, simplemente intento recrear su biografía, imaginar la vida que pienso puede haberle tocado vivir.

A mi alrededor los asientos ya están todos ocupados y a mi lado se ha sentado alguien. Es un chico no muy mayor, digo buenos días de manera mecánica, respondiendo a un saludo que no es nada frecuente, pero lo cierto es que no presto excesiva atención. Yo también me comporto como una isla, no levanto ni la vista, abstraído como estoy en leer mis apuntes e intentando desvelar algún detalle de la vida de mi vecino.

Suena la hora y con una puntualidad bastante aceptable el tren inicia la marcha. Las luces blancas, como de costumbre, parpadean

en rojo sobre las puertas y se oyen insistentes los agudos pitidos que advierten de su cierre. Sé que son necesarios, pero creo que suenan siempre demasiado altos y estridentes, y cada día se me hacen más difíciles de soportar.

Tras las habituales carreras de los viajeros rezagados, que hoy han apurado un poco más que de costumbre y que consiguen entrar justo antes de que se produzca el cierre de las puertas, el tren se ha puesto en movimiento lentamente. Con un quejido provocado al liberarse de los frenos que le mantenían prisionero, se separa poco a poco del andén y se va alejando de la estación.

Ahora comenzarán a desgranarse las estaciones con una invariable monotonía. Nueve pequeñas pausas hasta llegar a Atocha, donde se encuentra el final de trayecto para la gran mayoría de nosotros. Ahí, cuando el tren llega al término del primer tramo de nuestro viaje, nuestra vida se reactiva y volvemos a la rutina del trabajo, de los estudios, de la familia. Nos recuperaremos del entumecimiento y retomaremos nuestra vida o bien volveremos a quedar congelados una vez más, sumidos en el letargo de un nuevo recorrido en tren, metro o autobús hasta lograr alcanzar nuestro destino.

No obstante, esta mañana el final de nuestro camino, el que para muchos será su último viaje, se va a producir antes de lo habitual y de la manera más horrible que uno pueda imaginar. No lo he advertido antes, porque realmente en estos momentos aún no tiene mucha importancia y aparentemente no es más que otro jueves cualquiera, una fecha más en el calendario, que no se diferencia de ninguna otra. Sin embargo, hoy se ha producido una fatal conjunción: nos encontramos en 2004 y precisamente este jueves, hoy, es 11 de marzo.

AL ENCUENTRO DEL DESTINO

Un día más observo por la ventanilla cómo el tren se desliza suavemente. Tras dejar detrás de nosotros el entramado que forman las vías de entrada a la estación, empieza a acelerar para adquirir su velocidad habitual, aunque no la mantendrá por mucho tiempo. Tardaremos poco más de siete minutos en alcanzar la siguiente estación, la primera escala en nuestro viaje, una parada situada en la vecina localidad de Torrejón de Ardoz, a unos 10 kilómetros de distancia.

La mañana no hace presagiar nada maligno ni aciago. No percibimos nada todavía, pero cuando se han cerrado las puertas del vagón se ha sellado nuestro sino. La fortuna, en algunos casos, ha propiciado que para personas que normalmente tomaban esos trenes, ese día no sonase el despertador y se durmiesen o tuviesen que acudir al médico o estuviesen enfermas, mientras en algunos otros casos la fatalidad ha decidido que quienes normalmente no viajaban en el tren a esa hora concreta o simplemente no constituía su medio de transporte habitual tuvieran que utilizar ese tren, ese vagón y ese asiento concreto, precisamente ese día. Los hados bajaron del tren a unos y a otros les hizo tomarlo: unas personas que, desconocedoras de cómo se estaba tramando la desgracia, fueron al encuentro de su destino, pues la parca había decidido que ese era justamente el día marcado en su particular calendario para cortar el hilo de sus vidas haciendo caer la desgracia sobre ellas y sobre sus familias, para dejarlas hundidas en una desdicha perpetua.

En el momento en que hemos abandonado la estación, la muerte, como una pasajera más, ya viaja con cada uno de nosotros, invisible e inexorable bajo la forma de cuatro artefactos explosivos depositados en cuatro de los seis vagones que componen el convoy, cuatro bombas transportadas por unas bestias sanguinarias. Qué inconscientes somos de nuestro destino, cómo juega con nosotros la fortuna. Algunos de los que esta mañana corrían apresurados para tomar el tren en el último momento, luego desearían no haber llegado a tiempo.

• • •

En la actualidad, la primera parada nos la encontramos en La Garena, apenas unos minutos después de abandonar Alcalá. Se trata de una nueva zona residencial y comercial dentro del término municipal de Alcalá de Henares, construida muy cerca del casco urbano. Esta estación se puso en funcionamiento ese mismo año 2004 y tiene una arquitectura de diseño más moderno, pero también es bastante fría y poco acogedora. Dispone de ascensores, escaleras mecánicas y mucho cristal, un material muy poco cálido. Posee un mobiliario escaso, que se reduce a unos bancos situados en los andenes o en la pequeña sala habilitada para evitar la crudeza del invierno, y la única nota de color la pone su minúscula cafetería. Este lugar aún carece de la atmósfera melancólica y la pátina especial que impregna otras estaciones con más antigüedad. Dentro de muchos años, también esta estación, que ya habrá perdido su lustre y la apariencia de modernidad, desprenderá ese peculiar aire entre la tristeza, la melancolía y la esperanza que cada uno de los viajeros, cada uno de nosotros habremos ido depositando en sus paredes y rincones con el trascurso del tiempo y en sus paredes de cristal también resonarán los ecos de sueños cumplidos o esperanzas rotas. Sin embargo, hoy día, lo único que separa todavía las estaciones de Alcalá de Henares y Torrejón de Ardoz es un tramo de campo prácticamente yermo, salpicado con polígonos industriales de los dos municipios. Esta extensión prácticamente vacía es cada vez más reducida y estas dos ciudades emblemáticas de la región parecen destinadas a unirse. De hecho ya empieza a confundirse dónde acaba una y dónde empieza la otra. Ambas, como el resto de esta comarca, son un referente de la industrialización de Madrid.

• • •

La misma voz metálica de siempre, con más decibelios de los que a muchos nos gustaría, logra imponerse finalmente sobre el rítmico y monótono sonido del tren, que continúa deslizándose sobre las vías y nos anuncia las estaciones por megafonía de manera mecánica. En cada estación se oye el sonido neumático, como de aire que escapase, que hacen las puertas al abrirse y luego, una vez que los viajeros han subido, el pitido intermitente y agudo que anuncia el cierre, e inmediatamente después, un golpe sordo y seco, cuando se cierran. Después de hoy, ese mismo ruido va a sonar más lúgubre y sobrecogedor, como si estuviesen girando la llave de una celda para dejarnos encerrados dentro.

La suerte ya lo había decidido, pero el instrumento del que se valió, quienes pusieron las bombas y llevaron a cabo el crimen son simplemente unos asesinos malnacidos, ellos y aquellos que fueron

capaces de poner en su cabeza y su alma toda la ponzoña necesaria para conseguir un absoluto desprecio por la vida de sus semejantes.

Días más tarde, la policía me preguntará si he visto algo anormal o podría reconocer a alguien con aspecto que pudiese parecer sospechoso. Respondo que lo habría deseado, pero que no, aunque yo también me pregunto muchas veces si los he visto o he podido incluso cruzar la mirada con ellos; pero desde luego, si ha ocurrido, ni siquiera he sido consciente de ello. No he observado nada diferente de cualquier otro día, ni un solo detalle fuera de lo normal. Tampoco he advertido ningún rasgo o actitud distinta en los demás pasajeros. Los asesinos en general y los terroristas en particular, a pesar de las fotos que vemos en la televisión o miramos en las comisarías que muestran caras y expresiones que parecen llevar escrita en la frente su condición de criminales, no presentan, como si se tratase de un estigma, ninguna marca distintiva, ni se diferencian de cualquiera de nosotros en su aspecto exterior. La única distinción es la negritud del alma y esa no es visible; *¿lo harán a propósito para que luego no se les reconozca?*

¿Quién puede esperar que esa persona con la que te acabas de tropezar lleve una mochila repleta de explosivos, que quien se disculpa con una sonrisa planee asesinarte? Nadie puede sospechar que aquellas personas con las que convivimos sean otra cosa que lo que presuponemos o aquello que nos cuenta. Nadie quiere imaginarlo. Y hay que pensar que, necesariamente, son vecinos de alguien. Nada los distingue exteriormente del resto de los mortales, lo único que los hace diferentes es su vileza, su crueldad y maldad, pero esas características, en la mayoría de las ocasiones, no tienen un reflejo en su aspecto externo. Cuántas veces hemos advertido la sorpresa y el miedo reflejados en los rostros de la gente cuando descubren que su vecino de escalera o de la casa de al lado, quien cada día saluda de manera educada, es un maltratador, un violador o un asesino.

Los perros rabiosos, responsables del dolor de tantas personas, han subido al tren en Alcalá, o al menos eso se sospecha. Se han mezclado y confundido con otras personas y utilizado la misma estación que yo, pero prefiero pensar que no he llegado a verlos, que no me los he cruzado y que posiblemente ya estuviesen en el tren cuando subí o que yo leía cuando entraron en el vagón; que de haberlos visto, habría percibido algo en ellos que me hiciese sospechar y que podría haber evitado parte del desastre. Reconozco que debe de ser un sentimiento de frustración y casi de culpa por no haber podido hacer nada. Un pesar como el que tal vez sienta una gran parte de los pasajeros que ese día viajábamos en el tren.

• • •

Han transcurrido unos trece minutos desde que abandonamos la estación e iniciamos el viaje y estamos aproximándonos a San Fernando de Henares. Me llega un retazo de conversación de dos chicas que han subido juntas o se han encontrado en el vagón. Las oigo planear el fin de semana. Esta línea de tren recorre la región de la Comunidad de Madrid conocida como el Corredor del Henares. Una línea que une varias localidades de la provincia y a lo largo de la cual se distinguen una sucesión de polígonos industriales que testimonian el carácter, en general, humilde y trabajador de sus habitantes. Es una región que tradicionalmente ha acogido mucha emigración, o debería decir, que ha recibido, porque acogida implica un afecto que la mayoría de ellos no sé si recibieron. En Alcalá actualmente hay asentada una importante comunidad, sobre todo de origen rumano y polaco. Emigrantes de otros países entre emigrantes españoles.

De manera periódica nos cruzamos con otros trenes que hacen el recorrido inverso al nuestro y que circulan también repletos de gente que va y viene de trabajar. Personas rebosantes de esperanzas, sueños y anhelos, y en ocasiones también de hastío, tristeza y decepciones. En el tren, somos el retrato mismo de la soledad, no una soledad física, es peor incluso, puesto que en esta soledad nos encontramos rodeados del gentío.

Me pregunto cómo es posible que tantos de nosotros hayamos podido equivocarnos en la elección del lugar de trabajo o de nuestro lugar de residencia, si no podríamos cambiarnos unos con otros y así ahorrarnos todos la necesidad de los desplazamientos. Podríamos aprovechar el tiempo en suspenso del tren para vivir más, para estar y disfrutar más tiempo con nuestras familias y también disminuiría la necesidad de los trenes. Supongo que esto a los trabajadores de Renfe Cercanías no les haría mucha gracia.

• • •

Yo soy de Málaga, bueno, un pueblo de la costa malagueña, Rincón de la Victoria, que es donde están mis raíces. Ahí, en ese rincón, es donde crecí y estudié y donde, tal vez menos veces de las que me gustaría y debería, busco algunos de los ingredientes que en ocasiones echo en falta en mi pueblo de adopción, sobre todo la mar. Es en ese pequeño pueblo costero, no tan chico ya, donde se anclan y se hunden en el tiempo la mayor parte de los recuerdos de mi infancia y donde están enterrados los familiares que ya me dejaron. Mis abuelos, de los que únicamente conocí a mi abuela Dolores. Era la madre de mi madre y también podría decir la mía, porque me dedicó tantas horas de atención y cuidado como ella. También reposa allí mi hermano Salvador. Cuando murió, creo que

también ella, mi abuela, empezó a morir un poco. Por su fortaleza todavía tardaría muchos años en emprender su último gran viaje, cuyo destino era encontrarse con ese corazón que se había marchado hacía ya tanto tiempo, sin poder despedirlo y que, estoy convencido, la estaría esperando. Mis padres y mis hermanos todavía viven allí, bueno, no todos, uno de ellos se estableció hace ya años en San Pedro de Alcántara, otro pueblo de la costa de Málaga.

Mis primeros viajes en tren los realicé en Málaga, cuando, siendo todavía muy pequeño, mi madre me llevaba en la llamada *cochinita*, un tren de carbón que recorría el litoral malagueño, desde la capital hasta Vélez Málaga. Cuando yo empecé a usarlo, creo que ya las máquinas eran diésel. Todavía existe la estación, convertida ahora en oficina de información turística, tras pasar por una etapa de biblioteca. Es extraño, cuando era niño, y después, siendo adolescente, para mí viajar siempre constituía una verdadera aventura, incluso cuando desde mi pueblo tenía que llegar hasta el instituto ubicado en Málaga. El instituto Sierra Bermeja, apenas llevaba tres años de actividad en los días en que yo, con diez años, empecé a realizar los estudios de bachillerato.

Cuando comencé primero, en mi pueblo no había instituto y yo era demasiado pequeño para que me permitiesen desplazarme todos los días a Málaga. Inicié mis estudios mediante una modalidad que las personas de mi generación recordarán y que llamábamos *enseñanza libre*.

Mi maestro de primaria fue don Miguel Cerezo, un hombre que dedicó toda su vida a la bella, pero muchas veces ingrata, tarea de llevar el conocimiento y moldear a los más jóvenes. En su caso lo transmitió a varias generaciones de chicos y chicas, de manera ininterrumpida y siempre en el mismo pueblo, donde había comenzado mucho antes de que yo apareciese y continuó bastante tiempo después de mi marcha. Yo tuve la suerte de que fuese mi maestro y me diera las clases particulares preparatorias para que, al finalizar el curso escolar, unos profesores que no sabían nada de mí, a los que yo tampoco conocía y que me inquietaban bastante me examinaran de todas las asignaturas en un par de maratonianas jornadas en el pabellón polideportivo cubierto. Los exámenes comenzaban bastante temprano. En los primeros cursos, debido a mi edad, me acompañaba mi madre, a la que recuerdo sentada pacientemente en un banco, esperando a que acabase. Desde el exterior se podían ver sus aulas, individuales, como casitas bajas, aunque ahora, con una valla y un portalón que más asemeja a la entrada de una prisión, no se puede ver nada desde fuera.

• • •

Hemos llegado a Coslada y los asientos de mi alrededor continúan todos ocupados. El ambiente del vagón ya está bastante cargado y agradezco la entrada de aire fresco cuando se abren las puertas. A estas alturas y a esta hora ya no es habitual ni fácil encontrar un hueco. Los asientos raramente quedan desocupados antes de llegar a Atocha, aunque lo normal es que los viajeros se renueven un par de veces a lo largo del trayecto, aunque me siguen pareciendo los mismos que empezaron en Alcalá. Un chico joven habla por el móvil, se le nota distendido y creo que no ha parado desde que iniciamos la marcha. Me pregunto si también estará planeando el fin de semana.

Coslada se encuentra al este de Madrid, en el Valle del Henares, y es el último municipio independiente de nuestra ruta. También en la primera estación en el recorrido donde además se puede conectar con Madrid por medio del metro, a través de la línea 7. La siguiente estación en el itinerario se encuentra ubicada en una localidad que forma parte del núcleo urbano de la capital. A partir de este municipio, empiezan ya los distritos periféricos del sureste de Madrid capital.

• • •

Me viene a la memoria que cuando empecé el quinto curso de bachillerato, mis padres consideraron que ya era lo suficientemente mayor como para desplazarme a Málaga solo todos los días. Fue en ese momento cuando empecé a realizar trasbordos por primera vez. Unas veces viajaba en autobús y otras muchas con un vecino, Joaquín, quien me llevaba en el Seat Seiscientos y, con más puntualidad que el autobús Portillo, me dejaba en el centro. Desde ahí tomaba el autobús urbano que me llevaba hasta Ciudad Jardín, el barrio donde se encuentra ubicado el instituto. Entonces, para mí, pensar en la posibilidad de ir a Madrid era como imaginar un viaje fantástico. No podía siquiera concebir —*¿quién podría imaginarlo?*— que ahora, años después, habría viajado por Europa y me encontraría haciendo trasbordos en el transporte público madrileño, atravesando la ciudad de un extremo al otro.

Hace bastantes años que mi pueblo disfruta de su propio instituto y aquellos obligados desplazamientos hasta la capital ya no son necesarios, por lo que los alumnos ya no tienen que realizar el viaje diario en el autobús. Ahora tal vez resulte más fácil y cómodo para los padres y para los chicos, pero creo que también es más aburrido y se ha perdido algo del encanto y lo que suponía entonces de aventura, aunque supongo que ahora no significa ninguna peripecia particular ir a Málaga ni a casi ningún lugar.

Mis primeros «grandes viajes» fueron a Cataluña, más

concretamente a Tremp, titulada ciudad desde 1884 y ubicada en la comarca de Pallars Jussá, en la provincia de Lérida. Primero con diecisiete años, cuando nada más acabar los estudios de COU en mi ciudad natal, fui a examinarme y realicé mi primer viaje en avión, concretamente hasta Barcelona. Lo más lejos que había llegado hasta ese momento había sido a Puerto Real, en Cádiz, cuando acompañé a mi abuela, todavía sin haber cambiado los dientes de leche. Algunos años más tarde, con mis tíos, hice un viaje a Córdoba y a Sevilla. En aquel entonces, ambos me parecieron viajes fabulosos. Más adelante, cuando ingresé en la Academia Militar, tuve la experiencia de veinticuatro horas ininterrumpidas de tren desde Málaga hasta Tarragona, por todo el litoral levantino. El mismo tren y el mismo viaje que había realizado mi padre muchos años antes, solo que él terminó su odisea en Castellón. Ese sí que fue un viaje apoteósico y agotador.

• • •

Los minutos transcurren con lentitud, al ritmo algo cansino del tren. Una mujer joven se acaba de despertar de repente entre sobresaltada y desorientada, cuando en un movimiento brusco parece que la cabeza se le fuese a caer: «¿En qué estación estamos?». Aunque no la formula en voz alta, la pregunta puede leerse en su rostro algo angustiado. Iba dormitando desde apenas iniciado el viaje, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, y ahora observa a través de la ventanilla con la cara pegada al cristal, preocupada ante la posibilidad de haberse pasado de estación. Es posible que en su vida fuera de este tren algún hijo de corta edad no le permita descansar bien, o tal vez va de vuelta a casa tras un turno de noche. Su confusión se prolonga únicamente durante unos segundos, pues enseguida ha debido de reconocer el paisaje y, una vez tranquilizada, se deja llevar de nuevo por el rítmico traqueteo del tren y vuelve a apoyar la cabeza en la ventanilla para caer en su duermevela. A casi todos los que viajamos a esas horas creo que nos ha ocurrido en alguna ocasión, al menos yo sí me he despertado también con esa desagradable sensación alguna vez.

A menudo, de modo más o menos consciente, repaso mentalmente los acontecimientos de aquel día y llevo a cabo un recorrido por el vagón en aquella fatídica mañana, en un inútil intento de reescribir el final de esta historia. Del mismo modo que nos gustaría poder reescribir y cambiar el final de una película para que fuese distinto, aunque sabemos que no ocurrirá. Un fatal desenlace que ya conocemos, y sin embargo cada vez esperamos de manera inconsciente que termine de modo diferente. Me esfuerzo en descubrir una cara sospechosa, un gesto o una actitud delatora

que me ofrezca la oportunidad de dar la alarma. Alguien dice que les vio antes de subir al tren, o que vio a gente que le pareció sospechosa. Es posible y estoy convencido de que lo piensa realmente. Sin embargo yo creo que se trata más bien del deseo y la necesidad de cooperar para cambiar el desenlace de la narración… pero, como ocurre con esas películas, para esta historia, por desgracia, ya se escribió su propio final y así permanecerá escrito para siempre. Un mismo, único y espantoso final de desolación.

La oscuridad del exterior y las luces del vagón reflejadas sobre los cristales de las ventanillas impiden distinguir con claridad el paisaje que nos envuelve. No se ve prácticamente nada, salvo las luces de las farolas de polígonos y pueblos que se observan en la lejanía. Una vez más, el tren disminuye la marcha para entrar en la estación que nos acoge y oigo el anuncio de nuestra llegada como si nos hubiésemos adelantado a nosotros mismos. Casi sin darnos cuenta nos encontramos en Vicálvaro. En tiempos pasados esta localidad constituía un municipio independiente, pero actualmente forma parte de Madrid, como un distrito más. La red de metro une también este núcleo urbano con Madrid capital por medio de la línea 9.

Su estación está situada justamente bajo la del tren, lo que permite un acceso rápido y un fácil intercambio de medio de transporte, así que es aquí donde se suele producir una renovación importante de viajeros. Además, en Vicálvaro se encuentra ubicado el campus de la Universidad Rey Juan Carlos, por lo que esta línea es muy frecuentada por muchos estudiantes, que llegan desde toda la geografía madrileña.

Esto me hace caer en la cuenta de que hoy se ven pocos estudiantes. ¡Ah, claro!, recuerdo que tienen convocada una huelga para hoy, ese es el motivo por el cual vagón se ve menos atestado que de costumbre, aunque la diferencia sea poca. Los estudiantes, en general, dan otro aire de alegría al vagón, son más bulliciosos, a veces suben en grupos, ríen, se llaman por su nombre, aunque a los que van durmiendo a su lado no creo que eso les guste demasiado.

Vicálvaro es una de las estaciones donde se sospecha que los terroristas podrían haberse apeado para desaparecer mezclados y confundidos, como personas normales, entre el resto de viajeros, aunque ellos ya saben que nunca podrán ser personas normales, ya han pasado a formar parte del grupo de criminales. Ya no podrán eliminar de ellos la mancha de haber atentado contra sus semejantes, la marca invisible pero indeleble que deja haber arrebatado una vida. Me pregunto si se habrán felicitado por los muertos provocados por las explosiones, como dicen que celebran las muertes los asesinos de ETA y su entorno, si se habrán

lamentado al pensar en las bombas que quedaron sin explosionar y en los muertos y heridos que no sumaron a la lista. Tuvo que ser en Coslada o aquí, o en las dos, donde abandonaron su mortífera carga, pues estas son las primeras estaciones que están enlazadas con cualquier zona de Madrid a través de su red de metro y además se encuentran lo suficientemente alejadas de Alcalá de Henares como para que los posibles vecinos de asiento que hubiesen coincidido con los asesinos hubieran podido cambiar, de modo que pasasen a engrosar la cuenta de caras anónimas, como las de cualquier otro en el vagón, y ya nadie recordase quién subió dónde o qué equipaje era de quién.

Esta es también la estación en la que han abandonado el tren los últimos viajeros, quienes, sin saberlo, al igual que aquellos que se apearon en las estaciones anteriores a los lugares donde las bombas explosionaron, burlaron al destino y salvaron sus vidas y permitieron que las vidas de sus familias no se convirtiesen en un infierno. *¿Qué habrán sentido al enterarse de lo sucedido?* Con seguridad, ser conscientes de que esquivaron a la muerte por tan poco les habrá horrorizado, pero se habrán alegrado igualmente, ellos y sus familias, de que sus trayectos acabasen justo antes de que la hora fatal resonase. Y habrán sentido el pellizco de la culpabilidad por esta alegría.

El tren continúa dirigiéndose hacia su destino, nuestro ya ineludible destino, ajeno como nosotros a lo que está por venir. Ha empezado a aminorar la velocidad de nuevo para iniciar su entrada lentamente en Santa Eugenia, hasta quedar detenido junto a los andenes de su estación. Es una pequeña estación que aún mantiene su aspecto original de apeadero. Santa Eugenia fue concebida originalmente, allá por 1970, como una urbanización privada, pero fue creciendo hasta llegar a ser el barrio en el que se ha convertido en la actualidad y que administrativamente pertenece al distrito de Villa de Vallecas de Madrid.

Cuando abandonamos la estación, apenas un minuto después, todo está tranquilo. Alguien se encuentra ensimismado en la lectura de la última entrega de la saga Harry Potter. La conozco porque mi hija también la tiene. No recuerdo si es el quinto o sexto volumen. Como cualquier otro día, ningún indicio hace augurar lo que ocurrirá solo unos minutos después. Nadie puede sospechar que también esta estación se convertirá en un lugar de muerte y destrucción.

Observo a un señor moreno, de cuarenta y pocos años, que está leyendo un periódico, creo que es el diario *20 Minutos*. Es una publicación gratuita de ámbito nacional que tiene unos cuatro años de antigüedad. Estas publicaciones han recibido una gran acogida

por parte de los viajeros, aunque recuerdo que al principio la gente se mostraba algo reacia, porque tal vez esperaban algún tipo de posterior cobro. Este tipo de publicaciones ya está bastante extendido en algunos países europeos, pero en España cada vez se nos ofrecen menos cosas gratis y no nos fiamos mucho. Ahora se editan tres o cuatro publicaciones que se reparten de manera gratuita a la entrada de las estaciones y viajeros y transeúntes hacen cola para recoger su ejemplar.

El lector parece un poco molesto con la persona que se encuentra a su lado. Es otro viajero que también pretende mantenerse informado de las últimas noticias e intenta leer el periódico, pero el mismo ejemplar y… por encima del hombro de su vecino de asiento. Seguramente no habrá podido hacerse con el suyo debido tal vez a las prisas de última hora, o habrá subido al tren en una estación en la que no lo reparten. De tanto en tanto retira la vista y mira a su alrededor, como buscando si alguien le está mirando. En una de las ocasiones me ha descubierto observándole y creo que se siente un poco avergonzado.

Antes de ese anecdótico incidente, era algo a lo que no prestaba atención, aunque desde ese día, cuando acabo de leer el diario, lo dejo en el asiento para que otra persona pueda utilizarlo y leerlo sin necesidad de hacerlo a escondidas. Como es algo que hacen otros muchos usuarios, hay días en que los asientos y portaequipajes de los vagones quedan sembrados de periódicos gratuitos, dejados allí para aquellos que se suben en la estación siguiente. De este modo, también yo puedo leer a veces los que otros viajeros dejan en los vagones.

• • •

Era el año 1978 cuando llegué a Madrid por primera vez. Fue concretamente en septiembre: cargado de bolsas y con una enorme maleta, aterricé en Barajas, donde llegué procedente de Málaga. En aquella ocasión no fue más que una corta visita, prácticamente de paso, puesto que mi destino final era otra bella ciudad castellana. Me dirigía a Toledo, hasta donde llegaría en tren para permanecer allí otro año. Creo que se me han escapado muchos días entre viajes y trasbordos. Durante ese año, siempre que podía, algo que por desgracia no ocurría frecuentemente, viajaba desde Toledo para pasar los fines de semana en Madrid y me alojaba en una modesta pensión cerca de la Puerta del Sol. Creo que su nombre era Pensión Victoria. Me encantaba dar largos paseos por Madrid.

Madrid se respira y se vive de manera distinta durante los fines de semana. Adopta un aspecto más relajado y desenfadado y en los paseos por el centro se percibe una atmósfera de villa provinciana,

quizá porque los madrileños se alejan de la capital buscando el sosiego y los que quedan no tienen el aire apremiante y nervioso de los que habitualmente vivimos o trabajamos en Madrid durante la semana. De cualquier modo, se muestra más tranquila y plácida. Los fines de semana que permanecía en Madrid, cada domingo, casi como un ritual, realizaba una visita obligada al Rastro, hasta donde llegaba caminando y por donde me gustaba perderme, tal vez influido por una preciosa canción que a principios de los años setenta le dedicara Patxi Andión a este particular, bullicioso y pintoresco mercado madrileño.

• • •

Hace unos minutos escasos que hemos dejado atrás la estación de Vallecas y nos aproximamos a la de El Pozo. Esta estación es la más reciente del recorrido y está situada en un barrio, El Pozo del Tío Raimundo, que nació y creció al ritmo marcado por las oleadas de emigración interior en España a partir de los años treinta, y que por tanto mantiene aún en su memoria los sentimientos de la gente desarraigada de sus hogares y de las tierras que les vieron nacer, que abandonaron en busca de una vida mejor.

Este territorio de Madrid acogió en tiempos pasados, aunque no tan lejanos como nos gustaría, la inmigración interior que fluía hacia las grandes capitales como una riada humana, desde las regiones más pobres y deprimidas de toda la geografía española, a la vez que otros atravesaban nuestras fronteras y salían hacia otros países de acogida. Eran familias enteras o familias que quedaban desmembradas y que cambiaban la seguridad y el calor que proporciona el entorno más cercano por la frialdad y la hostilidad muy frecuentes de las ciudades de destino. Gente que cambiaba las caras conocidas y queridas por otras desconocidas y muchas veces, cuando menos, distantes, que con la zozobra de la incertidumbre huían del yugo que les imponía una pobreza endémica y buscaban encontrar un futuro, y sobre todo tenían la esperanza de que sus vidas pudieran mejorar. Un cambio que no debió de resultar nada fácil, a pesar de no contar con el problema de la barrera inicial de la lengua para quienes cambiaron de ciudad o región dentro de España. Un sueño que, para muchos de ellos, no concluyó con el final feliz que esperaban y se acabó convirtiendo en pesadilla.

Del mismo modo que entonces, nuevamente, los pueblos y distritos de la periferia de Madrid reciben y acogen ahora a una gran cantidad de inmigrantes, solo que en esta ocasión en su mayoría proceden de otros países más deprimidos que el nuestro, si eso es posible.

Son personas que, en la mayoría de los casos, llegan sin trabajo

y sin saber lo que les deparará el destino, en ocasiones engañados por mafias y bandas que les han prometido el paraíso a cambio de sumas de dinero que no poseen, lo que en muchos casos les someterá al régimen de esclavitud que intentaban eludir. Muchos de ellos ni siquiera saben cómo acabará el viaje o si podrán terminarlo.

Sin embargo, al igual que en aquellos otros días, estos nuevos emigrantes también se enfrentan a un mundo hostil y se mueven con la esperanza de un cambio en sus vidas. Emigrantes que también un día se despidieron en alguna estación de sus países con el corazón lleno de tristeza, miedo y esperanzas, suponiendo y esperando una breve separación y añorando ya el reencuentro desde el mismo momento de su partida. Personas que no nos conocían y que, a pesar de provenir de culturas distintas, quisieron adaptarse a nosotros y participar de nuestra forma de vivir, al mismo tiempo que intentaban no perder sus raíces y que finalmente compartirían nuestra muerte y nuestro duelo. Muchos de ellos no conocían nuestra lengua, pero ahora la hablaban con una sorprendente fluidez y un dominio que no mostraron nuestros abuelos cuando buscaron sus propios sueños en otros países. Algunos reconocen que ya conocían algo de castellano gracias a las telenovelas, sobre todo sudamericanas, que propagan nuestra lengua por el mundo. Otros, venidos del otro lado del mundo, son perfectos conocedores de nuestra cultura y nuestro idioma porque es también su lengua materna, transmitida por unos antepasados cuya prole no ha sabido o, peor, no ha querido ofrecerles la acogida y el cariño merecidos. Qué decepción habrán sufrido ante la frialdad y el desinterés mostrado por quienes un día llegamos a sus países buscando lo que ahora les negamos.

Mujeres y hombres que en muchos casos se jugaron la vida para estar con nosotros, que llegaron huyendo de una existencia de miseria, con la ilusión de conseguir mejorar su vida, para acabar viviendo de modo casi clandestino en una sociedad que demasiadas veces les consideraba intrusos y en la que finalmente encontraron la muerte. Buscaban hacer realidad sus sueños en un país idealizado tal vez en demasía y se toparon con la pesadilla. Atesoraban el anhelo de reunirse de nuevo con sus familiares, pero la vida les fue arrebatada brutalmente una fría mañana de marzo, lejos de su patria, de sus amigos y sus seres queridos, y ya no podrán compartir con ellos la alegría y la felicidad del reencuentro. A todos ellos les fue otorgada la nacionalidad española, pero esto no puede ser considerado como un regalo, ni como una gracia especial: pagaron por ello un alto precio. Era una cuestión de reconocimiento, algo que merecían por derecho propio, pues fueron asesinados y heridos como españoles, porque cada muerto y herido de ese día

representaba a toda España, a todos los españoles. Aunque permanezcamos desconocidos y sobre todo ignorados los unos para los otros, tampoco en este caso se trataba de personas anónimas. Eran únicas, como todos nosotros, irreemplazables para sus amigos y sus familias, para sus padres, hijos, maridos y esposas.

Las estaciones, una tras otra, van quedando atrás. Atocha se encuentra cada vez más cerca y el final aún más próximo, ya apenas nos queda tiempo y nosotros continuamos preocupados, la mayoría de veces, por minucias cotidianas.

SEGUNDA PARTE

EL FINAL DEL VIAJE

Hemos alcanzado Asamblea de Madrid-Entrevías, ya estamos en el corazón de la capital, al menos en su corazón político. Las estaciones se han ido sucediendo de manera monótona y ahora casi ha concluido la primera parte de mi viaje diario, del viaje de muchos. Esta estación, conocida hasta hace pocos años con el nombre de Entrevías, se encuentra situada a poco más de 3,5 kilómetros de Atocha. Fue rebautizada no hace mucho con su nombre actual debido a que el parlamento regional se encuentra aquí mismo, casi a la salida de la estación. El edificio está ubicado muy cerca de los ciudadanos, en medio de un popular barrio, pero tengo la impresión de que la institución continúa tan alejada del pueblo como siempre. En estos momentos la estación no es otra cosa todavía que un gran apeadero descubierto, cuyos raíles, como una enorme herida, mantienen separado al vecindario. Este mismo año 2004 se han emprendido los trabajos para convertirla en una verdadera estación y satisfacer de este modo el deseo de los vecinos, largamente esperado, de fundir en una las dos mitades de un barrio que permanecían divididas por las vías del tren. Las obras tardarán todavía algunos años en terminarse y en dejar unida esta barriada de Madrid.

El tren, tras recoger a los últimos pasajeros antes de llegar a Atocha, cierra definitivamente las puertas por última vez e inicia su marcha. Son aproximadamente las 7.35 horas. No recuerdo el minuto exacto, tampoco es muy importante, vamos bien de tiempo, solo faltan cuatro minutos. Nos aproximamos ya al final de la primera etapa. En Atocha me espera un trasbordo para llegar a Aluche y, desde allí, todavía el último tramo en metro hasta Carabanchel. El cambio de medio de transporte lo realizo en la misma estación, donde tomo la línea 5; cierto que se trata solamente de una estación, hasta Eugenia de Montijo, pero cuando alcanzo mi destino ya empiezo las clases cansado por el viaje. Pero es sobre todo a la vuelta del trabajo cuando aparece el agotamiento. El trayecto hasta casa sí se me hace tiempo perdido, no puedo leer,

a veces ni dormir, es como si el aire del tren contuviese alguna sustancia que me robase la energía. Creo que en este estado de fatiga mental también debe de influir el aire viciado de unos vagones atestados y el sistema de calefacción tan artificial que utilizan estos trenes. Así que para iniciar el día con más entusiasmo, hoy daré un paseo desde Aluche. Una pequeña caminata de quince minutos hasta la escuela que aprovecharé para tomar un poco de aire, iba a decir puro, pero en Madrid, en un día laborable, no sé si eso se acerca mucho a la verdad.

Desde la estación de Entrevías el tren no adquiere una gran velocidad, debido a que ya estamos en el núcleo urbano de Madrid. No obstante, como de costumbre, siguiendo el procedimiento establecido, disminuye su marcha cuando inicia la aproximación a Atocha y se empieza a mover con una ligera oscilación entre el ordenado caos que forma la enorme cantidad de vías que nos rodean y que acaban desapareciendo en el interior de la estación para desvanecerse finalmente por el subsuelo de la capital.

Hasta ese instante todo es rutina, los pasajeros suben y se apean, el paisaje exterior ha ido cambiando pero en el interior del vagón todo ocurre como siempre. Ahora ya casi hemos llegado y la gente empieza a salir del aturdimiento y el sopor que produce el viaje, porque es en Atocha donde la gran mayoría de pasajeros bajarán y cambiarán. El chico del móvil ha colgado y se prepara para lanzarse al exterior. Las dos amigas parece que han acabado de planear el fin de semana y ahora tienen mejor ánimo para enfrentarse a un nuevo día de trabajo. Se despiden porque una de ellas todavía continúa el trayecto. Miro el reloj una vez más, algo que hago en cada estación de manera automática, como si de ese modo tuviese algún tipo de control sobre la situación y el tiempo.

El reloj, como la rutina, nos proporciona una cierta estabilidad y sus manecillas nos indican que todo está bien, que los pequeños acontecimientos que discurren y perfilan nuestra existencia se producen en el momento adecuado y en el orden correcto. La mirada está originada más por la inercia de verificar que todo ocurre dentro de la normalidad que por necesidad o premura. El horario apenas varía de un día a otro y salvo algún pequeño retraso de un par de minutos, no cambia. Además, hoy vamos bien de tiempo, aún no son las 7.40.

Todavía no sabemos que estamos a punto de darnos de bruces con la peor de las pesadillas ni que en el interior de la estación y en otros puntos de Madrid la realidad más espantosa ya se ha hecho presente, que en este caso las manecillas de los relojes, indiferentes a los acontecimientos, se detendrán y certificarán la hora y el minuto del horror, del mismo modo que ya la han dejado rubricada

en otras estaciones.

Al llegar a este punto, la rutina vuelve a hacer su aparición para cumplir con su función de sosiego. Dejo de leer, guardo el material de lectura y espero sentado a que el tren se detenga mansamente en su lugar exacto de cada día, en la vía 2, la correspondiente a la línea que llega desde Alcalá de Henares. Me gusta permanecer sentado porque de este modo evito entrar en lo que denomino la dinámica de la prisa, un síndrome colectivo que provoca en el viajero la necesidad, más psicológica que real, de acelerar su paso, para acabar corriendo. Es algo contagioso, por ello en ocasiones no puedo evitarlo y también yo me veo arrastrado por esa inercia. Tras detenerse, las puertas se abrirán con su sonido neumático e inmediatamente, afectados por ese trastorno e impulsados por un oculto y misterioso resorte, volveremos a empujarnos y a abrirnos paso queriendo alcanzar antes la escalera que nos lleve al siguiente tren, para ganar otro segundo, para ganarle un poco de tiempo al reloj.

Yo entonces subiré la escalera mecánica, cruzaré las vías y me dirigiré a buen paso al andén que se asoma sobre la vía 8, la indicada para la línea que me llevará a Aluche, mi siguiente etapa, y de ahí al tráfico ya ensordecedor de la calle. Después, un paseo al fresco de la mañana y de nuevo las aulas, las clases, aunque hoy con la certeza de que el fin de semana está muy cerca.

Pero esta mañana la rutina se quiebra, hoy no llegaremos a Atocha ni a las escaleras, no habrá trasbordos ni paseos para nadie al aire fresco de la mañana. Hoy no seremos nosotros quienes alcanzaremos nuestro destino, ni ninguno ganará tiempo en los trasbordos; hoy serán el tiempo y el destino quienes nos alcanzarán a nosotros.

LA HORA DE LA BARBARIE

Todavía conservo los apuntes en la mano cuando, de modo inesperado, mis pensamientos y mi lectura se ven interrumpidos bruscamente. La primera impresión que tengo de lo que ya está ocurriendo, aunque eso todavía no lo sé, es la de un fuerte golpe, y a partir de este momento la escena se acelera —*¿o se ralentiza?*—. En el vagón se produce una violenta sacudida que me hace suponer y temer que hemos sufrido un choque y, aunque no acierto a imaginar contra qué, pienso que tal vez sea contra otro tren que venía en sentido opuesto. En ese momento no encuentro otra explicación. De todos modos, arrastrado por la rapidez con la que se desarrollan los acontecimientos, tampoco he dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre la probable causa.

Se me ocurre de manera automática que tras la *colisión* existe la posibilidad de un descarrilamiento. Mucho después he caído en la cuenta de que la velocidad era demasiado escasa para que el tren hubiese podido descarrilar o causar grandes estragos en caso de haberse producido. Me sujeto firmemente, aunque con bastante dificultad, al asiento y llevo la barbilla al pecho. Intento recordar las instrucciones de seguridad que imparten en los aviones para los aterrizajes de emergencia y me esfuerzo por ponerlas en práctica. Tratando de mantener la serenidad y la marea de emociones bajo control, aguardo la salida de los raíles y el vuelco, pero este no llega. La tensión de esos segundos es tanta que días después tendré el mismo dolor de agujetas en los músculos que si hubiese estado realizando un duro y agotador ejercicio físico.

Sin embargo, lo que va a llegar no lo esperaba, nadie podía suponer o esperar algo así. Cuando oímos o leemos las noticias que nos cuentan sobre fatales accidentes aéreos o de tráfico en los que se han producido muertes, de modo automático intentamos distanciarnos de la desgracia y alejarnos emocionalmente. Esta reacción se produce como un acto reflejo, no por falta de interés, sino como un mecanismo de protección, porque así evitamos empatizar y absorber la angustia ajena. Si todo ese dolor pudiese llegar hasta nosotros sin ningún tipo de filtrado, sería terrible y en muchos casos no podríamos soportarlo, aunque a veces no podamos librarnos de una parte de ello.

También nos ocurre porque tenemos la impresión de que nada de lo malo que acaece en nuestro entorno nos puede suceder a nosotros, a nuestras familias. Esas desgracias son algo, pensamos, que les acontece únicamente a los demás. De la misma manera que, cuando conducimos, incluso cuando efectuamos alguna peligrosa maniobra, no concebimos que nosotros podríamos convertirnos en los próximos tristes e indeseados protagonistas de una noticia de sucesos en el siguiente espacio informativo. Me figuro que debe de ser el mecanismo mental que impide que nos quedemos encerrados en casa aterrados de miedo y nos permite ser capaces de enfrentarnos a situaciones difíciles, o simplemente de afrontar el día a día.

Al examinar el entorno con más detenimiento, me percato de que quien está realmente a mi lado es también un compañero. Trabaja en el mismo recinto que yo, aunque hasta ese momento le conozco poco, en realidad prácticamente nada, únicamente de vernos y saludarnos. Lo cierto es que todo ocurre en cuestión de segundos, aunque se pueda tardar mucho en describirlo y contarlo. Ya no se escucha el sonido rítmico del tren; el miedo, o más bien el terror, ha prendido en los viajeros y ahora las pisadas y los gritos llenan el vagón. La situación se ha descontrolado y la gente, que un instante antes dormitaba todavía, se ha despertado para encontrarse en mitad de una pesadilla y ahora huye y corre en la dirección en la que yo todavía permanezco sentado, tratando de adivinar qué está ocurriendo. En realidad creo que se mueven en esa dirección por la inercia de escapar, pero no hay ningún sitio a donde huir.

• • •

—¿Dónde iba usted sentado?

Es un policía quien me lo pregunta días más tarde mientras me toma declaración, cuando he ido a poner la denuncia en la comisaría de Alcalá de Henares. Le cuento que normalmente yo me siento más atrás, casi en el fondo del vagón y a la derecha y que siempre busco estar junto a la ventana, pero que ese día precisamente no estaba sentado ahí, sino hacia la mitad del vagón, tal vez un poco más atrás, en el lado izquierdo en el sentido de la marcha, aunque ese no es mi sitio habitual, le repito, como si tuviese necesidad de excusarme por algo.

Relaté lo mismo a alguien cuando me personé en la sede del consorcio de seguros en Madrid para efectuar también la denuncia y se lo señalé en un croquis que me presentó de un vagón. Después pienso si el hecho de que esa mañana no ocupase *mi sitio* de siempre habrá podido tener algo que ver en salir prácticamente ileso. Prefiero no dar muchas vueltas a ese asunto, pues nunca sabemos si

el tren, avión o automóvil en el cual subimos una mañana nos conducirá felizmente a nuestro trabajo, o de vuelta con nuestra familia tras una dura jornada o tras haber permanecido alejados del hogar y separados durante un tiempo más prolongado del que habríamos deseado. O si, por el contrario, será el avión, el tren o el asiento de vagón fatídicamente marcado para nosotros; esa incertidumbre constante es la responsable de que continuemos en movimiento.

• • •

Todavía no sé lo que ocurre realmente, pero el pánico se ha desatado ya entre todos los pasajeros y veo correr a la gente, que se ha puesto en pie; pero ¿adónde va? La oigo gritar. Algunos tratamos de hacernos oír por encima de los gritos y poner algo de cordura, pero está claro que nadie escucha, lo que quieren es poder salir de lo que se ha convertido en una trampa —«¡sentaos, no corráis que os vais a matar!»—. En este momento todavía no sé que eso es precisamente lo que buscaban algunos, acabar con todos nosotros. Ya no veo caras, o no las recuerdo, solo cuerpos que se atropellan y se abalanzan en tromba hacia donde yo me encuentro, queriendo escapar, aunque dudo de que todavía supieran de qué, pero de momento seguimos en movimiento y las puertas continúan cerradas y no hay escapatoria posible. Sin embargo, lo peor, lo que nadie espera, está todavía por llegar. La viajera silenciosa que nos acompaña desde la estación de Alcalá de Henares aún no ha desvelado su rostro, ni se ha mostrado en todo su poder, pero tardará muy poco en revelarse con su plena crueldad.

De repente, en la parte delantera se produce una formidable y espantosa explosión que hace temblar todo el vagón con una enorme sacudida. La detonación me obliga a taparme los oídos para protegerlos, y de manera instintiva también bajo la cabeza para intentar ponerme a cubierto.

Se multiplican los gritos, si es que es posible, durante unos segundos, y el tren finalmente se detiene a unos pocos cientos de metros de la estación, en la calle Téllez. Súbitamente los gritos cesan, en realidad ya no se oye nada, debe de ser a causa del impacto psíquico de la explosión, y se produce un silencio casi tan denso como el humo que ya lo invade todo. Son casi las 7.40, exactamente las 7.39, la hora de la barbarie.

Tras la explosión y la detención del tren, se ha iniciado una loca huida en un vano intento de alejarse de la tragedia, como si ello fuera posible, como si todavía esta no se hubiese producido. Pero ya ha ocurrido, la devastación ya ha tenido lugar.

• • •

—¿Por dónde salía la gente?

El policía continúa tomándome declaración; me pregunto si dispondrán de un guión para realizar las preguntas en cada caso o si las cuestiones las van inventando sobre la marcha, según se produce el relato o les van surgiendo las dudas, es algo que tengo que preguntar a algún amigo policía.

—No salen —le respondo y me esfuerzo por mantener la calma —, escapan por donde pueden y como pueden.

• • •

La parte delantera en el interior del vagón se ha convertido en un amasijo de chatarra, parte del techo se ha venido abajo y hay cables que cuelgan. Tampoco existen ya las ventanas ni las puertas. Estas han desaparecido y en su lugar ahora solo quedan terribles e inmensos agujeros deformes a través de los cuales se puede contemplar la claridad del día: hace unos minutos que ha amanecido. También puedo ver a las personas que ya han bajado del tren, algunos cuerpos caídos en el suelo sobre las piedras frías y cortantes de las vías y a algunas personas que aún corren espantadas en un intento de dejar atrás un paisaje de desolación que dudo mucho que pudiesen vislumbrar en toda su magnitud. El compañero que viajaba junto a mí ha desaparecido, aunque unos segundos más tarde compruebo aliviado que está bien, o eso creo al menos cuando le veo gritándome desde fuera para que abandone el tren.

No le volví a ver esa mañana y no sabía si estaba herido, le encontré de nuevo en el trabajo la semana siguiente y por suerte es uno de los que ha resultado ileso, al menos físicamente.

Nunca le he preguntado qué hizo esa mañana, si se quedó o adónde fue después de las explosiones. Realmente, creo que fuera del entorno estrictamente familiar no he hablado con nadie en detalle sobre lo acontecido ese día. Incluso ahora habrá frases que no se escriban y palabras que se mantendrán sin ver nunca la luz.

Me aseguro de que no tengo ninguna herida, aparte de un pitido o un zumbido en los oídos.

• • •

«Ya tenemos otro cumpleaños para celebrar», me dirá Vicente días más tarde. Es mi suegro, alguien al que siempre he apreciado y querido como a un gran amigo y con quien, tal vez debido a la distancia, he hablado más que con mi padre. El cumpleaños al que alude se refiere a un accidente de coche bastante aparatoso que sufrí hace años y del que *escapé* vivo y también prácticamente ileso, de milagro. «Ten cuidado, que estás consumiendo todas tus vidas»,

me decía, sin poder creerlo cuando vio el estado en el que había quedado el vehículo. Yo tampoco sospechaba que algo así pudiese ocurrirme a mí. Vicente nos dejaría para siempre poco tiempo después, creo que cuando menos lo esperábamos, y ahora descansa donde quería, donde más le gustaba estar, en los ríos gallegos donde vivió dichosas y apacibles jornadas y donde empleó pescando un montón de horas felices. Le echo de menos y siento no haber podido despedirme.

En muchas ocasiones he tratado de ponerme en la piel de los familiares de aquellos a los que han arrebatado la vida, pero me temo que es algo imposible. Si ya es difícil sobreponerse a la pérdida de un ser querido cuando acontece de manera natural o de un modo más o menos previsible, *¿qué puede sentirse entonces cuando la muerte sobreviene de manera súbita e inesperada?* Y sobre todo, cuando nos lo arrancan de un modo tan brutal. Pasar el resto de la vida con la certeza de haber dejado sin decir tantas cosas importantes, o de haber dicho aquello que ni pensábamos ni queríamos y que ya no podremos borrar ni rectificar, ni siquiera, aunque lo intentemos, en la soledad de nuestros pensamientos. Desear haber sido más transigentes, para no vivir el resto de nuestra vida con el remordimiento de haber discutido esa última vez que lo vimos cuando, en realidad, el motivo era menos importante de lo que queríamos admitir y podíamos haberlo evitado.

En definitiva, el dolor de no haber podido despedirnos como habríamos deseado, ni siquiera haber podido decir adiós.

Imagino que al dolor y la pena por la pérdida repentina y no esperada se añadirán la desesperación y la frustración que produce la impotencia ante una acción de esta naturaleza y también la rabia y la ira. Al menos yo siento ira, por mí y por lo que me afecta, pero sobre todo por aquellos cuyas vidas nunca volverán a ser las mismas, por aquellos que ya no regresarán a casa, por quienes sienten que su familiar nunca ha vuelto, ni volverá a ser el mismo, o por aquellos que aún hoy mantienen la habitación intacta, como si tras ese día siguieran esperando que su ser querido regrese a casa y traiga de nuevo la luz a sus vidas.

• • •

El vagón se ha vaciado en un abrir y cerrar de ojos. Me percato de que estoy solo y cojo mi bolsa. No la iba a dejar allí. La bolsa, que luego aparecerá fotografiada cerca de mí en las vías, ha visitado Mostar, donde fue testigo de las duras condiciones en las que malvivían sus habitantes, una mala época para la ciudad y para el país. Fue en 1993, cuando la guerra, como un viento huracanado, asoló los Balcanes, la antigua Yugoslavia, para dejar un rastro

indeleble de muerte, destrucción y miseria, una huella de odio y rencor y… unas cuantas naciones más. Espero que a quienes lo promovieron les haya merecido la pena, porque eso es lo único que les queda ya.

Algunos años más tarde, también me acompañará cuando vuelva a Bosnia-Herzegovina. Aquella misión la llevé a cabo en su capital, Sarajevo. Por aquel entonces ya no había guerra y se podía caminar por sus calles, algo que les estuvo vetado a sus habitantes durante mucho tiempo. Sin embargo, además de la pobreza que se percibía en el ambiente, mantenía otras secuelas todavía muy visibles. En la entrada de la ciudad, en la avenida del Mariscal Tito, tristemente conocida como de los francotiradores, el edificio sede del diario bosnio *Oslobodjenje* permanecía semiderruido, como un monumento erigido en memoria de la sinrazón de nuestro pasado más reciente. En el aeropuerto podía observarse igualmente otro vestigio de la guerra a un lado de la pista; se trataba de un enorme avión, es posible que fuese un Tupolev, como un gigantesco pájaro, al que tirotearon al inicio de la guerra y ya nunca más pudo alzar de nuevo su vuelo. No sé si continuará allí, yo estuve dentro y ya entonces no era más que un amasijo de chatarra. Los estragos de la guerra y la tragedia también se adivinaban en sus habitantes, quienes entonces empezaban a despertarse de una terrible pesadilla. En aquellas fechas tuve la oportunidad de pasear por la ciudad y pude visitar el mercado conocido como de las flores, que poco tiempo atrás se había convertido también en el escenario de una matanza por la explosión de una bomba, unas muertes tan viles que nadie querría hacerse responsable, demostrando una vez más la cobardía de los asesinos.

• • •

Ahora, en Madrid, donde nunca esperaba que ocurriese nada similar, mi bolsa acaba de estar presente en otra terrible tragedia. Creo que ya ha presenciado suficientes calamidades y tendré que ir pensando en retirarla… aunque lo haré más adelante.

Voy a abandonar el tren, pero me doy cuenta de que aún no me puedo marchar, no estoy solo, todavía queda alguien más allí. Es una mujer, me agacho, la miro y le pregunto, tratando de que mi voz suene tranquila:

—¿Cómo te llamas, estás herida?

La chica, rubia —*¿será la misma que se sentó en mi sitio?*—, tiene la mirada perdida en algún lugar y no responde; creo que no me oye o no me entiende. De nuevo alguien, en esta ocasión no le conozco, me grita desde la vía:

—¡Baja rápido, que puede haber más bombas!

Agradezco su preocupación pero yo no puedo irme cuando todavía queda gente aquí dentro; no se abandona a nadie que necesita ser auxiliado, eso es algo que no se me ocurre.

La mujer rubia no es la única que permanece en el interior del vagón. Intento que pueda bajar también un señor que permanece tendido en el suelo del vagón, junto al agujero de la puerta. Se duele de manera queda, sin estridencia. Le han desaparecido las prendas superiores, ha perdido la camisa, solo le quedan los pantalones y tengo la impresión de que los pasajeros han debido de pasarle por encima durante la huida, pero por suerte, aunque está en estado de *shock*, no parece tener nada grave, al menos yo no le aprecio heridas. Pesa bastante y necesito que me echen una mano.

—¡Ayúdame a sacar a este hombre de aquí! —le grito al mismo chico que me llamaba y, con coraje también, olvidando por un momento las posibles bombas y su propia seguridad, se aproxima y, desde abajo, entre los dos logramos sacarle.

¿Qué habrá sido de ellos? Nunca he sabido quiénes son o cómo se llaman, pero deseo que, efectivamente, los daños sufridos no hayan sido muy graves y hayan podido seguir con sus vidas, o lo que haya quedado de ellas. Me pregunto si me habré vuelto a cruzar con ellos en alguna ocasión. Quizás incluso hayamos podido sentarnos juntos en el mismo tren. En cada ocasión que pienso en ellos, intento transmitirles un pensamiento positivo.

En el vagón, ni siquiera después de la explosión he pensado en la posibilidad de un atentado, eso ha venido después. En realidad, durante los primeros segundos transcurridos no proceso la información de la detonación en toda su dimensión y no analizo conscientemente la causa posible de la explosión. Todavía no sé que se han producido otras explosiones y por tanto se me ocurre que haya podido ser debida al supuesto «choque» o se trate de una explosión relacionada con la catenaria o los acumuladores que lleva el tren. La noción de la posibilidad de un atentado empieza a tomar cuerpo en mi mente al quedar el vagón vacío de personal, cuando huelo el humo que lo impregna todo y contemplo el estado en el que ha quedado.

Antes de abandonar aquel revoltijo de hierros y cristales, compruebo el interior. No veo a nadie más, ahora sí está vacío. No sé cuánto tiempo ha transcurrido exactamente desde que se ha producido la explosión, pero creo que no mucho. Ya estoy abajo. En ese momento, cuando puedo comprobar la devastación producida, caigo en la cuenta y soy totalmente consciente de que aquello que segundos antes creí que había sido un accidente, un choque, realmente había sido otra explosión, probablemente la producida en el vagón inmediatamente anterior a donde yo viajaba. La visión, de

aterradora, se me antoja irreal, pero es la realidad mostrada en su aspecto más crudo y brutal.

El tren ha quedado completamente destrozado, todos los vagones han sido dañados. De repente un pensamiento cruza mi mente como un relámpago, me invade el temor e inmediatamente hago una llamada. No es de mucha duración, solo necesito saber dónde se encuentra mi hija, que también iba a tomar un tren esa mañana

—¿Dónde estás? —le pregunto, en cuanto me contesta.

—En el tren, hay un retraso y todavía estamos en Alcalá.

Parece tranquila, todavía no sabe nada.

—Baja del tren —la apremio, y sin preguntar me obedece y, una vez en el andén, le cuento.

—Han puesto bombas en el tren, yo estoy bien, vete a casa, luego hablamos.

Ella es otra de las que ha tenido la suerte de su parte esta mañana, siempre los pequeños detalles.

La siguiente llamada la hago a casa. Tengo que llamar para que oigan mi voz y no se asusten cuando se informe de esto y vean las imágenes.

—Jose, ¿y mamá?

Es mi hijo quien ha cogido el teléfono. Tiene catorce años, cumplidos hace menos de un mes.

—No puede ponerse —me dice, y caigo en la cuenta de que él ya no debería estar en casa, sino en el instituto.

—A propósito, y tú, ¿cómo es que sigues todavía en casa, no tenías que estar ya en el instituto?

Trato de darle un aire de normalidad a la situación —«incluso en ese momento, fuiste capaz de decirme que tenía que estar ya en clase», me recuerda años después—. No recuerdo bien la hora exacta de esta llamada; sin embargo, Jose empieza pronto las clases, por lo que deben de ser sobre las 8 de la mañana, es decir, han transcurrido unos veinte minutos desde que se han producido las explosiones.

—Dile a mamá que luego intentaré contactar con ella, que ha habido un atentado, pero que yo estoy bien.

Intento asimilar lo que me muestran mis sentidos. El panorama que se presenta ante nuestros ojos. El lugar se ha transformado en un escenario de guerra. Parecen los efectos de un bombardeo. En realidad, es lo que se ha producido, aunque las bombas no hayan caído del cielo, sino que ya estaban depositadas en su objetivo. Lo que distingo es un mar de cuerpos desolados en un espacio de desolación. En los primeros momentos, la gente se encuentra en estado de *shock*, veo personas en pie observando a su alrededor,

como si fuesen espectadores ajenos al resto, a quienes permanecen sentadas, o a las que están tendidas o caídas sobre la grava de las vías. Los servicios de socorro todavía no han empezado a llegar, aún tardarán un rato. Algunos intentan moverse, reaccionar, otros permanecen inmóviles, en posturas imposibles. No me produce la rabia ni la ira experimentada por otras personas que acudieron después a esta escena de película, tal vez porque yo también formo parte del cuadro. Creo que no siento nada, solo vacío y soledad. Intento asimilar lo ocurrido. Tampoco descubro esos sentimientos entre la gente, solo abandono, incredulidad y estupefacción, como alguien que acaba de advertir que se ha equivocado de lugar y no sabe cómo ha ocurrido.

Unos minutos después recibo una llamada desde casa.

—No te asustes —le digo a Carol—, pero dentro de pocos minutos empezarán a dar la noticia de un atentado en el tren. —Hablo como si mi tren fuese el único donde se hubiesen producido las explosiones, no sé nada acerca de los demás trenes—. No te preocupes, que estoy bien —le insisto para que, cuando vea las noticias, tenga presente mis palabras.

—¿Es mucho? —me pregunta mi mujer.

—Es una masacre, una carnicería —aunque no pretendía decirlo, no puedo evitarlo y se me escapa como si hablase conmigo mismo.

—Vamos a buscarte —me dice, y no está preguntando, me está diciendo que viene a por mí, que quiere venir a recogerme, abrazarme y sacarme ya de esa pesadilla, así que tengo que convencerla para que se quede en casa.

—No, esperad, que yo os aviso, tengo que quedarme para echar una mano.

Y no insistió, aunque sé que muy a pesar suyo. Ella ya me conoce, sabe cómo soy, nos conocemos desde hace más de veinte años, prácticamente nos hemos convertido en adultos juntos y sabe que no me marcharé.

• • •

Me acuerdo de una ocasión hace años en la que circulábamos en el coche por la Nacional 6, creo que nos dirigíamos a Galicia, y vimos en el sentido contrario un vehículo que estaba detenido en el arcén y al que empezaban a envolver las llamas… ¡con una mujer dentro! Así que frené, le pedí que se quedase dentro del coche y me lancé hacia el vehículo accidentado. A veces pienso que soy un verdadero inconsciente.

Intento abrir la portezuela pero la cerradura no cede. No recuerdo por qué, pero no podía abrirla, estaba atascada, tampoco tenía extintor y no había nadie que tuviese; luego llegó más gente y

un camionero sacó un extintor, pero no funcionaba o no era suficiente y la mujer seguía dentro intentando liberarse y con el pánico reflejado en los ojos. La desesperación y la impotencia eran terribles porque el fuego aumentaba, las llamas nos tocaban y no podíamos hacer nada. Pero entonces llegaron ellos, siempre están ahí, donde se les necesita: una patrulla de la Guardia Civil de Tráfico. A ellos tampoco les importaron las llamas y fueron los que finalmente sacaron a la mujer del coche.

• • •

Carol sabe que no podría marcharme de allí hasta que sepa que he hecho todo lo que podía hacer.

Cuando me alejo puedo observar el estado del vagón. Ha quedado igual que si una mano gigantesca lo hubiese abierto como una lata de sardinas y pienso que es posible que la bomba estuviese depositada en el portaequipajes, por lo que al reventar hizo saltar el techo, aunque yo no soy experto en explosivos. Luego sabré que no, que los técnicos, tras analizar los datos, verificarán que realmente estaba colocada abajo, en el suelo, debajo de los asientos, pero que la misma estructura del vagón y los materiales de los que está construido condujeron la onda expansiva hacia arriba. Es probable que la rotura del techo del vagón y que no nos encontrásemos en un sitio cerrado nos haya podido salvar la vida a muchos, que por ello la explosión no haya causado, en este caso, aún más estragos. Me asalta la idea, aunque bastante más tarde, de que probablemente eso y el hecho de que la gente del vagón estuviese levantada en el momento de la explosión haya podido contribuir a que yo no haya resultado gravemente herido. En los otros vagones los explosivos también habían sido situados bajo los asientos, excepto en uno de ellos en que se encontraba en el portaequipajes, aunque ningún otro ha resultado dañado de este modo.

Hemos efectuado algunas llamadas al teléfono de emergencias.

—¿Seguro que has llamado? —pregunto a una de las personas con las que me encuentro.

—Sí, sí… me han dicho que ya venían.

Pero estoy confundido y comienzo a irritarme, porque estamos oyendo las sirenas muy cerca, supongo que por la avenida Ciudad de Barcelona, pero no llegan. Mucho después leeré que las primeras ayudas, las primeras ambulancias, llegaron por casualidad. Estamos prácticamente a la vista de la estación de Atocha, pero no detecto ningún signo extraño o actividad que me pueda hacer sospechar que haya ocurrido nada. Sin embargo, antes de que nuestro tren quedase convertido en un amasijo de hierros, cristales y cuerpos tendidos, también allí dentro se había consumado la destrucción, se

había producido una masacre en otro tren.

No conocemos todavía la enorme proporción de la tragedia que ha dado inicio ese día, ni tampoco tenemos noticias de que el tren en el que viajamos, nuestro tren, es solo uno de los cuatro en los que esta mañana se han cebado la ignominia y la crueldad. Me temo que las autoridades tampoco tendrán un conocimiento cierto de lo ocurrido realmente hasta bastante después.

Creo que en ese momento, aunque eso es algo que no sabré hasta bastante después, la policía cuenta únicamente como objetivos de los atentados tres trenes entre los que todavía no se encuentra registrado el nuestro. Se ha debido de producir alguna confusión, tal vez a causa de la proximidad con la estación de Atocha, y aún no ha sido identificado como el cuarto de los trenes, donde ha quedado cercenada la vida de los que ya han muerto, los que morirán más adelante y de quienes quedarán mutilados de por vida, tanto física como anímicamente. Sin embargo, no serán ellos los únicos que sufrirán mutilaciones en el alma: también han quebrado la vida de sus familias, de los amigos….

No sé cuánto, pero el tiempo continúa transcurriendo y seguimos sin recibir ninguna ayuda del exterior. «¿Es que no saben llegar?», me pregunto desesperado en voz alta, mientras continúo moviéndome entre las vías. No soy yo el único que está intentando socorrer de algún modo a los que están peor, ni mucho menos. Muchas otras personas, pasajeros del tren, aunque me temo que no tantas como habrían querido hacerlo, intentan al menos aliviar el sufrimiento de los que creemos que están peor. Aquellos que se encuentran en condiciones físicas y, algo bastante más importante, también psíquicas, para poder hacerlo, puesto que la enormidad de la tragedia ha dejado a muchos sin capacidad de reacción. Siempre he afirmado que no soy ni me considero ningún héroe, no, en absoluto, yo soy solo uno más de los que intentan colaborar como pueden y sé que probablemente tampoco sea el que más contribuya.

Ya sobre la playa de grava, intentamos averiguar cómo podemos auxiliar y proteger a aquellos que se encuentran en peor estado, aunque realmente sea poco lo que podamos hacer. En unos casos, únicamente colocar a las víctimas en la posición de seguridad y cubrirlas con alguna prenda, ya que todavía hace algo de frío. Bastantes viajeros, debido al pánico, han abandonado el tren sin sus prendas de abrigo y están desprotegidos allí al raso. Luego los vecinos de la ya tristemente célebre calle también intervendrán proporcionando algo de abrigo. En otras ocasiones, tal vez las que más, les hablamos, les reconfortamos e intentamos que reaccionen, ya que su estado es de pérdida total.

El suelo de piedra se clava en los pies descalzos de los que han

perdido sus zapatos. Siempre me ha llamado la atención el hecho de que en cualquier escenario donde se ha producido un accidente en el que se han ocasionado víctimas, la constante sea encontrar un zapato, un único zapato; me pregunto por qué las víctimas, da igual el tipo de muerte violenta, siempre los acaban perdiendo.

Alguien llama mi atención:

—No puedo respirar y siento como si me estuviese ahogando —se lamenta un señor cuando me acerco. Ahora me duele no haberle preguntado cómo se llamaba, porque los nombres ponen cara a las personas y los hace perpetuarse en nuestra memoria durante más tiempo. Le saludo e intento bromear, así que le respondo.

—Te has apretado demasiado el nudo —y le ayudo a aflojar la corbata que aún lleva anudada.

Permanece sentado sobre el suelo de grava, no parece tener heridas físicas, al menos visibles, pero su cara es la muestra de la desolación y la desesperanza en el centro de la tragedia. Como pudimos verificar posteriormente, el hecho de no apreciar lesiones externas no quería decir ni mucho menos que no las hubiese. Aparenta ser un hombre fuerte y por ello resulta trágico verle con su corbata aún anudada, sin zapatos y con lo que queda de unos pantalones hechos jirones a causa de la explosión. Seguramente ese debe de ser el motivo de su estado de conmoción: que ha sufrido también desde bastante cerca la explosión de alguna de las bombas.

Estoy verdaderamente estremecido, en muchos casos la intensidad de la onda expansiva causada por las explosiones ha dejado medio desnudas a algunas personas. Advierto que en algunos otros, además de haber acabado con sus vidas, ha dejado los cuerpos completamente desnudos. Como si además de la vida, con la vestimenta, las explosiones les hubiesen querido arrancar igualmente la dignidad en la muerte.

Observo con detenimiento a un chico que parece querer hacerse entender por una mujer junto al hueco donde apenas unos minutos antes había una ventana. No puedo escuchar qué le dice, pero sospecho que intenta saber si se encuentra bien y convencerla para que abandone su sitio y baje del tren, aunque ella parece no reaccionar o no entender. Semejante a un retrato, la mujer, que parece más pequeña enmarcada por el enorme vano, parece estar observando, con aire distraído, el devastado paisaje que se presenta ante ella. Me acerco, pues creo haberla reconocido. Efectivamente, compruebo que es la vecina y le pido al chico que me permita hacerme cargo de la situación

—Déjame a mí, que yo la conozco, es una amiga.

En alguna otra ocasión nos hemos encontrado en el tren, normalmente por la mañana, debido a los distintos horarios de

trabajo, pero hoy no recuerdo haberla visto subir. Sin embargo ahí está.

—Hola, vecina, ¿cómo estás? —trato de que el saludo suene lo más normal posible. Inicialmente parece no reconocerme, pero de manera inmediata me pregunta sin moverse de su sitio:

—¿Qué haces tú aquí?

Tiene la misma mirada de otros muchos, entre sorprendida y perdida. En ese momento, yo no diría que es una mirada de miedo.

—Tengo las piernas atrapadas y no puedo salir —me lo dice sin ningún atisbo de miedo y yo, con cierta aprensión, temiendo lo peor, levanto los restos del vagón que le aprisionan las piernas para sacarla de allí. No se ve ninguna lesión, gracias a Dios.

—He perdido un zapato —me dice muy seria mirándose el pie, otra vez los zapatos; la aparto de entre los restos, la separo del vagón y la siento sobre la grava. La dejo allí un ratito y luego vuelvo.

—Ángeles, vamos a ir hasta el otro lado de los vagones.

Continúa obsesionada con el zapato.

—No te preocupes, que voy a buscarlo.

Me acerco al vagón de donde la he sacado hace unos minutos en situación de *shock* total. Hay más zapatos pero no veo el suyo o no lo distingo, y como no puedo gastar tiempo para buscar o elegir, me vuelvo hacia ella y me disculpo.

—Lo siento, pero no lo he visto.

Llamo a Eduardo, su marido, pero no responde al teléfono. Salta el buzón del contestador; luego, más tarde, cuando me devuelve la llamada, me contará que está en Francia en viaje de trabajo. Pero antes he vuelto a llamar a casa y les cuento la situación.

—No localizo a Eduardo, avisad a la familia de Ángeles, le decís que está aquí conmigo y que está bien, al menos aparentemente.

—¿Pero está bien de verdad? —dice Carol, que quiere saber.

—Está viva y entera y eso ya es mucho, aunque también un poco desorientada. Sangra por el oído, pero eso no lo digáis.

Hilda y Carol fueron a casa de Ángeles a dar la mala, pero también esperanzadora, noticia. Tras ese día, nuestras familias quedaron unidas por ese sentimiento de inquietud y consuelo mutuo que pudieron intercambiar abuela, madre e hijos de una y otra casa.

Muchos viajeros hemos abandonado el vagón por la parte opuesta a las edificaciones de viviendas de la calle Téllez. Por ello iniciamos el traslado de la gente al otro lado del tren, donde también se encuentran unos edificios construidos con una arquitectura de época, que han resultado ser un centro polideportivo municipal. Esos edificios fueron construidos hacia

finales del siglo XIX para convertirse en cuarteles de Artillería; posteriormente se transformaron en instalaciones de Renfe hasta la década de los ochenta, en que dejaron de utilizarse. Finalmente han sido reconvertidos en un polideportivo que fue bautizado con el nombre de Daoíz y Velarde en recuerdo de sus orígenes. Las instalaciones han sido abiertas al público hace relativamente poco, a pesar de no estar terminadas del todo, algo que nos ha venido muy bien hoy.

A mi vecina, las piedras puntiagudas se le hunden en el pie desnudo, le resulta doloroso y trato de levantarla en brazos. En cuanto lo intento, emite un quejido al sufrir presión en el tórax y, más preocupado todavía, la vuelvo a depositar en el suelo y tras convencerla, logramos, muy poco a poco, rodear el tren para pasar al otro lado, donde, como he hecho antes, la siento de espaldas al tren y a la tragedia, en un intento de evitarle la visión dantesca a su alrededor.

Luego sabríamos que tenía otras lesiones internas graves, además de las que se podían adivinar, producidas en los oídos. La consecuencia de la cercana explosión que había sufrido le hará permanecer varios meses en el hospital recuperándose de las graves heridas internas. Se encontraba ingresada, convaleciente, cuando un día fui a visitarla y me confesó que no se acordaba de prácticamente nada de los detalles de ese día. Estuve acompañado de mi familia, quienes nos dejaron un rato, pues querían salvaguardar la intimidad de las posibles explicaciones que le diese sobre aquel momento. Meses después, ya recuperada físicamente, también Eduardo, su marido, me pedirá que le cuente los detalles para tratar de reconstruir con ella aquellos terribles minutos, muchos de los cuales continúan olvidados, tal vez como defensa ante lo brutal de su experiencia. Cuando les recuerdo la anécdota sobre el zapato, se les dibuja una sonrisa y a ella creo que también le produce un cierto apuro por lo ridículo que puede parecer ese comentario en la distancia. Sin embargo no es ridículo, siempre he creído que ese desconcierto es el lugar donde nuestra mente busca refugio cuando lo que ocurre a nuestro alrededor es tan terrible que sobrepasa nuestra capacidad de racionalizarlo. La lesión auditiva producida por efecto de las explosiones ha afectado a una gran mayoría de los pasajeros y en muchos casos revistiendo una enorme gravedad. Una de sus consecuencias más inmediatas es la desorientación y probablemente sea la causa del estado de pérdida que se observa en muchos de los pasajeros.

Javier, otro compañero militar, ha resultado afectado en los dos oídos de manera gravísima. Por ello, debido a la lesión, se vio obligado a dejar el servicio activo y ahora, cuando puede, como

muchos otros, y acompañado siempre de Lucy, su mujer, está ahí, tratando de dar voz y apoyar con su presencia y con sus actos todas las acciones que puedan favorecer a las víctimas de terrorismo.

Es necesario poner a los heridos a salvo del frío y sacarlos del suelo de grava. Para este menester hacen la función de camilla las puertas desgajadas de los vagones y cualquier otro objeto de superficie más o menos plana que podamos aprovechar para transportar a aquellos que se encuentran peor o no pueden caminar. No sé quién ni en qué momento, creo que fue un enfermero, ha abierto el edificio de las piscinas que se ha transformado inmediatamente en una enorme enfermería, donde hemos empezado a instalar a los heridos alrededor de las piscinas de la mejor manera posible. Hasta que puedan ser trasladados a los hospitales, es la mejor opción. Así que se inicia la evacuación de los heridos, salvando para ello, con bastante dificultad, la diferencia de nivel que existe entre la puerta del recinto y la playa de grava y las vías.

• • •

Ahora, cuando paso con el tren, observo que, una vez terminadas completamente las obras, justo a la entrada se ha construido un parque infantil, y asiento con la cabeza. Creo que es una buena elección construir una zona de juegos para ellos, pues en un lugar de muerte y desolación, la presencia de niños constituye un símbolo de vida y continuidad. La zona de vías ha sido separada del polideportivo y del parque infantil por medio de una gran valla metálica, que casi siempre permanece adornada con ramos de flores.

Supongo que esta férrea separación se habrá efectuado por cuestiones de seguridad, pero no puedo evitar pensar que si las vallas hubiesen estado ahí ese día, nos habría resultado mucho más complicado, si no imposible, poner en un lugar seguro a los heridos o que pudieran ser trasladados y evacuados de manera rápida.

• • •

Me aproximo a una mujer que permanece sentada en el suelo con un rictus de dolor y le pido que haga algo por otra chica, a la que incorporamos e inclinamos sobre ella:

—Abrázala y que se apoye sobre ti, es importante que tenga alguien a su lado —le digo, y la rodea con su brazo. La soledad se magnifica para las víctimas, qué bueno sería tener cerca ahora un amigo o una amiga, alguien con quien compartir el dolor.

Veo a algunas personas que toman fotografías. Al principio me exaspera que haya gente que pueda estar perdiendo el tiempo en

hacer fotografías en lugar de colaborar; luego recapacito, es bueno y necesario que quede testimonio gráfico, antes de que el escenario cambie o se altere. Probablemente no lo hagan por ese motivo, pero da lo mismo, de cualquier modo es otra forma de ayudar.

Otro detalle de la escena atrae con fuerza mi atención. Mi vista vaga por este escenario de devastación y observo que algunos viajeros están paseando por las vías, indiferentes a lo que ocurre a su alrededor, al menos en apariencia; en el mismo instante me digo que no es posible, que de encontrarse bien, deberían estar prestando su asistencia a los demás y sospecho que la pasividad no es despreocupación, sino aturdimiento, quizá la conmoción haya podido afectar y disminuir su normal capacidad de reacción. Entiendo que es otra manera de buscar refugio, otro modo de reaccionar ante un trance tan terrible como el que nos ha sacudido, de igual modo que ha habido gente que ha huido despavorida de los vagones y de este lugar de desolación y muerte. Estoy convencido de que después, tras recuperar la tranquilidad y la cordura, más de uno se habrá sentido culpable por no haberse quedado o por creer que podría haber hecho más de lo que hizo. Cuando se produce un acontecimiento de esta naturaleza, cada uno de nosotros deberá vivir después con sus propios fantasmas y recuerdos, los que estuvimos allí y los que no, los que ayudaron o hicieron lo que pudieron, aquellos que no pudieron soportar la visión de aquel espectáculo de horror y abandonaron el lugar y quienes fueron meros espectadores pasivos.

No surge de manera consciente, pero una imagen irrumpe de repente en mi mente, como un fogonazo: soy consciente de que en ese preciso instante también hay gente a la que se le está escapando la vida, que está muriendo ahí en el gélido suelo de las vías y que otros muchos de los heridos, no pocos, morirán más adelante en los centros hospitalarios y que otros yacen muertos dentro de los vagones.

En estos momentos, esos pensamientos no me producen tristeza o dolor, eso llegaría después, sino que me ayudan a mantenerme activo y, debe de ser a causa de la adrenalina y la tensión, me empujan a continuar en movimiento. Puede que si me detengo ya no sea capaz de continuar. Lo cierto es que aunque puedan existir detalles que se me difuminen, no necesito las fotografías, todavía los veo, en los vagones, en las vías.

• • •

Cuando rememoro otros escenarios, me viene a la memoria mi primera misión en una operación internacional.

Fue en Bosnia Herzegovina, donde formé parte de la Agrupación

Madrid y donde estuvimos algún tiempo más del que teníamos previsto inicialmente; una misión que para mí se inició el 15 de septiembre de 1993, cuando zarpamos del puerto de Cartagena a bordo del buque de la Armada *Castilla*; en realidad dio comienzo dos días antes, el 13 de septiembre, cuando después de despedirme de mi familia me dirigí, junto con mi unidad, al puerto de Cartagena. Recuerdo de manera vívida la primera evacuación de heridos en la que participé, en las cercanías de Mostar. Cuando descendieron de los camiones donde eran transportados para embarcarlos en los helicópteros y ponerlos a salvo, aunque supusiese estar lejos de sus hogares, quedó para siempre en mi retina la dura realidad de ese momento, las terribles mutilaciones que sufrían algunos de los evacuados. Ese día, al verlos desfilar ante nosotros, pude percibir de manera menos precisa que hoy, aunque igualmente imposible de olvidar, el sufrimiento reflejado en sus rostros y la expresión entre perdida y resignada.

Supongo que a partir de hoy sucederá del mismo modo, y aunque el tiempo vaya dulcificando los recuerdos, creo que son imágenes que no se me irán nunca de la cabeza. La vuelta a casa se produjo en abril de 1994, tras haber perdido en la misión a un componente de la unidad, el capitán Fernando Álvarez, debido a la explosión de una mina trampa que causó también la mutilación para siempre de otro compañero, el sargento Jorge Fernández. En mi caso concreto, aterricé en Torrejón de Ardoz el día 22, lo recuerdo muy bien porque es el día del cumpleaños de mi hija y porque mi hijo, que era bastante pequeño entonces, cuatro años, se escapó de todo el mundo, corrió y atravesó media pista para abrazarme.

Precisamente en Bosnia tuve la suerte de encontrar y conocer a Arturo Pérez-Reverte, antes de que se convirtiese en un escritor famoso y de renombre, cuando todavía era conocido por ser el *corresponsal de guerra* de TVE, la persona que llevaba a cabo otra importante misión, mantenernos informados de lo que ocurría en las regiones más castigadas y los territorios más devastados del planeta.

Él también se ha forjado con la visión de los horrores y las miradas vacías de las víctimas de las guerras, también ha mirado y ha visto en directo la parte más negra y más perversa del ser humano, mientras el resto lo hacíamos a través de la cámara de su inseparable e inigualable José Luis Márquez, a quien recuerdo, en una ocasión, abandonando la seguridad del vehículo blindado y bajándose para filmar la escena de un tumulto que se había producido en el barrio musulmán de la ciudad, más conocido entre los veteranos en esta misión como Mostar Este.

• • •

Han empezado a llegar finalmente los primeros efectivos del personal de los servicios de emergencias. Creo que son bomberos, aunque no sé en qué momento han aparecido. Tampoco son muchos, posiblemente debido a que tienen que repartirse entre cuatro puntos, tres de ellos situados bastante lejos uno del otro. Son cuatro escenarios que parecen sacados de una película apocalíptica, algo para lo que no estábamos preparados. Otro de los trenes atacados, que realizaba su trayecto delante de nosotros, en el momento de producirse las explosiones se encontraba estacionado dentro de la estación de Atocha. No quiero pensar en el terror de la gente sintiéndose atrapada no solamente dentro de los vagones, sino en el oscuro interior de la estación, al saberse sin salida.

De nuevo la gente atropellándose, olvidado una vez más el nosotros y pensando únicamente en el mezquino yo, el egoísta pero necesario instinto que intenta asegurar la supervivencia del individuo. Pero también hicieron su aparición todos aquellos que no dudaron en acercarse al tren para ayudar a las víctimas de la primera explosión, todas esas personas que olvidaron su instinto primario y lo arrinconaron en la mente para pensar en plural; esos cuya heroicidad y valor determinó que no pudieran contar su experiencia, después de que quedaran para siempre en Atocha tras las siguientes explosiones.

Lo cierto es que nadie está preparado para esperar algo similar, para un acto criminal de estas características. A ninguna persona se le puede pedir que prevea algo como esto, de la misma manera que nadie podía llegar a prever el salvaje atentado de Nueva York, que convirtió la vida de los neoyorquinos y de todos los americanos en un infierno. Cuando aquel 11 de septiembre del año 2001 escuchaba las noticias sobre las Torres Gemelas y observaba estrellarse en directo la segunda aeronave contra el edificio, incrédulo y pensando que era el tráiler de una película, no podía imaginar que pocos años después tendríamos nuestro propio infierno, también un día 11, aunque cambiase el mes.

Desde este momento, cualquier escenario, por muy aberrante que se nos pudiera antojar, deberá formar parte de las hipótesis sobre los modos de actuación de estos animales salvajes.

• • •

Un seminario organizado por la Comisión Europea sobre información y lecciones aprendidas de las acciones tomadas tras el atentado, se ha llevado a cabo en Madrid durante el mes de junio. Han tomado parte representantes de diversas instituciones de países de la Unión Europea. Un amigo, inspector de la Policía Nacional,

me ha enviado las conclusiones, y lo primero que me viene a la cabeza cuando las leo es una pregunta: *¿por qué un seminario realizado en Madrid, a propósito de un atentado ocurrido en España, concretamente en su capital, Madrid, ha redactado sus conclusiones en inglés?*

Supongo que ha sido así para darnos la medida de la importancia del seminario. De cualquier modo, aunque sea en inglés, idioma que los participantes españoles no tendrían problema en manejar, ¡ojalá que haya sido provechoso! Esperamos y creemos o queremos creer que algo tan terrorífico no volverá a ocurrir, aunque sería importante y necesario que se tengan en cuenta, al menos, algunas de las conclusiones de ese seminario en cuanto a los aspectos a mejorar o poner en práctica y los distintos servicios puedan de verdad funcionar de una manera coordinada y realmente efectiva. De este modo, tendríamos que depender menos de la buena voluntad de los ciudadanos, que ese día fue mucha.

• • •

Estoy haciendo un recorrido dentro del polideportivo.

—¿Qué tal estás? —saludo de nuevo a mi amigo de la corbata, el rostro de la desolación que no olvidaré jamás; ya está cobijado dentro del recinto municipal de las piscinas y parece que con el ánimo algo más recuperado. Se percata del teléfono móvil en mi mano y piensa en su familia.

—¿Puedes llamar a mi mujer para decirle que estoy bien?

—Claro, dame el número. —Y lo intento varias veces, a casa, al trabajo, pero no hay manera de comunicar—. Lo siento pero no tengo señal, es imposible.

Las líneas deben de estar colapsadas o caídas o tiradas, quién lo sabe. De momento no podemos comunicarnos, y sigo yendo de un lado a otro; pienso en el calvario que debe de estar pasando ya su esposa, cuando haya oído las noticias y no pueda contactar con su marido. No me dijo nada sobre llamar a sus hijos —*¿tendría hijos?* —, ¡cuántos dramas pueden esconderse tras un rostro! Antes de dejarle, le pregunto:

—¿Quieres ayudar?

—Claro, ¿pero cómo?

—Sujétale la mano. —A su lado hay una chica con los ojos cerrados. Una herida enorme y terrorífica le atraviesa la cara y se queja sin demasiado ruido, de manera casi silenciosa—. Y háblale, que sepa que no se encuentra sola, que hay alguien con ella.

Se queda hablándole quedamente mientras me marcho. Creo sinceramente que la cercanía y el contacto de otro ser humano es bueno y nos proporciona una sensación de calidez, sobre todo en

esos momentos en que nos sentimos tan terriblemente solos.

Habitamos en grandes ciudades y en muchas ocasiones no conocemos a los vecinos del rellano o de la casa de al lado y lo peor es que parece no importarnos. Vivimos inmersos en la era de las comunicaciones globales y sin embargo nos aislamos cada vez más, nos encontramos más solos que antes. Podemos narrar sin ningún pudor cada minuto de nuestra vida a miles de desconocidos en las redes sociales y a la vez somos capaces de cruzarnos o pasar junto a un vecino sin decir hola.

Le dejo sosteniéndole la mano, consolando en su soledad y en esta desgracia compartida a una persona, a una mujer a la que no conoce y a quien, si se hubiese tropezado por la calle, probablemente no se le habría pasado por la cabeza saludar, si acaso brindarle una disculpa mascullada entre dientes. Estoy convencido de que el gesto la ha reconfortado mucho más de lo que pueda imaginar y espero que también a él le haya servido para no sentirse solo y saber que a pesar de estar herido podía hacer algo por los demás.

• • •

Al ocupar mi sitio en el tren, yo solía saludar a menudo, pero creo que es a partir de ese día, cuando, siempre que tomo asiento, ya sea en el tren, el avión o el autobús, saludo siempre a los pasajeros que están sentados cerca de mí; y debo decir que muchos no responden, sumergidos en sus amistades virtuales y en lanzar a Internet la más trivial de sus experiencias; prefiero pensar que no es una cuestión de educación, sino de falta de hábito. Incluso, en ocasiones, algún pasajero mira a su alrededor con aire de sorpresa y extrañado, preguntándose si el saludo va dirigido a él o a ella aunque no me conozca de nada, si no me habré confundido o si estoy saludando a algún conocido entre los vecinos de asiento.

• • •

No sé en qué momento sucede y resulta extraño, pero un tren se aproxima desde la dirección de la estación de Atocha y no entiendo cómo puede ocurrir. En teoría la circulación tendría que haber estado prohibida, del mismo modo que los convoyes procedentes de Alcalá ya no iniciaron la marcha, al igual que el tren en el cual debería haber viajado mi hija ya no abandonó la estación. Tal vez este otro fuese el último que efectuase la salida antes de quedar cerrado el tráfico ferroviario… el tiempo vuelve algunos hechos borrosos, pero me pregunto cómo es posible que no obligasen a desalojar los trenes desde el primer momento ante la posibilidad de que hubiese más artefactos, y además, a este concretamente se le

permitiese moverse hacia el lugar donde se habían producido las explosiones, sobre todo cuando luego supimos que había más bombas sin explosionar. Supongo que todo tendrá una explicación razonable y que las acciones llevadas a cabo se hicieron de manera meditada.

Se ha detenido al llegar a nuestra altura. No recuerdo si más gente lo hizo, pero sí tengo en la memoria a un señor, mejicano, que se baja con el ánimo ya predispuesto y, sin dudarlo ni un instante, se apresta a brindarnos su contribución.

—¿Qué puedo hacer?

Las ambulancias de los servicios de emergencia están empezando a llevarse a los heridos hacia los hospitales y yo me atrevo a proponerle algo que aún no se ha empezado a llevar a cabo hasta este momento.

—Puedes tomar los datos de los heridos que pueden ser identificados o pueden hablar, antes de que finalmente los del SAMUR se los vayan llevando. Después la pasaremos a quien corresponda. Si no, luego no habrá manera de saber quiénes son y dónde están y para los familiares y para las autoridades será bastante más complicada su localización.

Así lo hizo, en la seguridad de que aquello podía ser útil para las personas que allí nos encontrábamos. Luego, algunos días después, le vi en la televisión, en una entrevista que le hicieron el mismo día de los atentados. En ella mostraba la humildad de su disposición. No sé si aquello sirvió para algo, y si la lista que confeccionó llegó a la persona adecuada, espero que sí y que su tarea pudiese ayudar sobre todo a disminuir el tiempo de la búsqueda y aliviar un poco la espera de los familiares y seres queridos de aquellos que fueron evacuados a los hospitales. De cualquier modo, yo le vi cómo realizaba la tarea asignada, de forma muy diligente, anotando los datos que podía de los heridos que sacaban de las piscinas en dirección a los centros sanitarios; así que puede sentirse satisfecho. Y los mejicanos, de este y del otro lado del Atlántico, pueden estar orgullosos de su compatriota. Desde luego, aquí en Madrid se ha convertido en su mejor embajador. Los españoles deberemos estarle siempre agradecidos por ese gesto de nobleza y solidaridad, porque tuvo la valentía de abandonar la seguridad de un tren en el que habría dejado atrás la tragedia, sin recibir el más mínimo reproche, en el anonimato de tantos otros viajeros, para lanzarse a la incertidumbre y procurar socorro en un panorama tan desolador como el que nos rodeaba.

Todo ha ocurrido con demasiada rapidez. Es evidente que no estamos organizados, no ha habido tiempo para ello y la urgente necesidad no deja margen para que podamos permitirnos perder ni

un segundo, por lo que la ayuda se presta guiándonos más de un modo intuitivo y con el corazón que con la cabeza, de un modo ordenado o siguiendo algún método. Cada uno de nosotros va eligiendo a aquellas personas que pensamos que están peor y a las que podemos prestar mejor nuestro apoyo y consuelo. En mi caso, excepto el episodio de Ángeles, creo que he estado actuando más como un acto reflejo que con plena conciencia de qué o por qué actúo de una manera o de otra.

Un amigo me llama para que le acompañe.

—Jose, ¿puedes venir conmigo?

Seguramente es para que le ayude a atender a alguien. No sé en qué vagón venía y creo que nunca se lo pregunté, pero sé que no ha parado un segundo. Es un buen amigo, un verdadero luchador, espontáneo y temperamental, enamorado de su profesión y del fútbol, una persona buena, que quizá es lo mejor que se puede decir de alguien, aunque en estos tiempos no esté ni muy en uso ni muy valorado. Estuvimos toda la mañana apresurados, desplazándonos de un lado a otro. En las piscinas ya hay médicos y cuando vuelvo a entrar, le encuentro sujetando un suero, no sé quién se lo ha puesto en la mano, pero le conozco y sé que no le ha gustado mucho. Él piensa que puede ser más útil en otras tareas y lugares; se gira hacia alguien y le dice:

—Mantenlo en alto, yo no puedo quedarme aquí sujetando el suero —resopla y yo sé lo que significa—, esa tarea la pueden desempeñar otros que puedan tener problemas para moverse. —Y se va a seguir con otras tareas «menos sedentarias», en un intento de dar y compartir su energía con los demás.

• • •

Paco Herrera y yo estuvimos destinados juntos en la BRIPAC; ahí fue donde nos conocimos y de donde viene nuestra amistad. Más tarde coincidimos en la misión de UNIFIL en Líbano, aunque los avatares de la profesión nos habían separado y ya no estuviéramos destinados en la misma unidad. Fue en 2007, una misión también de triste recuerdo porque en ella murieron seis paracaidistas como consecuencia de un ataque a su convoy por medio de un coche bomba. Todas las muertes son lamentables, pero aún lo son más cuando se producen a manos de desalmados y cobardes.

La última vez que nos hemos visto ha sido en Zaragoza, en la Academia General Militar, donde coincidimos en una jura de bandera. Yo había ido para ver jurar al hijo, cadete de primero, de otro buen amigo, y él estaba allí porque juraba su hijo, cadete también, que seguirá los pasos de su padre. Ojalá que siga sus pasos en todo. Qué orgulloso estaba en esa ocasión:

—Paco, ten cuidado que se te escapan las lágrimas.

Tiempo después de *aquel jueves*, me comenta que solicitó el reconocimiento como víctima de terrorismo, pero como tuvo la ventura de no sufrir lesiones físicas, no se lo han concedido. Me pregunto si él no es tan víctima como quien haya sufrido algún tipo de lesión y cómo otros consiguieron ese reconocimiento si tampoco tenían lesiones. Posteriormente nos hemos enterado de que en algún caso se otorgó la condición de víctima a personas que no solo no tenían lesiones, sino que nunca habían estado en los trenes. Somos bastante fáciles de engañar cuando la culpabilidad nos puede, cuando pretendemos cerrar una herida antes de que cicatrice. Me gustaría saber lo que tiene en sus cabezas y sobre todo en sus corazones esta clase de gente y cómo hacen para mantener el tipo fingiendo, mezclados entre tanto dolor.

Es cierto que la providencia quiso que Paco no tuviese ninguna lesión, pero vivió los horrores que presenciamos los demás, el pánico, la desolación, la tristeza, el terror y la rabia, y decidió quedarse para compartir su buena estrella, poniéndola al servicio de los que no la tuvieron. La burocracia administrativa ha estimado que no es acreedor a su gratitud a pesar de su entrega. ¿Cómo es posible que no haya habido un mínimo de reconocimiento a la labor que realizó durante ese fatídico día? A pesar de los actos que se han llevado a cabo para reconocer la labor de los diversos colectivos profesionales que participaron y prestaron socorro en aquella situación, a quien permaneció allí tras haber sufrido el atentado no se le reconoce nada.

• • •

Han transcurrido los minutos —*¿o son horas?*—, y médicos y personal de Protección Civil ya han asumido el control de la situación. Entre ellos también habrá quienes necesitarán ayuda en los días posteriores. A partir de este momento, ellos se harán cargo de los heridos y les proporcionarán los cuidados necesarios. Algunos salvarán su vida gracias a la intervención de este personal. También han llegado la Policía Nacional y la Local. Vuelvo a las vías una vez más, pero un policía que permanece a una prudente distancia de los trenes y al que no había visto antes, creo que policía nacional, me hace detenerme y me advierte:

—Oiga, no puede acercarse a los vagones, es posible que haya más bombas.

Le agradezco la advertencia y le pongo al corriente de mi condición de militar, como si eso me pudiese proporcionar algún tipo de protección o escudo frente a otras posibles explosiones, pero lo cierto es que en esos momentos no pensaba en ello.

—Ya, pero yo venía en ese tren y debo pasar para seguir ayudando.

Creo que así también me estoy ayudando a mí mismo. Me pregunto, aunque eso no ocurre hasta mucho más adelante, si esa autoexigencia de continuar allí, cerca de los vagones reventados, no es más que una manera de expiar el hecho de no haber sufrido heridas, al menos visibles, y una necesidad de poner, al igual que tantos otros, nuestra buena suerte al servicio de los menos afortunados.

El policía lo entiende y se muestra comprensivo.

—Si pasa es bajo su responsabilidad —me contesta muy serio.

—Bajo mi responsabilidad, por supuesto —le respondo y continúo con la tarea de un lado para otro.

TRAS EL HORROR, LA IRREALIDAD

Ya está muy entrado el día y pienso que lo que podía hacer, si es que realmente ha sido algo, ya está hecho, y ahora en nada más puedo ayudar, ¿o sí? Esa es la duda que arremete contra mí de manera recurrente y constante, supongo que a todos les ocurrirá lo mismo. Finalmente he conseguido volver a contactar con mi familia y tras asegurarles una vez más que estoy bien, les he pedido que vengan a recogerme.

Estaban preocupados porque hacía ya mucho rato que no tenían noticias de mí. Hace bastantes minutos intenté llamar también desde un teléfono público, pero tampoco funcionaban las líneas. Seguramente, al no funcionar los teléfonos móviles, estarían saturadas. La avenida está desierta, ya apenas se ven ambulancias o yo no las veo, y tampoco hay tráfico apenas. Aparte del sonido de la sirena de alguna de las ambulancias que todavía están realizando transportes, me sorprende que haya tan pocos ruidos. No se oyen los tan frecuentes toques de claxon ni ninguno de los habituales sonidos de Madrid que un día cualquiera de trabajo podrían abrumar a quien circulase o pasease por primera vez por una gran ciudad.

Estos últimos minutos de espera se me hacen bastante largos, pero ya vienen a por mí para llevarme a casa, para devolverme a la seguridad del hogar. Hemos quedado en que me recogerían en la avenida Ciudad de Barcelona y mientras llegan entro en un bar, bastante pequeño me parece recordar, y agradezco algo de normalidad. Aunque puede parecer extraño, he entrado y salido unas cuantas veces del lugar donde se acaba de producir una masacre, he deambulado por el escenario de un asesinato múltiple y nadie me ha preguntado qué hago allí o quién soy. Supongo que debe de ser lo normal, yo nunca me había encontrado en una situación como esta y no conozco los protocolos o procedimientos. Cuando entro en el bar, por parte de los parroquianos presentes, muy pocos en realidad, no se produce ninguna reacción especial, al menos que yo perciba; y por supuesto ningún comentario o pregunta. Yo me siento raro, como al salir al sol después de permanecer mucho tiempo en el interior de un oscuro túnel.

—Buenos días, ¿me pone un café?

Mi aspecto debe de ser bastante normal o es que tal vez tienen reparo en preguntar o saber. La televisión se encuentra encendida y están viendo las noticias sobre los atentados. Me da la impresión, supongo que falsa, de que las están oyendo como si estos se hubiesen producido a muchos kilómetros de distancia, como si se tratase de acontecimientos que nada tuviesen que ver con ellos. Creo que es en ese momento cuando la sensación de irrealidad toma cuerpo y se hace patente por primera vez.

Se me hace extraño e hiriente comprobar que la gente continúa sirviendo y tomando café, que sigue viviendo normalmente como si nada hubiese ocurrido, que sus relojes no se han detenido y continúan dando las horas, marcando el transcurrir del tiempo.

Después de lo acontecido uno supone que el mundo tendría que haberse detenido y siento ganas de gritarles, aunque no sé qué. Imagino que ese sentimiento es algo que nos atrapa a todos cuando vivimos una tragedia y vemos, como a través de un velo, que la vida de los demás continúa. Algo más tarde, mi familia me lo cuenta y me saca del error. También lo hacen las imágenes en la televisión y las noticias de radio. Entonces sabré que Madrid y con ella gran parte del resto de España, realmente se ha detenido este 11 de marzo tras la devastación producida apenas tras haberse despertado.

Salgo de nuevo a la avenida, que continúa bastante desierta y mucho más silenciosa de lo habitual, y poco después veo llegar el coche. Vienen mi mujer y mi hija.

Bajan las dos, no me sorprende la entereza que muestran, son dos mujeres muy fuertes, pienso. Sobre todo Carol. No obstante detecto algo de miedo cuando me preguntan.

—¿Estás herido? ¿Es tuya la sangre?

No me había fijado, si la había visto antes no me había percatado.

—No lo sé, creo que no, vámonos a casa —pido de manera un tanto perentoria; sé que no estoy herido, al menos con ninguna herida grave, pero tampoco sé si la sangre puede ser mía, debido a alguna herida superficial que no haya detectado antes cuando me he autochequeado.

Me cuentan que para venir hasta aquí han tomado la autopista de peaje Radial 2 por temor a encontrar colapsada la entrada a Madrid, debido a los atentados. Más tarde, ya en casa, comprobamos que por suerte la sangre no es mía, aunque me percato de que tengo la cabeza llena de pequeños trozos de cristal. Eso me recuerda que en aquel bar nadie prestó atención a la sangre, o tal vez sí, pero prefirieron no darse por enterados. A veces, para poder continuar es necesario dejar de conocer todos los detalles.

Sin embargo la carretera estaba prácticamente vacía y ya en Madrid solo se veían ambulancias y taxis y, lo mismo que a mí, les ha impresionado sobre todo el silencio de sus calles y avenidas. Las ambulancias al fin y al cabo estaban realizando sus cometidos, pero los taxis también han estado realizando su labor en muchos casos; los mismos taxis que ayer no me dejaban cambiar de carril o que tocaban airados el claxon porque no puse el intermitente han demostrado un enorme altruismo participando en la evacuación de los heridos hasta los hospitales. Lo cierto es que todo el pueblo de Madrid ha demostrado una enorme generosidad y solidaridad.

Ha resultado tan masiva la respuesta dada a la solicitud efectuada por las autoridades de donaciones de sangre, que poco más tarde han debido pedir a través de los medios de comunicación que ya no acudan más personas a los centros preparados al efecto, dada su incapacidad para absorber tal avalancha de donantes. Gente que no dudó en abandonar sus puestos de trabajo y sus quehaceres diarios para lanzarse a los hospitales a ofrecer aquello más preciado del ser humano. No me ha defraudado Madrid ni su gente, no todos ellos necesariamente madrileños o madrileñas; muchos de ellos, como yo, venidos de otras tierras, y algunos de muy lejanas.

• • •

Sabía que no me equivocaba cuando me enamoré de esta ciudad, a la que le ha tocado vivir una tragedia como esta y cuya reacción ha sido insuperable. Su gente ha mostrado su cara más generosa, ha sido capaz de dar lo mejor de sí. Esa misma gente que no se disculpa cuando tropieza contigo o te empuja porque no quiere perder el metro o el tren. La gente de Madrid ha personificado de alguna manera la forma de ser de todos los españoles, la unión ante la tragedia, pues estoy convencido de que en cualquier otra ciudad o rincón de España la respuesta habría sido la misma o muy parecida ante una situación como esta. De cualquier manera, deseo que nunca tengamos que sufrir otra tragedia para comprobar la solidaridad de ningún otro lugar de nuestra geografía.

Estoy convencido de que en nuestro quehacer diario todos creemos estar actuando bien y la propia imagen que percibimos es la de personas solidarias, pues tenemos una cierta tendencia a ser excesivamente benévolos con nosotros mismos, aunque a los demás les pueda parecer que no. Normalmente vivimos de espaldas a lo que ocurre a nuestro alrededor. Nuestras acciones solo tienen un beneficiario, nosotros, y no suele ser frecuente que pensemos en los demás, fuera de nuestro entorno más próximo. En la mayoría de las ocasiones, aplicamos la sabiduría popular de «todo el mundo va a lo

suyo menos yo que voy a lo mío». Qué tristeza que se tenga que producir un acto tan bárbaro como este para que tengamos ocasión de comprobar la magnanimidad del ser humano en nuestra actitud hacia los demás, para que el resto del mundo deje de sernos invisible y se nos manifieste como algo patente.

—¿Y tu abrigo, lo has dejado en el tren?

Se refieren al que llevaba puesto esta mañana, mi abrigo de batalla, con los bolsillos llenos de papeles, como una continuación de mi bolsa negra. Esa sí que la tengo conmigo, pero el abrigo ya no lo llevo.

—Se lo he puesto por encima a Ángeles, tenía frío. —La respuesta es bastante escueta.

Luego he sabido que algunos vecinos de la calle han proporcionado mantas, pero en aquellos momentos todavía no había llegado la ayuda, o al menos yo no vi ninguna. Algo me da vueltas en la cabeza al pensar en los vecinos de la calle mirándonos desde sus balcones, pero no acabo de centrarlo.

Cuando me siento en el coche, que conduce mi mujer, el cansancio me atrapa y me envuelve por primera vez en muchas horas; la tensión cede algo, aunque hasta ese momento no la hubiera notado. Es a partir de ese momento cuando, una vez más, hace su aparición esa extraña sensación, un proceso mental por el que, a la par que nos alejamos del lugar, empiezan a distanciarse en mi cabeza y en el tiempo el atentado, las explosiones, los muertos y heridos en las vías. Todo parece tan irreal que en ocasiones me asalta la duda sobre mi participación en aquellos momentos; en ocasiones dudo incluso de haber estado en ese tren, en ese vagón. De nuevo pienso en los vecinos de la calle Téllez y entonces una vez más los observo desde las vías, apostados en los balcones, como si se encontrasen en el cine viendo una película o tal vez presenciando, desde la primera fila, una obra de teatro, solo que esta creación no es de ficción y ha surgido de la mente criminal y enfermiza de unos pocos. En esta función los actores son personas reales y los muertos y heridos de carne y hueso, de los que no se levantarán cuando finalice la función porque para ellos el telón ya cayó definitivamente, para siempre.

Hoy la carretera apenas tiene tráfico. La misma que tiende a atascarse enseguida, como una tubería demasiado estrecha para absorber todo el caudal entrante y de la que huimos muchos usuarios del cercanías, está vacía y el camino de vuelta a casa, a la seguridad del hogar, lo hacemos prácticamente solos en la carretera.

Durante el camino de regreso al hogar, más que hablar, escucho y continúo siendo parco en palabras. Respondo apenas con

monosílabos o respuestas muy breves. Es posible que la repentina falta de tensión haya podido producirme algo de somnolencia, aunque no estoy dormido, estoy consciente, pero de un modo ausente.

Me pregunto si a los demás viajeros les habrá ocurrido lo mismo o algo parecido. Qué habrán sentido aquellos que han resultado ilesos, una vez que han abandonado el escenario del horror y han podido volver a casa y relajarse entre los suyos. Ellas querían saber por mí qué había ocurrido, pero ante mi actitud de silencio y mi estado bastante apático han dejado de preguntar; lo entienden y esperarán hasta más tarde, hasta que yo haya podido digerir al menos una parte de lo ocurrido y me encuentre en condiciones de proporcionar algunas respuestas. Lo cierto es que se las merecen todas, no solamente por el mal rato que les he hecho pasar, sino también por haber esperado pacientemente a que yo decidiera que ya era hora de que viniesen a por mí. Pero de momento son ellas las que me cuentan y me ponen al corriente de las noticias que han oído hasta ese momento.

Desde que salieron hacia Madrid han venido escuchando la radio en el coche. Las emisoras están recabando las opiniones y el posicionamiento de los políticos y personajes públicos de relevancia. Recuerdan concretamente unas declaraciones, las del lendakari, en las que, como casi todos los demás, todas sus sospechas se vierten sobre la banda terrorista ETA. Creo que es realmente la primera vez en la que me paro a reflexionar sobre la posible identidad de los autores de la carnicería. Hasta ese momento mi preocupación se había centrado en otros menesteres más urgentes e importantes y conocer ese dato no había constituido para mí una prioridad.

En esos momentos todavía no lo sabemos, y deberán transcurrir cuarenta y ocho horas para conocer con certeza cuántas personas no regresarán ya nunca más a la seguridad de sus hogares, al calor de sus familias. Ya no darán besos, ni acariciarán a sus seres amados, y dejarán un vacío que nada ni nadie podrá llenar nunca. Siento una punzada de culpa, pero me callo.

• • •

«¿Cuántas veces ha pensado usted que debería estar muerto?», me preguntaron en una ocasión, años después. Vaya pregunta, me dije. Por un momento dudé de la respuesta, pues yo mismo, como muchos otros que escapamos con vida, no entendía cómo pude salir tan bien parado. Finalmente mi respuesta fue: «Nunca». Sin embargo, y sobre todo en los días y meses inmediatamente posteriores a las explosiones, me producía una especie de vergüenza

no haber resultado herido, mientras a mí alrededor se habían producido la muerte y la destrucción y el sentimiento de pena y tristeza que todavía me embargaba era enorme. Los psicólogos de las asociaciones de víctimas han desarrollado una excelente labor de ayuda. Recuerdo las llamadas que la psicóloga de la asociación en la que estoy inscrito me hizo durante los primeros años, ofreciéndome su disposición permanente a escuchar, pero yo fui dejando transcurrir los meses y los años sin contar nada.

• • •

Entro en casa con ganas de descansar, como podría llegar un marino tras una larga travesía, pero de pronto me agobia quedarme allí sentado. La casa se me hace pequeña.

—¿Por qué no vamos a comer fuera? —pregunto de repente.

No quiero celebrar nada, simplemente necesito un poco de espacio a mi alrededor. Todos lo entienden y salimos tras una ducha con la que intento hacer desaparecer el rastro de lo ocurrido y cambiarme de ropa, aunque el rastro no se borró ni siquiera tras el agua y el jabón… Creo que el jersey que llevaba puesto ese día sigue en casa, aunque hace tiempo que no me lo pongo; no obstante, lo continué usando después, porque no quería convertir ninguna prenda en algo maldito o relacionarla con los acontecimientos. Incluso ahora, como está viejo, mi hija me ha regalado uno bastante parecido y me he sentido realmente extraño al usarlo por primera vez. No recuerdo qué hice el resto del día, excepto hablar poco e intentar obtener más información de lo que había ocurrido esa mañana.

La fortuna o la casualidad, o las dos a un tiempo, quisieron que sobreviviese a la tragedia; tuve la suerte de no resultar gravemente herido físicamente, y creo que mentalmente tampoco. No obstante, no me considero un superviviente, no me gusta el apelativo, pues lleva implícito un significado de proeza que yo no realicé.

Esta denominación se puede aplicar a aquellas personas que han realizado una hazaña, una acción heroica o, cuando menos, un esfuerzo para salir bien de una situación en la cual sus vidas estaban en peligro, como un náufrago que se aferra a su tabla durante días hasta que logra ser rescatado.

Son supervivientes quienes sufrieron heridas de gravedad, físicas o psíquicas, y sin embargo lucharon con su fuerza de voluntad y sus ganas de vivir y lograron triunfar y salir adelante. También lo son las familias de aquellos que murieron y que con esfuerzo titánico han logrado salir del fondo del agujero en el que cayeron. Yo, en cambio, únicamente estuve allí y permanecí sentado mientras a mi alrededor se producía la desolación; y si la muerte pasó junto a mí

sin dañarme, prácticamente sin rozarme, no fue debido a ninguna acción, sino porque, al parecer, mi tiempo no se había cumplido todavía, no porque hiciera nada extraordinario. Ni siquiera tengo conciencia de haber podido hacer nada para esquivarla.

TERCERA PARTE

LA VIDA DESPUÉS

Diez años se han cumplido desde aquella fecha. Los días y los años, aunque pueda no parecerlo, han pasado uno tras otro. Un tiempo a través del cual los acontecimientos se han sucedido sin demasiados sobresaltos, aunque con algunos cambios. Cada uno de nosotros ha tratado de recomponer su vida y seguir adelante como mejor ha podido o sabido. Han sido diez veranos con el corazón roto, diez navidades con la pena como compañera de celebración y diez cumpleaños vividos como diez puñaladas. Nosotros nos acabamos mudando de casa ese mismo verano de los atentados, no sé si porque se nos había quedado pequeña para los cuatro o porque a mí, desde aquel día, se me habían estrechado sus paredes; o tal vez fuera por ambas razones. La animación y entusiasmo de la mudanza y lo que de renovador entraña iniciar una nueva etapa de la vida en otra vivienda quedó empañado, pues también ese verano fue cuando nos dejó Vicente. Igualmente, a partir de esa fecha, cambié mi habitual punto de inicio de trayecto a Madrid, ya que, desde entonces, tras entrar en funcionamiento la nueva estación, empecé a tomar el tren en La Garena. Sin embargo esta mañana, una vez más, sin otro motivo que no fuese mi propia necesidad interior, únicamente con la idea de intentar rendir mi pequeño y particular homenaje, inicio de nuevo el recorrido desde la estación de Alcalá. Es un viaje que llevo a cabo cada 11 de marzo, siempre que las circunstancias no me lo han impedido y hasta ahora me ha sido posible realizarlo todos los años excepto dos, porque me encontraba fuera de Madrid y de España. He llegado a la misma hora, aunque creo que los horarios han sido alterados en algunos minutos.

El tren, puntual a nuestra cita anual, se encuentra esperándome estacionado en la misma vía, e intento ocupar, no mi asiento de siempre, sino el que ocupé aquella mañana y cada aniversario, o casi. Este es también de un solo piso, no me seducen nada los de dos alturas y siempre que puedo procuro evitarlos, pues los noto más estrechos y agobiantes, no me siento cómodo y además, aunque no sé por qué, nunca me han transmitido buenas vibraciones.

Todavía circulan muchos de los de aquella época. Sin embargo, en esta ocasión no es el mismo modelo que el que tomé aquel día. Este es un tipo de tren reciente, en el cual ha desaparecido la separación entre vagones y no puedo evitar preguntarme cómo podría haber influido esta nueva configuración en las consecuencias de las explosiones. Si el desastre habría sido aún peor al no existir obstáculos que impidiesen la propagación de los efectos mortales de su onda expansiva, o por el contrario se habría diluido el efecto de las detonaciones precisamente debido a ello. Al entrar en el vagón, he dudado y pienso en bajarme al comprobar que la disposición de asientos también es distinta, pero entonces no haría el recorrido a la misma hora y la balanza se inclina por mantener la hora. Calculo, tomando como referencia las puertas, dónde se habría encontrado ubicado mi sitio, en el que viajé aquel día, y allí me encamino, dispuesto a realizar una vez más el trayecto. En las ocasiones anteriores todo era tan parecido que me embargaba la sensación de estar utilizando los mismos trenes, tras haber sido reparados después de las explosiones, aunque eso no puede ser porque aquellos trenes fueron desmantelados. Desde luego no diferían en nada del otro, de aquel que utilicé hace ya una década, tal vez por eso los responsables de Renfe han preferido evitarnos ese mal rato esta mañana de aniversario y los han cambiado.

Por lo demás, la única diferencia con la mañana de hace diez años es que entonces era jueves y hoy es martes, un dato en sí mismo de bastante poca significación. Los días de la semana son algo subjetivo y convencional, realmente no distinguimos el uno del otro excepto en la percepción y en el ánimo con el que los iniciamos y enfrentamos. Son los grandes y, las más veces, pequeños acontecimientos los que finalmente nos permiten definirlos. Dos náufragos viviendo por separado, sin referencias en un mismo remoto lugar, acabarían eligiendo un día al azar y convirtiéndolo en su día festivo, su jornada de descanso o de oración, según su propio criterio. El domingo es especial para nosotros y lo diferenciamos de los demás días de la semana por ser la jornada que ha quedado establecida para dedicarla al descanso, debido a la connotación y el carácter religioso aparejado al cristianismo y a la cultura occidental. Sin embargo, para un musulmán el día consagrado a la oración es el viernes y el domingo puede ser un día normal de trabajo, sin ninguna característica especial, pues el fin de semana de ocio depende de los países y no tiene por qué coincidir con el occidental.

Cada aniversario, a lo largo de estos diez años transcurridos, se ha llevado a cabo un recordatorio a las víctimas de la tragedia. Sin embargo, también cada año la conmemoración se ha realizado por separado, cada asociación de víctimas y sus grupos de partidarios o

asociaciones aparejadas ha realizado los suyos propios, en lugares y horas distintas, utilizando monumentos diferentes para idénticas oraciones, como altares que hubiesen sido levantados a muertos de bandos enemigos o para ser dedicados a dioses opuestos e incluso enfrentados. En estas fechas en que se conmemora el décimo aniversario y evocamos una vez más, no el horror sufrido, sino la tristeza de la pérdida, los políticos aparecen por enésima vez para efectuar las mismas alabanzas y lanzar reproches similares, aunque ahora más velados que entonces, por la perspectiva que proporciona el tiempo, pero dirigidos siempre a los mismos seguidores o amigos de entonces y adversarios de ahora.

Trato de revivir más recuerdos y más vivencias de las que acaecieron en ese aciago y malhadado día. Imaginaba que no sería una tarea fácil debido al tiempo transcurrido, pero ocurre lo contrario, lo difícil es controlar la avalancha de sensaciones y emociones; los recuerdos han empezado a fluir como un manantial, los recuerdos y las lágrimas y las angustias. Lo dificultoso y arduo será conseguir plasmar todo de modo coherente…

Si logramos abstraernos un instante, no es nada difícil sentir que de nuevo es jueves; en mi caso, ello ocurre apenas aparcar el vehículo. Más que un viaje a Madrid, me invade la sensación de que realmente estoy recorriendo un camino de regreso al pasado, de la misma manera que en este momento ya no me encuentro en el tren, sino más bien parece que me hallase en el interior de una colosal máquina del tiempo que me estuviese trasladando diez años atrás.

Salgo de casa a la misma hora y de nuevo me dirijo en coche hacia la estación. Accedo al paseo, donde aparco prácticamente en el mismo lugar en que lo estacioné hace diez años, tal vez incluso pueda ser el mismo; nada parece haber cambiado, pero creo que hace menos frío que el amanecer de aquel jueves.

Las personas no disponemos de la capacidad para percibir el transcurrir del tiempo, por lo que, desde la más lejana antigüedad, hemos intentado atraparlo y medirlo. Cuando sentimos la necesidad de apreciar un largo periodo de tiempo, cuando miramos hacia atrás, son las referencias concretas, los múltiples acontecimientos grandes y pequeños que van jalonando nuestras vidas y la sustentan como pilares esenciales los que nos proporcionan la visión en profundidad de nuestra existencia. Cada uno de esos episodios forma parte de la base donde se apoya nuestra memoria. Como en muchas otras historias, mis referencias vitales más cercanas eran mi matrimonio, algunos hechos de mi vida profesional y el nacimiento de mis hijos. Hace diez años otro evento puso una marca en mi vida y en la de muchos otros, una señal en un día como otro cualquiera y que, en sí mismo, hubiese pasado desapercibido, un jalón que se

clavó literalmente en el corazón de muchas familias y alcanzó el alma de los españoles.

El paseo permanece exactamente igual que entonces, los mismos bares abiertos con los que probablemente eran los primeros clientes de la jornada. Definitivamente, soy bastante rutinario, por ello también como aquel día desde que salgo de casa me acompaña la radio, la misma emisora. También como aquella mañana, qué casualidad, en estos días, igualmente, nos insisten sobre unas elecciones. En España la sociedad se mueve a golpe de elecciones y los políticos siempre están en alguna y nos mantienen envueltos en ellas, o en cualquiera de sus posibles fases. Por lo que puede ocurrir fácilmente que nos encontremos en periodo preelectoral o estar en fase postelectoral. En este caso nos hablan de las que nos llevarán a las urnas para elegir a los diputados que nos representarán en el Parlamento Europeo, que creo que están previstas para mayo.

El ciudadano de la calle percibe estas elecciones como algo todavía muy lejano en su horizonte. Sus preocupaciones giran en torno a otros asuntos tanto o más importantes, como la corrupción que, como una plaga bíblica, nos ha invadido y corroe la fe de la gente en sus dirigentes y sus instituciones, un enorme agujero por donde vemos desaparecer gran parte del esfuerzo de cada uno de nosotros. El ciudadano está acuciado por la necesidad perentoria de encontrar un trabajo, al que la penuria obliga a quitar el adjetivo de *digno*, y en muchos casos por la tarea aún más difícil de mantenerlo. Sin embargo los partidos deben de disponer de distintas inquietudes y otra medida del tiempo, que debe de transcurrir a otro ritmo para ellos. Entre sus inquietudes consideran la más próxima la cita electoral, pues cada uno empieza ya a enarbolar sus banderas y a emitir sus consignas y sus eslóganes para Europa, solo que suenan a las mismas, recurrentes y grandilocuentes frases que podrían estar pronunciando en un discurso o un mitin dado para unas elecciones municipales o generales. El día en que emitimos nuestro voto y efectuamos nuestra elección a través de las urnas es el único día en el que a los políticos, sobre todo aquellos que ostentan el gobierno en cada momento, les gusta ver en la calle a los ciudadanos, el único en el que realmente nos necesitan, porque una vez sobrepasada esa fecha, con la legitimidad que les proporcionan nuestros votos, harán lo que consideran que han de hacer, siempre por nuestro bien, nos aseguran, aunque sin necesidad de contar con nosotros.

Otra noticia más importante también que las elecciones monopoliza esta mañana las ondas y vuelve a encoger los corazones de los españoles y llenar nuestra alma de pesadumbre. De nuevo, como cada aniversario, la mención del terrible suceso de los

atentados llega conmigo hasta la estación y la radio trata de rememorar aquellos acontecimientos que nos golpearon a los madrileños, a los españoles, como si ello fuese necesario para muchos de nosotros. Pero tal vez sea preciso recordarlo cada año, o cada día, para que no olvidemos que aquello fue algo que nos separó o que otros utilizaron para desunirnos, en lugar de acercarnos, para que no perdamos la perspectiva.

Aún está bastante oscuro cuando, tras pasar ante el objetivo de algunas cámaras de televisión que ya esperan a los viajeros desde bastante temprano, franqueo la puerta y entro a la luz fría y un poco cegadora del interior de la estación; miro el reloj para comprobar de modo automático que ya falta poco para el amanecer, ya resta poco para la hora.

• • •

Ahora no trabajo en Madrid, estos días me los he tomado de vacaciones y mi familia, como lleva haciendo todos estos años y supongo que ocurrirá con los demás, intenta no dejarme solo ni un momento. Ayer estuvimos en Madrid, en el Teatro Real para asistir juntos a la entrega de encomiendas de reconocimiento civil a las víctimas de terrorismo. El acto fue organizado por el Ministerio del Interior. El lugar elegido fue un acierto, porque el entorno hacía que los asistentes se sintiesen importantes, y el evento, presidido por el ministro del Interior, a pesar de ser bastante multitudinario, tuvo un carácter, al menos para mí, entrañable y muy emotivo. No se oyeron voces de reproche, no hubo palabras de recriminación ni ira reivindicativa, se respiraba concordia y la sensación de encontrarnos en paz con nosotros mismos, como si hubiésemos sido reparados en nuestro agravio. En el gran recinto del teatro flotó la tranquilidad y el lugar se llenó de alegría tras comprobar que todas las asociaciones estaban allí, unidas, como debieron haber permanecido siempre.

No reconocí a nadie que se encontrase en las vías aquel día, debido tal vez al tiempo transcurrido y la gran cantidad de gente que había, aunque tuve la posibilidad de encontrarme de nuevo con algún amigo que había estado en los trenes. También tuve la oportunidad de mantener una corta pero emotiva conversación, de apenas unos minutos, con una mujer joven a quien le tocó vivir la experiencia de las explosiones, en su caso las que se produjeron en el tren que se encontraba estacionado en Atocha.

Sonia se sienta a mi lado, a mi derecha, por la coincidencia de apellido. Me cuenta que aún no se explica cómo pudo escapar de aquella trampa viendo el desastre y la desolación que se había desencadenado a su alrededor.

—Cuando se produce la primera explosión, todavía me encontraba dentro del tren —continúa relatando de manera bastante natural, aunque todavía está afectada—; con la segunda, estaba en el andén y en el instante en que la tercera hace explosión, subiendo la escalera.

Me pregunto si habrá podido ver el video que circula por Internet con las imágenes de las explosiones en medio de las cuales se encontraba ella, o cuántas veces lo habrá hecho, intentando descubrir el motivo de tanta suerte, qué ocurrió para que no quedase en el vagón o en los andenes, como tantos otros.

Yo, a partir de ahora lo miraré con más atención, sabiendo que conozco a alguien que pudo salir de aquel caos e intentando descubrirla entre los demás viajeros. Ella también se obligó, o la obligaron en casa, a tomar el tren otra vez, inmediatamente, para que su vida no acabase convirtiéndose en un continuo estado de temor y una pesadilla inacabable, aunque su valentía le costara algún duro episodio de miedo. Habría querido conocer más detalles de su testimonio, saber si puede hablar de ello y contar su experiencia a otra gente que no estuvo allí, a personas con las que no comparte el vínculo que representa haber estado en el mismo infierno y salir de él. Pero ya no nos vimos al salir del teatro y finalmente no fue posible. También me comentó que le pareció oír una explosión fuera de la estación, supongo que lo que escuchó fueron las detonaciones de nuestro tren. Estábamos tan cerca. Espero que podamos encontrarnos en alguna otra ocasión y me cuente más sobre su experiencia.

No se trataba de una celebración. Lo que allí llevábamos a cabo era un recordatorio y un reconocimiento. Sin embargo, creo que sí tenemos algo que celebrar. En primer lugar, la suerte de ver rostros, unos conocidos y otros no, que hoy podrían no haberse encontrado ahí si las bombas que quedaron sin explosionar lo hubiesen hecho o las explosiones se hubiesen producido en otro momento. Si las bombas hubiesen explosionado en el tiempo que los trenes se encontraban en el interior de los túneles o en otras estaciones, en lugar de al aire libre, las consecuencias podrían haber resultado todavía más letales. Debido al intervalo entre los trenes, esto podría haber sucedido con al menos tres de ellos si las detonaciones se hubiesen producido con algunos minutos de retraso con respecto al momento en que lo hicieron.

Teníamos además otro importante motivo de celebración: aquel teatro fue testigo de la unión de las víctimas, estábamos todos juntos. Fue un gran acontecimiento para todos y este aniversario se celebran los actos de manera conjunta, aunque luego se han llevado a cabo distintas conmemoraciones en cada uno de los lugares de los

atentados, como el velatorio íntimo que las familias dedicamos a nuestros muertos. El acto discurre entre aplausos continuos y mucha emoción contenida.

—Siento tener que hacerle entrega de esta condecoración, ojalá no hubiera tenido que hacerlo nunca —me expresa el ministro con un apretón de manos, al hacerme entrega de la encomienda.

—Gracias, ministro, yo también lo siento.

Me habría gustado contarle algunas cosas y hacerle muchas preguntas, pero no hay tiempo y además es posible que muchas de ellas no pudiese o supiese responderlas. Aprovecho la situación para saludar a Ángeles Pedraza, a quien conocí en una reunión de la asociación y hacía bastante tiempo que no la veía. También se encuentra allí Pilar Manjón.

—Mucho ánimo —me transmite María del Mar Blanco con una sonrisa cuando la saludo, y no sé qué responderle. Definitivamente no sé qué responderle a esta mujer, a ella ni a ninguna de las mujeres que se encuentran delante de mí. Ellas encarnan la fuerza, la energía y el valor de todas las madres y hermanas que han sufrido la pérdida de sus hermanos, hermanas, hijos e hijas a manos de los criminales y han sabido sobreponerse y continuar para dar ánimo a los demás. Ellas, que deberían recibirlo de todos nosotros.

Una vez más, al final del acto la música sonó y las notas nos acompañaron en nuestros recuerdos o tal vez nos conectó con ellos. Recordar a los nuestros con música es algo bonito y reconfortante, quizá porque para poder escuchar es necesario callar. Todos deberíamos realizar el ejercicio de callar más y escuchar el doble de lo que lo hacemos, tal vez así conseguiríamos un mejor entendimiento. El silencio nos permite la introspección y la conexión, y aunque pueda parecer que es menos triste, la tristeza anidó de nuevo en los corazones, pero tuve la impresión de que en este caso era una aflicción sin rencor, con la amargura de no tener al ser querido, pero sin el doloroso peso añadido de la rabia.

Tal vez por ello, al día siguiente, la tarde del 12, cuando la orquesta de Radio Televisión Española nos regaló con el concierto *In memoriam*, el Auditorio de Madrid se encontraba repleto. Estuvo organizado por la Fundación de Víctimas del Terrorismo y presidido, una vez más, por Su Majestad la reina doña Sofía, quien volvió a mostrar su cariño y cuya presencia constituye un apoyo constante para todos. De nuevo proporcionaba relieve al acontecimiento y con sus gestos y su sonrisa transmitía calidez a los asistentes, la misma calidez que contagiaba el 11 de marzo cuando, acompañada del entonces príncipe de Asturias y su todavía prometida, doña Letizia, visitaba a los heridos en cada uno de los cuatro hospitales donde intentaban recuperarse de sus heridas. Un

calor que los concurrentes quisieron devolver bajo la forma de constantes y prolongados aplausos, algo que no ocurrió con ninguno de los políticos.

• • •

Las 7.40. El reloj martillea indiferente cuando circulamos a la altura del lugar de las explosiones, cuando el tren discurre por cada una de las estaciones, cuando llegamos a la de Atocha. Al igual que Lorca fija en su poema la hora de la muerte, de su desdicha, a las 5 de la tarde, y la repite como un mantra que pretende hacer partícipes a sus lectores y lectoras del dolor que siente por la muerte de su amigo, el torero Ignacio Sánchez Mejías, así ha quedado fijada para siempre la hora de ese 11 de marzo y el recuerdo de una muerte. Una ominosa y única muerte, aquel día todos los muertos quedaron fundidos en uno, que acaeció a las 7.40, una hora preñada de tragedia y que no es en absoluto poética. Pero es que ese día la muerte tampoco tuvo nada de épico, no se trató de un tránsito glorioso, ni una muerte heroica. Nadie murió defendiendo nada, porque nadie esperaba terminar allí esa mañana, ni cayó luchando por un ideal, porque ninguna, ninguno de los pasajeros tenía en mente mantener ese día otra lucha que no fuese la dura y repetida tarea diaria de su trabajo, ni más aspiración que la esperanza de un futuro. Una persona muere luchando por un ideal cuando, aunque no busque el enfrentamiento, al menos tiene conciencia de que existe un peligro al que hace frente para proteger algo o a alguien.

No importaba quiénes éramos, la raza o la nacionalidad, sino el número. Eso es lo peor de este miserable acto, la sinrazón de estas muertes, porque los asesinos, los que nos asesinaron, no buscaban una muerte honrosa ni tampoco creo que tuviesen otro ideal que no fuese simplemente acabar con la vida de las personas que ese día viajábamos en los trenes. De quienes nos encontrábamos en los trenes o de aquellas personas que pudiesen estar cerca de las explosiones.

Fue simplemente una muerte violenta y abominable, sobrevenida como consecuencia de un acto abyecto y en la que cada uno de nosotros, en mayor o menor medida, murió también un poco. Morimos los que íbamos en los trenes y los que no estaban. Murieron aquellos que salieron de casa aquella mañana despidiéndose con un beso y con un *hasta luego*, o con un *vuelvo pronto*… y ya no regresaron; murieron aquellos para quienes el tiempo y su vida se detuvieron aquella mañana cuando los seres que amaban, para quienes y por quienes vivían, les fueron arrebatados. Dejaron de vivir aquellas personas cuya vida, desde aquel día, se

convirtió en un inacabable 11 de marzo.

Después de todo este tiempo, los viajeros que nos cruzamos en las estaciones y en los andenes probablemente no serán los mismos y supongo que quienes ocupan sus asientos en sus vagones en su mayoría han debido de cambiar; serán otros o tal vez no, en realidad no lo sé, pero podrían pasar perfectamente por ser las mismas personas, idénticos hombres y mujeres que ocupaban asientos semejantes en aquel fatídico día. Algunos amigos de los que ya entonces viajaban en el tren a esta hora continúan haciéndolo exactamente igual y eso contribuye a incrementar la impresión de que los viajeros no han cambiado. Parecería que el tiempo no hubiese transcurrido, que se mantuviese detenido, anclado en el pasado y nos encontrásemos en la mañana de un 11 de marzo sin fin. Un apacible y frío día de final del invierno como cualquier otro, en el que nada parecía augurar la tribulación que nos estremecería poco después, cuando todavía no hubiese ocurrido nada y donde aún tuviésemos la capacidad de cambiar la historia y la oportunidad de salvarnos.

Sin embargo, no pudimos cambiarla: sucedió, para desgracia de todos. A pesar de la sensación de que nada ha cambiado, observo ciertas particularidades en el ambiente que sí convierten esta fecha en un día distinto respecto a aquellos días posteriores a los atentados. Para las sociedades supongo que ocurrirá un poco lo mismo que para las personas, el tiempo en realidad no es abarcable, por lo que los hitos históricos que alteran su normal discurrir son los que marcan el paso de los días, la sucesión constante e inexorable de los años. Contamos a partir de la caída de Constantinopla o de la Revolución Francesa. Tras aquellos hechos de hace diez años, no se ha producido ningún acontecimiento de tanta envergadura que pudiera haber producido otro espacio de tiempo diferenciado y ello se transmite a cada uno de sus componentes. Se trata de los sentimientos que se reflejan en las miradas de los pasajeros, en sus gestos y en su comportamiento. Ahora la gente se ve relajada, o con la tensión habitual del día a día. A los rostros de los viajeros no se asoman signos o muestras de tensión o aprensión y tampoco se evidencian síntomas de miedo.

No solamente los que viajábamos aquel día en los trenes, sino también todos los madrileños e incluso todos los españoles hemos debido acostumbrarnos a esta nueva situación, tal vez de manera colectiva hemos superado el impacto y el trauma posterior. Es como si de algún modo hubiésemos asimilado la certeza, tras los temores iniciales, de que *aquello* ya no volverá a ocurrir, que hemos asumido nuestra culpa y que esta ya ha sido expiada, como si nuestro subconsciente, de alguna manera, hubiese encontrado una

justificación para los atentados y considerásemos que los muertos, nuestros muertos y heridos, hubiesen sido el precio por nuestros errores pasados y la deuda ya hubiese sido saldada, una deuda muy alta, y los asesinos, ya saciada su sed de sangre, se hubiesen dado por satisfechos y ya no estuviésemos en su punto de mira.

Es probable que algo como aquello no vuelva a suceder, ojalá que así sea, pero sorprende ver la confianza que mostramos, a pesar de que la amenaza continúe sobre todos nosotros como una espada de Damocles. O tal vez no se trate de otra cosa que de un gesto de resignación ante la certeza de nuestra incapacidad para luchar contra algo que no podemos controlar. Cuando menos, yo tengo esa percepción; de cualquier modo, esta mañana los sentimientos afloran y se hacen más visibles en algunos viajeros, debido tal vez a que las cadenas de televisión y emisoras de radio vuelven a emitir estos días, con más intensidad, programas nuevos y antiguos relativos a los atentados y vemos u oímos cómo algunos de los pasajeros o pasajeras que vivieron los tristes acontecimientos de aquella mañana en cualquiera de los cuatro trenes nos recuerdan, con emoción apenas contenida, sus dramáticas experiencias personales de aquellos instantes y nos abren su corazón contándonos sus vivencias de ahora y cómo han logrado rehacer sus vidas y, en muchos más casos de los que podríamos esperar, por qué no lo han conseguido.

Igualmente comprobamos de primera mano el terrible y desesperanzado día a día de las familias de nuestros muertos. De otra parte, también ayudan a aumentar el desasosiego entre los pasajeros algunas cámaras de televisión localizadas en las proximidades y en los andenes de la estación y también dentro del tren, pues debido al día especial en que nos encontramos, pretenden recoger e inmortalizar el momento y los sentimientos de las personas que esa mañana se dirigen a su trabajo.

• • •

Un año había transcurrido desde aquel jueves y, a la misma hora de siempre, las cámaras de televisión recorrían ávidas los vagones tratando de recoger opiniones y estados de ánimo de los viajeros del tren donde yo me encontraba. «Pregúntale a ese, al que va leyendo». Oigo cerca de mí la voz de un compañero que indica en mi dirección, al sentirse interrogado. «Él podrá contarte, porque esa mañana iba en el tren». Y la reportera sitúa el micrófono delante de mí mientras me pregunta algo, pero declino la invitación de la periodista que, cumpliendo con su trabajo de manera bastante exquisita, intentaba que le narrase algo sobre mis recuerdos o los acontecimientos vividos el año anterior.

• • •

Esta mañana, sin embargo, los medios parecen, por suerte, más interesados en observarnos, en examinar y analizar nuestro comportamiento y nuestras reacciones que en recoger nuestras palabras.

Con unos pocos minutos de retraso respecto al horario marcado, el tren arranca y sale una vez más de la estación camino de Madrid. En Alcalá, los retrasos en la salida, es preciso reconocerlo, son poco habituales, tal vez porque los trenes que tomo inician su recorrido aquí mismo.

Parpadean las luces rojas sobre las puertas y suenan los pitidos que nos indican que se van a cerrar. Es como siempre: los pitidos han cambiado un poco en este modelo y son más llevaderos, aunque continúan siendo bastante molestos.

A día de hoy ya nadie parece vigilar, al menos no se aprecia de modo visible, a hurtadillas o incluso de modo abierto y descarado a los viajeros que quedan dentro de nuestro campo de visión, sobre todo a los más próximos, controlándolos y tratando de retener la imagen de sus rostros, sus gestos o el acento de sus voces para detectar si pueden ser potencialmente peligrosos o no. Atrás ha quedado ya el miedo y ninguno de los viajeros memoriza, al menos aparentemente, el equipaje o las pertenencias de los vecinos de asiento, ni repasa mentalmente si lo lleva todo consigo, para evitar que alguien deje descuidada una bolsa o una mochila al abandonar el tren. Parece haberse esfumado de nuestra mente el fantasma de un nuevo atentado.

A pesar del posible nerviosismo de esta mañana, debido a la fecha, la gente ha vuelto a sus viejos hábitos y de nuevo puede charlar. Esta mañana escucho más conversaciones que de costumbre, la mayoría de ellas tienen un acento distinto al nuestro. Creo que los españoles nos hemos vuelto más huraños y retraídos; también escucho risas, algo bastante poco habitual, deben de ser de personas que no conocen el significado de este día, debe tratarse de una nueva generación de viajeros. Pero sobre todo, y también como entonces, lo que más suele hacer la gente es emplear el tiempo en dormitar o leer. Lo primero, para intentar recuperar los minutos de sueño perdidos y tomar fuerzas para afrontar la larga y pesada jornada de trabajo o para soportar el tedio de un tiempo que transcurre fuera de las ventanillas, sin que podamos intervenir sobre él y del que nos consideramos únicamente meros espectadores. Con la lectura intentamos evitar que sea un tiempo perdido, tratamos de mantenernos activos mientras dura el trayecto, para que continúe formando parte de nuestra vida.

Siempre he afirmado que la lectura nos proporciona acceso,

como una llave mágica, a un mundo distinto al nuestro. Aunque cada uno de nosotros sigue sus propios impulsos en la elección para sumergirse en un libro, el denominador común es la vivencia de nuevas experiencias que nos son legadas a través de las letras y la satisfacción de un aprendizaje de ignorados y secretos conocimientos realizado a través de las palabras. La lectura en el tren significa, para muchos de nosotros, la transformación de un tiempo aparentemente muerto o perdido en agradable aprendizaje, conocimiento, o simplemente, si puede ser considerado simple este ejercicio, la incursión en algún drama, misterio o aventura distintos a los de nuestra rutina diaria.

• • •

En estos diez años la electrónica ha ganado una importante batalla y han hecho su aparición nuevos aparatos, como las *tablets*, que ya han pasado a formar parte de nuestras vidas. Los teléfonos inteligentes han aumentado sus prestaciones y también han multiplicado su número y su uso entre los viajeros, por lo que el tradicional y familiar libro de papel ha cedido parte de su hegemonía, al menos aparentemente, en beneficio de la lectura en los distintos ingenios electrónicos. Algo similar ocurre con los periódicos gratuitos, de los que por cierto, no se ve ninguno en el vagón, aunque espero que sea porque esta mañana, cuando entro en la estación a las siete menos cinco, los repartidores, con sus característicos chalecos, aun no estaban posicionados a la entrada.

A mí continúa fascinándome el olor de la tinta y me gusta experimentar el tacto del papel. Todavía recuerdo, como si fuese ayer, la emoción que me produjo la primera novela que leí en mi vida, *Un capitán de quince años*, y aún conservo la sensación que me producía y la excitación de pasar sus páginas persiguiendo y temiendo el final. Por ello, cuando descubro que algunos pasajeros se resisten a dejar arrinconado el papel y sacan su libro de lectura, me invade una cierta euforia, como si fuera un triunfo propio. Frente a mí, una mujer vecina de asiento ha sacado de su bolso una novela en el formato de bolsillo, como si tratara de ratificar esta pequeña victoria de lo tradicional sobre la modernidad. En la mayoría de los casos, las tapas de los libros están forradas, como si temiesen o les diese vergüenza que los demás pasajeros pudiesen conocer sus aficiones literarias. No obstante, he de reconocer y confesar que yo también sucumbo al progreso y de vez en cuando leo alguno en formato electrónico.

Debido a su enorme proliferación, ahora los teléfonos suenan con más frecuencia que entonces, lo que me recuerda que, a pesar de haberlo oído afirmar en varias ocasiones, aquella mañana yo no

escuché sonar ningún teléfono móvil mientras permanecí en las vías entre los restos de la desgracia; quizá porque no estuve atento a ello o porque la explosión me hizo perder agudeza auditiva, o tal vez porque las líneas dejaron de funcionar. La primera ambulancia que llegó a nuestro particular drama tampoco pudo contactar con el resto de los servicios de socorro.

Supongo que quienes los oyeron lo hicieron bastante más tarde, cuando las líneas telefónicas habían sido restablecidas y ya no me encontraba en aquel lugar. No les envidio, prefiero no haberlos escuchado porque no sé cómo habría reaccionado, qué habría podido hacer. Me pregunto qué harían aquellos que los oyeron, si los dejaron sonar una y otra vez, manteniendo la ilusión y la incertidumbre, o respondieron, para truncar de un golpe las posibles esperanzas de quienes llamaban y esperaban oír otra voz. No ceso de preguntarme qué podría decir alguien al responder a esa llamada.

• • •

Mi hija se ha desplazado hasta la comisaría de Canillas varios días después a recoger mi abrigo. Más que por recobrar la prenda, fue sobre todo para recuperar las cosas que pudiera llevar y porque en alguno de los bolsillos creo que se encontraba parte de mi documentación y el jueves no caí en la cuenta de cogerla antes de dejar el abrigo.

Siento que tuviese que pasar por ese trance, pero creo que yo no habría podido ir y me temo que los papeles habrían quedado allí. Tras mostrarle un montón de fotos de objetos diversos, algo que luego me confesaba que le puso enferma, le devolvieron mi documentación y no recuerdo si algo más. ¡Qué calvario tuvieron que sufrir aquellas víctimas o sus familias cuando hubieron de ir para rescatar sus pertenencias!

A pesar del extraordinario tacto y delicadeza con el que los policías atendían a quien aparecía por aquel museo del horror, no podían hacer nada para evitar aquella espeluznante visión; incluso muchos de ellos, al ser informados en la entrada de la finalidad de la visita, cambiaban su actitud y dulcificaban la voz y dispensaban un trato colmado de comprensión y tristeza compartida. Sin embargo, nada de ello podía evitar finalmente la contemplación de aquellas piezas, muchas ya convertidas en reliquias para algunos, y de bastantes otras que habrán quedado en aquel lugar sin que ya nadie pudiese ir hasta allí para reclamarlas. La infinidad de objetos y de álbumes de fotos con pertenencias que mostraban te hacía comprender más, si cabe, la enorme magnitud del atentado.

Además, observar muchos de esos objetos encontrados, tan

cotidianos que podrían pertenecer a cualquiera de nosotros (llaves, bolsos, carteras, libros de lectura, algún aparato electrónico) era el macabro recordatorio de que cualquiera de nosotros podría haber sido esa víctima.

«El abrigo lo han destruido». Mi hija me dice que lo han quemado, pues, al parecer después de que Ángeles no lo necesitase, había cumplido el último y honroso servicio de cubrir a alguna de las víctimas fallecidas.

Los muertos quedan tan indefensos, tan vulnerables… sin poder evitarlo, permanecen tan expuestos al resto del mundo, a su curiosidad y a las miradas indiscretas; debe de ser el motivo por el que se les cierran los ojos y se cubre a las personas cuando mueren, aunque a veces pienso que también puede ser para protegernos nosotros y evitar tener que responder a la pregunta *¿por qué?* que vemos formulada en su mirada fija y acusadora. Por ello siento que proteger pudorosamente la intimidad de las personas fallecidas es un acto de compasión y un deber para con ellos, tanto como un alivio y un descanso para nosotros.

• • •

Aquel jueves la radio y la televisión empezaron temprano con su, en este caso, triste y amarga tarea de ofrecer testimonio e imágenes sobre los atentados y las explosiones y la avalancha informativa no ha cesado en todo el día. Se suceden una y otra vez las imágenes repetidas de los trenes explosionados, se ven mantas y sábanas en los vagones que cubren a los fallecidos, como parches de colores. Me pregunto cómo se habrían transmitido los instantes posteriores a los atentados y cómo habrían llegado hasta nosotros si hubiesen existido tantos medios como en la actualidad y con esta ansia recién descubierta que ha atrapado a la sociedad de querer compartir con los demás todas nuestras vivencias en tiempo real; y no solo las propias, en muchos casos también las de aquellos que se encuentran en nuestro entorno más próximo. Se repiten las entrevistas a algunas víctimas, de las que han tenido la suerte de poder escapar indemnes y relatan su particular visión y su experiencia de la tragedia. También interrogan a personas anónimas que de un modo u otro se han visto envueltas en los luctuosos acontecimientos políticos, a personal de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, personal médico…

También se puede contemplar a algunos familiares, para los que ha dado comienzo su calvario, quienes, con gestos descompuestos, tratan de averiguar dónde se encuentran y qué ha sido de sus seres queridos. Al principio, tras entrar en casa de vuelta de Madrid, trato de absorber toda la información posible cambiando de modo casi

compulsivo de una cadena a otra; me resulta chocante que algunos amigos que me llaman para interesarse por cómo estoy, sepan y tengan más conocimiento de lo ocurrido que yo mismo, algo lógico por otra parte, ya que mi visión de los acontecimientos se encuentra todavía centrada sobre un único escenario.

Sin embargo, todas las televisiones realizan las mismas crónicas y muestran idénticas y demoledoras imágenes, por lo que finalmente todo me parece tan irreal que termino sintiéndome agobiado y dejo de prestar atención a los informativos un rato, como si ello pudiese abstraerme en cierto modo de lo acontecido solo unas horas antes.

Creo que en aquellos momentos no era del todo consciente todavía de cómo los acontecimientos que acababa de vivir cambiarían mi vida y la vida de los españoles. He de intentar retomar mi vida normal lo más rápidamente posible, aunque la normalidad sería algo ya difícil de conseguir, al menos en bastante tiempo, y creo que es en ese preciso instante cuando decido que al día siguiente volveré a la escuela. Es necesario no perder ni un solo día y continuar con el curso, con mis clases y buscar refugio rápidamente en la confortable y acogedora rutina. Y también resuelvo que iré en tren, en el mismo tren, aunque finalmente esto último no será posible y tendré que esperar, al menos por el momento.

• • •

Es viernes y vuelvo de nuevo a clase, a mi trabajo. Los trenes aún continúan posados en las vías, como testimonio visible de lo acontecido, en los mismos lugares en los que se produjo la tragedia, y por ello, desde que se ha reactivado, el tráfico ferroviario está siendo desviado desde Vicálvaro directamente a la estación de Chamartín.

Los operarios y las grúas tardarán todavía un par de días en dejar despejado el trayecto. Querría haber hecho el viaje en tren, pero no es posible, pues mi destino es Atocha, así que tendré que llegar en coche a la escuela. Una mañana más voy escuchando la radio, en la que ahora solo existen dos noticias, los atentados y las elecciones del domingo, así como las posibles consecuencias que podrán tener en los resultados estos últimos acontecimientos.

No se produce demasiado estrépito en la acogida que me deparan, es bastante normal, aunque todos los profesores y compañeros, también alumnos de otros cursos que se imparten en la escuela, me interrogan sobre mi estado, contentos de encontrarme ileso: «¿Qué tal estás, cómo te encuentras?». Y sospecho que también bastante sorprendidos de verme sin un rasguño: «¿Pero de

verdad que ibas en un vagón de los que explosionó?». Sé que se interesan sinceramente y sus preguntas están hechas con cariño, pero también sienten mi necesidad de privacidad y enseguida dejan de intentar averiguar, porque mis respuestas son poco explicativas.

Me debato entre la necesidad de hablar y contar mi experiencia y el pudor de no decir más de lo necesario, de evitar un falso protagonismo. El militar suele ser bastante tímido en lo que se refiere a mostrar sus sentimientos. En general somos poco dados a la exageración y callamos porque no queremos parecer morbosos y además, los profesores esperan y las clases deben reanudarse. Y así se acaba el día de clases y vuelvo a casa, siempre acompañado por las noticias que nos van informando sobre los progresos que se van produciendo en la investigación policial.

• • •

Actualmente, también por razón de mi trabajo, uso más el autobús que el tren, debido sobre todo a la peor combinación de trenes entre Madrid y la ciudad donde, desde hace un año, trabajo y vivo, la mayor parte del tiempo separado de mi familia. Hoy, con la vuelta al tren, hay un retorno a lo usual, por ello cuando pasamos a la altura de la estación de La Garena, la siento extraña, como si estuviese fuera de lugar o de su tiempo. A pesar de haberla estado utilizando muy a menudo en estos diez últimos años, la encuentro como un parche en el paisaje de los recuerdos. Esta parte de Alcalá de Henares ha crecido con su tiempo, se ha integrado perfectamente con la ciudad y se ha convertido en una importante zona residencial y centro de ocio y comercios. El paso de los días, de estos diez años, además del ir y venir de los viajeros, la han empezado a impregnar de sus propias características y sensaciones similares a las que envuelven a todas las estaciones, aunque aún no haya adquirido la personalidad de otras más antiguas: diez años es muy poco tiempo, realmente en muchos aspectos no es más que un suspiro, un parpadeo.

El tiempo transcurrido parece haber hecho olvidar a los pasajeros lo ocurrido aquel día hace dos lustros, se diría que se hubiese borrado de nuestra memoria. Tal vez es únicamente apariencia o la consecuencia de una necesidad elemental, poder continuar con nuestras vidas, aunque quizá sea porque se trata ya de una nueva generación de viajeros, una nueva generación de estudiantes, trabajadoras o inmigrantes, que han sabido de la tragedia por sus mayores o por las noticias emitidas en cada conmemoración de los aniversarios. Muchos de ellos estarán iniciando ahora un nuevo y difícil camino en sus vidas, de dedicación al trabajo o a los estudios en las universidades, y

probablemente no tendrían la edad suficiente para viajar cuando ocurrió un acontecimiento que les resulta tan lejano en la memoria como en el tiempo y tan ajeno para ellos que podrían estudiarlo en los manuales de historia.

Sin embargo, para quienes nos hallábamos allí es un suceso tan cercano y vívido como si hubiese acontecido ayer, y algunos, por desgracia, no han dejado de vivir el momento ni un minuto tras aquel funesto día.

LA ÚLTIMA PUERTA

Ya se ha iniciado el traslado de los fallecidos. Los primeros muertos realizan su viaje al improvisado tanatorio en que se ha convertido IFEMA, en el Campo de las Naciones. El mismo infausto jueves, a través de un Madrid con un silencio enlutado, los coches mortuorios inician sus postreros viajes desde los hospitales, donde ya se han producido las primeras muertes de los heridos que fueron trasladados desde las vías, causando los primeros quebrantos en las esperanzas; también empiezan a conducir desde los lugares de las explosiones a aquellos para los que nunca existió esa posibilidad de esperanza. Todos los coches funerarios de Madrid se han puesto a la tarea, pero es tal el número, que un poco más avanzado el día, todavía ese mismo 11 de marzo, cuando el humo que impregna el aire no ha desaparecido y aún se puede oler, un juez habrá de autorizar que también las ambulancias, normalmente preparadas para otra tarea mucho menos siniestra, planeadas y alistadas para el cometido más esperanzador de evitar que mueran los vivos, se puedan utilizar para ese lúgubre encargo.

IFEMA, un nombre que por algún extraño azar contiene en las letras de su acrónimo un leve sonido a infamia, parece buscado a propósito. Hasta ese punto han iniciado también su penosa y dolorosa peregrinación los familiares y amigos de las víctimas, tras haber realizado las estaciones de su particular vía crucis por los distintos hospitales a donde han sido trasladados los heridos. Un lugar que ninguno de ellos habría querido conocer nunca, un sitio que desde este momento quedará asociado a la muerte y el dolor más enloquecedor y profundo de la pérdida. En el pabellón número 6 de la Feria de Madrid se encuentra la última puerta, el umbral que nadie querría cruzar, tras el que se esconde el horror y el fantasma de nuestros peores y más oscuros terrores nocturnos.

Esas visiones sombrías que hacen despertar a los padres en mitad de la madrugada con un escalofrío y los impulsa a saltar de la cama, con la zozobra en el corazón, para comprobar que en la habitación de al lado no ocurre nada malo, que todo está en orden y nuestros hijos se encuentran a salvo de los peligros que los acechan y que, al menos por esta vez, solo se ha tratado de una mala pasada de los demonios de nuestro subconsciente, y que la luz del día ha

hecho desaparecer las sombras.

Qué trance cruel y cuánta angustia para aquellas familias que han debido llevar a cabo la tarea de localizar a sus seres queridos, primero con la ilusión y la confianza de que aparezcan sanos y salvos, de que el teléfono sonará para comprobar felizmente, tras oír al otro lado de las ondas la voz querida y añorada, que tan solo se ha tratado de una horrenda confusión y que no quedarán rotos para siempre. Sufrir luego la congoja de encontrarlos postrados y malheridos en un hospital, aunque ahora empiecen a considerar esa opción como el mejor de los males, pues al menos no les han sido arrebatados y los tendrán con ellos y pensarán que las heridas, tanto las del cuerpo como las del alma, con su ayuda y consuelo, antes o después curarán y cicatrizarán y que pronto podrán estar de regreso en el hogar. Sin embargo, para muchos, finalmente, estas esperanzas quedarán frustradas y sentirán hundirse el suelo bajo sus pies al llegar a la enloquecedora certeza de que ya no los volverán a ver nunca más, de que se los habían arrancado y los habían perdido para siempre, sin haber podido hacer nada para evitarlo, sin haber dispuesto de la posibilidad de acudir en su ayuda, como tantas noches hicieron.

No puedo atreverme siquiera a imaginar el dolor y el desconsuelo soportado por esas personas al descubrir que aquella pesadilla que nos había perseguido y atormentado desde el mismo día del nacimiento de nuestras hijas e hijos ha dejado de serlo y que el terror, que con el paso del tiempo creíamos desterrado, se ha presentado ante nosotros como la más cruel de las realidades.

Con el pensamiento puesto en esas vidas convertidas en tristes girones, cuando nos debatimos entre la alegría, la pena y la vergüenza de poder celebrar que no nos encontramos entre ellos, comprendo los sentimientos que asaltan y obsesionan a algunas otras víctimas de ese día, quienes aseguran sentirse culpables por no haber resultado heridas, como si arrastrasen el pesado fardo de un monstruoso pecado, simplemente por el hecho de continuar vivos, y tuviesen que obtener algún tipo de perdón por ello, una absolución que no necesitan y que, en todo caso, únicamente podrán encontrar en ellos mismos. Espero y deseo que puedan superar ese horrible y doloroso sentimiento y que con el tiempo vaya desapareciendo, pero ¿cuánto más necesitarán? Y cuando esa especie de deshonra interior se haya desvanecido, ¿qué precio se habrá pagado?

Políticos de todos los partidos se prodigan más que de costumbre en los medios de comunicación, en la radio y la televisión. Supongo que es bueno que los ciudadanos escuchen sus opiniones. Representantes de todas las instituciones de la geografía nacional no cesan de efectuar manifestaciones, declaraciones y

contradeclaraciones. Políticos y dirigentes de otros países también nos hacen llegar sus condolencias y la condena de los atentados, siempre por supuesto, «más enérgica» y «más firme» que la última vez que realizaron la última condena. Igualmente los analistas de todo tipo, ya sean españoles o extranjeros, tratan de explicar las posibles razones o causas que han conducido a estos acontecimientos, pero haciendo especial hincapié en intentar hacernos comprender la diferencia entre las causas y lo injustificable de la acción, como si, de cualquier modo, algo pudiese explicar este acto salvaje. Finalmente, también nos ofrecen y transmiten su opinión, así como su inestimable sabiduría sobre la materia, los y las participantes en las diversas tertulias y programas de televisión y radio. Estas personas, que actúan como modernos transmisores del saber, el conocimiento y en muchas ocasiones la verdad, me producen una especie de temor reverente, pues su erudición y capacidad para adentrarse sin temor en cualquier asunto, sin importar el tema del que se trate o por muy complicado y especializado que pueda parecer su contenido, me hacen descubrir mi absoluta y profunda ignorancia. Sin embargo, he de reconocer que quienes se encuentran mejor preparados para afrontar y encajar estos días la terrible realidad que se nos ha hecho patente y con más objetividad nos informan de la noticia son los que ya suponían «que algo así podía ocurrir», puesto que es de esperar que estuviesen prevenidos emocional e intelectualmente para ello y además poseen la posible explicación, lo cual es muy positivo para entender lo ocurrido. Pero si tantas y tantas personas intuían e incluso algunas *sabían* que esto podía suceder, ¿cómo pudo llegar a pasar?

• • •

España entera, que ya conoce desde hace mucho, demasiado tiempo, lo que es sufrir en sus carnes el dolor y las heridas del terror sin causa ni justificación, pues el terror nunca puede ser justificado, está unida y movilizada, como en otras dolorosas ocasiones, contra el atentado, contra el crimen y contra los asesinos. Todos juntos, todos de la mano contra este bárbaro acto. Se llevan a cabo manifestaciones de repulsa y apoyo a las víctimas, también como muchas otras veces, en prácticamente todas las ciudades de nuestra geografía. Se producen concentraciones de apoyo igualmente en otras ciudades de Europa, en un intento de hacernos llegar su apoyo y calor.

Esta soberbia respuesta de la sociedad española me recuerda a la situación que se produjo después de que los sicarios de ETA asesinaran fríamente a Miguel Ángel Blanco Garrido, cuando los españoles permanecimos unidos y no quisimos claudicar ante el

chantaje que unos cuantos criminales pretendían imponernos al resto de las personas de bien. Pero sospecho que esta contestación de unidad debía de ser un vínculo poco consolidado o simplemente no real, una situación que ha resultado ser solo un espejismo, porque en esta ocasión, esa unión, qué pena, no tarda en romperse, no ha sobrevivido ni al fin de semana. La vida continúa, como en un tiovivo en el que los caballos, anclados al carrusel, no tienen posibilidad de parar, aunque muchos de nosotros querríamos que se detuviese para poder bajarnos. El espectáculo debe reanudarse, aunque para muchos haya terminado para siempre, por lo que la maquinaria de los partidos políticos, tras un breve paréntesis de apenas veinticuatro horas, se ha puesto de nuevo en marcha para efectuar su último *sprint* antes de presentarse al examen que el próximo domingo deben sufrir ante los ciudadanos, un nuevo test al que acuden, como de costumbre, sin haber realizado bien los deberes, pero que quieren pasar a toda costa, pues les va en ello su propia existencia. Y la semilla de la discordia ha empezado a crecer y expandirse con rapidez entre los españoles, colándose por todas las rendijas de la sociedad.

• • •

El viernes ya ha oscurecido cuando mi familia y yo hemos regresado a casa tras haber asistido a una concentración en la plaza de Cervantes de Alcalá de Henares, frente al Ayuntamiento; nos ha impresionado ver un espacio tan amplio repleto de gente y al mismo tiempo totalmente invadido por un silencio que reverbera en nuestros oídos. Hasta donde alcanza la vista, paraguas y chubasqueros llenan toda la extensión de la plaza. Me siento un poco nervioso entre el gentío, aunque no acierto a saber por qué.

Quizá estamos acostumbrados a participar en ese tipo de concentraciones y manifestaciones como acto de solidaridad frente a la desgracia de otros, como movimiento de repulsa frente a la barbarie sufrida por otros. En esta ocasión, no obstante, siento que estoy mostrando solidaridad y recibiéndola al mismo tiempo. Manifiesto mi solidaridad hacia las personas que han resultado heridas en los trenes y a las familias de quienes en estos momentos lloran la pérdida y no pueden estar con nosotros en la manifestación, al mismo tiempo que también obtengo consuelo de ellos.

Tengo un recuerdo para todas aquellas personas cuyas vidas comenzaron de manera habitual tan solo un día antes y también hace tan solo un día han terminado en esos trenes. Exteriorizo mi condena por la atrocidad que se ha llevado por delante las vidas y las ilusiones de esas personas y también por mí mismo y por

aquellos que hemos sobrevivido, pero que nunca volveremos a ser los mismos debido a la maldad de unos pocos. Supongo que a algunas de las personas que asisten a esta concentración, puede que a muchas, les esté invadiendo el mismo sentimiento que a mí; probablemente debajo de algunos paraguas haya personas que también estuvieron en los trenes y familias y amigos de los que ya no volverán y contienen su indignación al tiempo que intentan proporcionar consuelo a sus vecinos. Son esas personas a las que de algún modo hago llegar mi afecto y mi tristeza y de las que recibo los sentimientos análogos. Se me hace extraño ser uno más en la concentración, a la vez que víctima.

El tiempo nos acompaña en nuestra tristeza y ha estado lloviendo, aunque de modo tranquilo, todo el tiempo que hemos permanecido reunidos en la plaza y las calles de alrededor; pero a los participantes parecía no importarles y la asistencia ha sido bastante importante. Me ha impresionado el silencio que reinaba.

• • •

La plaza de Cervantes es un lugar emblemático y tradicional de la ciudad, donde los alcalaínos normalmente nos juntamos para celebrar acontecimientos alegres, donde se dan inicio las fiestas, donde tocan la mayoría de orquestas y en cuyos alrededores se organizan la mayoría de conciertos, verbenas y jolgorios. Hoy, al igual que hace diez años, don Miguel observa desde el pedestal en el centro de la plaza a las gentes de su ciudad natal y otras venidas de Guadalajara y del Corredor del Henares a reunirse de nuevo alrededor de su estatua. Tengo la impresión de que esta noche su expresión es menos hierática, más triste. Las gentes de Alcalá se han juntado en su plaza una vez más, pero en esta ocasión, como entonces, tampoco es para la diversión; se reúnen para la devoción, el recogimiento y el recuerdo, para mostrar que no importa el tiempo que haya podido transcurrir, que estarán siempre con nosotros, que permanecen en nuestra memoria.

• • •

El fin de semana discurre muy lentamente entre las llamadas de familiares y amigos que se interesan por mi estado e intentan reconfortarme y la visión permanente del dolor y la desesperación de víctimas y familiares. Han llamado mis padres y mis hermanos. La televisión, que todo lo somete al tamiz de la noticia impersonal, así como la distancia, que habitualmente actúa como amortiguador ante los horrores, estos días solo sirve para aumentar su angustia. Me interrogan a mí, a Carol y a los niños, porque no les basta que yo lo diga, necesitan saber que realmente me encuentro bien.

También transcurre ante la creciente percepción de la España dividida, de los españoles desunidos. El sábado y el domingo han sido días tristes y siento que bastante descorazonadores. Tras el efímero espejismo de las concentraciones que mostraban la aparente cohesión de todos los españoles frente a la adversidad, de nuevo ha hecho acto de presencia nuestro lado más oscuro. Inicialmente, tras el atentado, casi todo el mundo coincidía en la sospecha de que los autores de la masacre habían sido los asesinos de ETA. Posteriormente algunos indicios parecen apuntar en otra dirección y las sospechas han recaído sobre los componentes de un grupo islamista radical, los mismos criminales con una denominación distinta y otra lengua y otra nacionalidad, pero asesinos al fin y al cabo. Así que se ha desencadenado la batalla, pero no contra los asesinos; ahora el enemigo no está entre los criminales, sino en el partido político rival. Estos días transcurren entre las acusaciones de unos y otros partidos de mentir y de querer sacar rendimiento del atentado en las elecciones que se celebran este domingo, de pretender obtener provecho de las muertes y las personas heridas, de su dolor y del dolor de las familias.

Por supuesto, todos ellos rechazan semejante afirmación, pero todavía hay unas elecciones que ganar y, aunque no todo debería valer, me temo que unos y otros vuelven a entrar en acción y comienzan a emplearse a fondo. Y como siempre, algo que es costumbre en España, no sé si en otros países ocurrirá igual, los partidos no ponen el más mínimo empeño ni realizan un pequeño esfuerzo en resaltar o mostrar sus logros o virtudes propias, sino únicamente en enfatizar los errores, defectos o maldades del adversario; supongo que así debe ser la política para que funcione. Ya se han terminado las concentraciones de unidad, ya los españoles no nos mostramos como uno contra la iniquidad de unos pocos, frente al ansia de sangre y destrucción.

NO ES CIERTO, NO TODOS ÍBAMOS EN LOS TRENES

Ahora las concentraciones han tomado otro cariz y se han mudado en manifestaciones partidistas y los manifestantes se parapetan tras las pancartas y lemas que los partidos han puesto en circulación, con una eficacia y una rapidez tan sorprendente, que parecería que estuviesen preparadas. Una celeridad que yo particularmente desearía también para otras cuestiones. Finalmente, con el paso de las horas, empieza a calar en muchos españoles la idea de que efectivamente, nuestra participación en la guerra de Irak, una guerra que algunos partidos políticos y una gran parte de la población consideran injusta, es la culpable de lo ocurrido. Es posible, porque realmente nadie conoce las causas o quien las conoce las mantiene ocultas. No obstante, es bastante probable que el atentado se estuviese preparando desde antes de nuestra participación y que unas supuestas y absurdas reivindicaciones se encuentran en la raíz de unas amenazas a nuestro país que se estaban produciendo desde hacía ya bastantes años atrás y que han continuado también después de ese día. Ya nadie parece recordar, o no quiere hacerlo, que en abril del año 1985 se había llevado a cabo un atentado, también mediante una bomba que fue colocada en un restaurante en las cercanías de Madrid y que provocó dieciocho muertos, que fue reivindicado por un grupo terrorista de tipo islamista y en el cual podría haber tomado parte alguien que posteriormente participaría en los del 11 de marzo. No sé qué argumentaron los criminales en aquel momento como justificación del asesinato, ni recuerdo cuál fue el análisis que efectuaron, una vez más, los entendidos y expertos de aquella época sobre la posible causa que provocó el atentado, porque siempre podremos encontrar una. *¿Pero acaso es necesario buscar una causa para una matanza?*

Imagino que nuestros políticos han olvidado estos hechos, al igual que se les olvidó posteriormente otorgar la consideración de víctimas a los fallecidos y heridos de ese otro atentado, supongo que, como ahora, debido a que en aquel tiempo únicamente prestábamos atención a los asesinatos de otros criminales, como eran los de la organización criminal terrorista ETA.

Todos estos sentimientos, acentuados por los errores cometidos

durante la gestión posterior del atentado, así como las proclamas vomitadas por gente que aprovecha su imagen y utiliza los medios de comunicación para sus propios fines y no para enaltecer o apoyar a las víctimas de hace apenas veinticuatro horas, son los que nos conducen a buscar a los culpables de nuestra desgracia en una dirección distinta a la de los asesinos. Tal vez porque a los criminales no los conocemos y no podemos dirigir nuestra ira contra ellos, buscamos objetivos más cercanos y fáciles de alcanzar, a los que podemos poner cara, tanto física como anímicamente, sobre los que descargar la rabia que produce un dolor tan atroz.

Una gran manifestación proclama que todos íbamos en los trenes, pero no es cierto, no todos viajábamos en aquellos trenes, y ni los necesito, ni los quiero como compañeros de viaje. Sé que es un sentimiento sincero expresado por todos los españoles y españolas cuyo corazón está con quienes han sufrido la tragedia, pero algunos no han estado jamás en los trenes, o al menos, no viajaban en el mismo que yo, y ni han querido, ni han intentado acercarse siquiera. Tampoco todos somos víctimas, lo son cada uno de los que han pagado directamente con su sufrimiento y quienes han sufrido por ellos. Ellos no son una masa de gente sin nombre, tienen y les hemos de poner cara y nombre y apellidos. Algunos otros, simplemente, han ambicionado explotar y utilizar el dolor de los que sí estaban allí para encauzar y dirigir su cólera y su furia en la dirección que pretendían para la consecución de sus fines.

Cuando los españoles todavía no hemos tenido tiempo de llorar ni velar a nuestros muertos, el dolor y el recogimiento han sido sustituidos por la ira y la violencia, que han hecho su aparición de manera súbita y casi inexplicable, pero estos nuevos viejos sentimientos no están encauzados contra los malvados, ahora en las manifestaciones ya no aparecen lemas dirigidos contra los criminales, sino contra el Gobierno, cuyos miembros ahora se han convertido para muchos en los asesinos, sin caer en la cuenta de que con ese argumento estamos otorgando una justificación a las muertes y contra los partidos políticos, los cuales, para otros, se han transformado en conspiradores. Algunas de estas manifestaciones han sido tomadas o aprovechadas por individuos violentos que hasta ese momento estaban agazapados y escondidos esperando su momento para actuar, una ocasión que les hemos proporcionado entre todos; tampoco estos iban en los trenes por mucho que puedan proclamarlo y no saben ni les importa el dolor de los que allí estuvimos.

También, de manera repentina, los españoles hemos comenzado a velar a nuestros heridos y llorar a nuestros muertos por separado, aunque no estoy muy seguro de que, excepto los propios familiares

y amigos, el resto lo hagamos de verdad. Para ello, había que ir realmente en los trenes, aunque fuese con el corazón. A partir de ese momento, decido que ya no volveré a asistir a ninguna otra concentración. No quiero participar en ellas porque no deseo contribuir a alimentar a la bestia de las facciones y del sectarismo. Allá, donde quiera que se encuentren, estoy totalmente seguro de que ellos sí permanecerán unidos y nadie habrá podido separarlos por cuestiones ideológicas o políticas. Cómo deben de estar sufriendo al observar nuestras divisiones. *¿Serán nuestros muertos quienes estarán llorando ahora por nosotros?* Espero que puedan iluminarnos para que encontremos el camino de la unión y de la comprensión.

El lunes 15, tras un amargo fin de semana, vuelvo de nuevo a las clases. Un poco obligado por mi familia, he estado en la consulta de mi médico de cabecera. Me ha efectuado un reconocimiento después de haber quedado bastante impresionado al comentarle el motivo por el que estaba allí. Tras la exploración me confirma que no existen lesiones a excepción de la auditiva, que se confirmará tras una audiometría. Finalmente el domingo hemos votado tras una jornada de reflexión en la que ha sido bastante difícil reflexionar sobre algo que no fuese lo acontecido el jueves. Tampoco nos ha resultado fácil meditar, ya que unos pocos no nos permitieron mucho margen para ello, pues, como si se les acabase el tiempo, enarbolando sus propias banderas y erigiéndose en portavoces de no se sabe quién, nos dibujaban perspectivas apocalípticas. Como en cada ocasión, acudí con mi familia al colegio electoral y mi hijo, aunque aún no tiene la edad, siempre viene con nosotros; en pocos años, también él podrá intentar decidir con su voto. Espero que cuando llegue el momento haga la elección apropiada.

Hemos empezado a enterrar a nuestros muertos, al menos a algunos de ellos, y se suceden escenas dramáticas; algunas familias ya han obtenido ese consuelo, desolador y sin posibilidad ya de esperanza, pero que proporciona, al fin y al cabo, el resignado descanso del fin de la búsqueda. Ahora comenzarán el primer día de otra vida, una nueva existencia con un vacío que no podrán ni querrán llenar con nada. Otras familias, aunque ya conozcan cuál ha sido su destino, todavía tendrán que continuar sufriendo algunos días, que parecerán eternos, la tortura de la espera para poder dar el adiós que tal vez no dieron esa mañana, y llorar su pena. Algunos otros vislumbran un resquicio y aún continúan persiguiendo la ilusión, aunque la esperanza del reencuentro sea ya una lejana posibilidad y una llama prácticamente extinguida.

Para todos ellos se habrá producido un antes y un después. Ese

día será el jalón más terrible de sus vidas, después del cual estas transcurrirán convertidas en una mezcla informe de mañanas y noches sin sentido, en la que cada día, igual al anterior, será un pozo oscuro y de paredes escarpadas del que no resultará fácil escapar.

El duelo y el llanto que empezó el jueves no cesará en mucho tiempo, para muchos de nosotros quizá no se acabe nunca, para otros pasará todavía mucho tiempo antes de poder considerar que el luto y el duelo han quedado atrás.

• • •

He asistido al funeral de Federico Sierra, un compañero asesinado. Nos conocíamos desde hacía años y habíamos estado destinados juntos, pero en este momento cumplíamos nuestras tareas en lugares distintos; él, en su destino de Cibeles, en el Cuartel General del Ejército de Tierra; también, para su desgracia, venía en mi tren, aunque yo no lo sabía. Ese día no me lo encontré en la estación. Algunas mañanas sí habíamos coincidido y habíamos comentado sobre los destinos, sobre el futuro y sobre esperanzas, truncadas ya para siempre. Era una persona divertida, ingeniosa y joven, muy joven, como casi todos los que murieron ese día, con muchos proyectos en la cabeza, pero en este momento sobre todo tenía una aspiración, su familia, su esposa y una paternidad apenas recién estrenada y, debido a su profesión, escasamente vivida y disfrutada. Estaba casado desde hacía poco y tenía un hijo que ahora crecerá preguntando por qué. El funeral ha sido multitudinario, muchos compañeros y amigos han acudido a rendirle su pequeño homenaje y ofrecerle su último adiós. Ha recibido sepultura en el panteón que posee la BRIPAC en el viejo cementerio de Alcalá de Henares.

No reúno las fuerzas necesarias para acercarme a su padre en ese momento, lo haré después. Tampoco encuentro las palabras oportunas o adecuadas que, en instantes como este, aunque puedan brotar del corazón, me temo que no existen. ¿Qué puede decirse que no suene a frase hecha, trivial o repetida? En estas ocasiones, nunca soy capaz de hallar y articular una frase coherente que no me suene a hueca. Quién puede acercarse a vislumbrar siquiera los sentimientos de un padre ante la pérdida de un hijo o una hija en los que ve el fruto de sus desvelos, o de una madre ante la implacable rotura de ese cordón umbilical emocional que permanece inalterable a través de los años y a pesar de cualquier circunstancia y que es tan fuerte y sólido que más bien podría parecer todavía enteramente físico. Imagino que en casos como este la cercanía de amigos y personas que comparten y sufren puede

contribuir a que el dolor sea algo más llevadero y soportable. La escena es desgarradora. Le observo pasar y demuestra tal entereza que más parece que pudiese consolarnos él a nosotros. Quién soy yo para decir *lo siento*.

En el momento en que ya no queda nadie extraño al íntimo tormento, cuando se comprueba que no existe marcha atrás y que el mundo continúa girando ajeno por completo al dolor que muerde literalmente las entrañas, es cuando la aflicción se convierte en desesperación.

Qué terrible debe de ser que un padre o una madre hayan de enterrar a su hijo, algo así no debería ocurrir y mis pensamientos vuelan de nuevo hasta mi hermano y mis padres hace muchos años, desmadejados por el dolor de su pérdida, cuando todavía era solo un niño. Tampoco ellos tuvieron la posibilidad de decirle adiós, no esperaban que el tiempo se les fuese a agotar tan rápido, ni de modo tan inesperado, cuando salió de casa esa mañana, el día de su santo. Una visión que si para mí es imborrable, en ellos se mantiene grabada a fuego en el alma. Ha tenido que transcurrir todo este tiempo para ser realmente consciente de lo que podían estar sufriendo. Ellos no dispusieron de la asistencia que han proporcionado la cantidad de psicólogos y demás personal cualificado que se ha desplazado hasta las instalaciones del recinto ferial para prestar su apoyo profesional en esos terribles primeros momentos. Lo cierto es que tampoco tengo mucha confianza en que la hubiesen apreciado o les hubiese servido de mucho, en primer lugar porque ellos necesitaban vivir y gritar su dolor, del mismo modo que hoy en Madrid. Mi madre, hace algún tiempo, comenzó la búsqueda de sus más escondidos y atesorados recuerdos, unos viajes a su interior cada vez más prolongados y donde creo que le somos menos necesarios. El dolor lacerante de la pérdida no se puede minimizar, ni se puede esconder, por mucho que nos empeñemos en lo contrario, sobre todo porque en esos momentos no queremos dejar de sufrir y llorar, es una etapa que hemos de vivir y digerir para seguir adelante. Será el calor, el dolor compartido y el consuelo mutuo proporcionado por la familia y la cercanía de los amigos lo que permitirá continuar. Me pregunto si algunos psicólogos no habrán tenido que recibir ayuda a su vez, si todos estaban preparados realmente para recibir el terrible impacto y absorber la conmoción que debe de producir tanto padecimiento, algo que hubieron de recibir como una violenta lluvia de dardos afilados que hendiesen sus cuerpos para quedar allí alojados.

Querido amigo Federico, tu recuerdo y el de tantos otros compañeros caídos en circunstancias diversas me trae al pensamiento que no se muere del todo mientras te recuerdan, y tú,

al igual que todos y cada uno de los que quedasteis para siempre allí en las vías, serás recordado, además de por tu familia, por todos los amigos que te conocimos y también los que no te conocieron; todos te tendremos presente en nuestro corazón en cada oración, en cada acto por los caídos.

• • •

En Alcalá la estación permanece idéntica a como estaba diez años atrás y parecería que el tiempo no hubiese transcurrido; podría ser perfectamente la mañana de este día hace diez años, si no fuese por el monumento levantado hace siete en memoria de las víctimas, que se encuentra situado prácticamente a la entrada. Dentro todo sigue casi igual, salvo algún elemento que no altera prácticamente el decorado, como el hecho de que han cambiado la disposición en el sistema de torniquetes para acceder a los andenes y que ahora también la salida de la estación está controlada. La cafetería continúa igual, sigue manteniendo el mismo tipo de mobiliario barato y gastado. La barra tiene suficiente clientela para que nos resulte difícil acercarnos. No obstante las mesas están vacías, la gente no dispone de demasiado tiempo en una estación de cercanías. Los azulejos de las paredes también parecen ser los mismos de entonces, aunque con menos brillo, del mismo modo que las baldosas del piso tampoco parece que se hayan cambiado en todo este tiempo, por lo que se aprecian un poco más desgastadas debido a las miles de pisadas de los viajeros a través de estos años.

Ahora utilizo menos el tren, ya no hago uso del abono mensual que entonces normalmente utilizaba y saco el billete cada vez que viajo. Cuando me aproximo a la ventanilla no reconozco a la mujer que trabaja detrás del cristal y me observa con una expresión tal vez un poco demasiado seria, como si sonreír o mostrarse amable le supusiese un esfuerzo sobrehumano, pero creo reconocer a uno de los trabajadores de entonces y de un golpe parece que hayan desaparecido los diez años transcurridos.

• • •

He hablado con mi familia sobre la cuestión y les he mostrado mi intención de volver a utilizar el tren el mismo lunes por la mañana, puesto que el viernes no pudo ser. Mi familia no se muestra nada partidaria de ello.

—¿Qué necesidad tienes de ir en tren tan pronto? —me pregunta Carol, bastante reacia—, aunque solo sea esta semana vete en coche —insiste—. O mejor, no vayas y quédate en casa unos días.

Mis hijos también tratan de disuadirme con parecidos

argumentos. Sin embargo, ya lo he comentado antes, yo soy paracaidista, aunque ahora no ejerza como tal. En la BRIPAC, cuando se produce un accidente mortal de paracaidismo, lo que por fortuna es algo que acontece con muy poca frecuencia, todos los componentes de la unidad en la cual ha ocurrido efectúan otro lanzamiento inmediatamente. Así que yo, en cierto modo, estoy haciendo otro salto. No es únicamente una manera de homenajear a los que, en este caso, ya no subirán más al tren, o quién sabe, igual permanecen con nosotros, yendo de vagón en vagón, intentando insuflarnos algo de ánimo y esperanza. Tomar de nuevo el tren es también una forma de ahuyentar mis propios miedos; tengo el presentimiento de que si no subo ya, es probable que no vuelva a hacerlo. De hecho, tengo entendido que todavía hay muchos pasajeros que, desde ese día, no lo han vuelto a tomar, al igual que a otros, aún algunos años después, les ha supuesto una verdadera tortura.

No ha resultado fácil convencerles a los tres. Verdaderamente, no sé si lo he conseguido, aunque finalmente creo que han entendido que se trata de algo que debo hacer para mi propia tranquilidad y, por tanto, hoy sí volveré a subir al tren, como en otras ocasiones, como siempre.

En realidad no es como siempre. Después de lo ocurrido ya nada podrá ser nunca *como siempre*. Estoy de vuelta en *mi tren*; pero en esta ocasión lo encuentro prácticamente desierto. Se ven únicamente unas pocas personas en el vagón de siempre, me esfuerzo en poner normalidad en la situación; intento leer, pero no lo consigo. Retrocedo una y otra vez al jueves pasado, tan cercano aún que muchos de nuestros muertos todavía no han recibido sepultura, y a la vez tan lejano que parece haber ocurrido mucho tiempo atrás. Cuando nos cruzamos con otro tren, el ruido repentino y rápido, el vaivén que se produce y la sensación de vacío que provoca me ha sobrecogido un poco. Supongo que será cuestión de acostumbrarme de nuevo.

Cuando llegamos a su altura, miro hacia los trenes, ya que todavía continúan en las vías como carcasas rotas, cubiertos con grandes lonas, como si quisiéramos esconderlo a la vista y evitarnos su contemplación. Poco tiempo más permanecerán en aquel lugar, pues pronto se recibiría la orden de ser trasladados, días después, para empezar a desguazarlos, después de que el juez y la policía considerasen que ya se habían obtenido todas las pruebas y evidencias necesarias de los escenarios de la mayor matanza producida en España, para la investigación del asesinato de ciento noventa y un muertos. Una eficacia que también sería deseable para otros casos, como los vehículos que permanecen en los parques

automovilísticos o las lanchas rápidas de los contrabandistas que se pudren durante meses o años en algún muelle sin que ningún juez ordene su destrucción o subasta, porque son pruebas de un delito.

Observar los trenes destrozados me hace meditar sobre los explosivos y la facilidad con la que los criminales han obtenido todos los elementos necesarios para construir las bombas. *¿Cómo habrán conseguido hacerse con una cantidad tan enorme de explosivos?* Han comprado o se han apoderado de 200 kilos y una muy importante cantidad de material pirotécnico adicional, indispensable para fabricar las bombas; y a la vista de las consecuencias, es indudable que este hecho pasó desapercibido para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y para los servicios de inteligencia. Si además tuvieron que desplazar todo aparentemente desde Asturias hasta Madrid, si apenas hablan nuestra lengua y no conocen el país, y casi ni siquiera su entorno más próximo, ¿cómo lo hicieron? ¿Tan desprotegidos estamos y tan fácil resultaba en España llevar a cabo un acto de esta envergadura?

¿Quién les habrá contado con quién hablar? Alguien les habrá tenido que informar sobre dónde debían buscar. Tengo la sensación de que los asesinos siempre saben a dónde y a quién dirigirse para conseguir lo que necesitan y llevar a cabo sus fechorías, independientemente del país en el que se encuentren.

• • •

Es mayo del año de la infamia y una comisión de investigación se ha creado en el Congreso de los Diputados para intentar esclarecer las circunstancias del atentado, así como las actuaciones políticas y policiales anteriores y posteriores al mismo. Como ciudadano, puedo entender algo así para las cuestiones políticas, para tratar de determinar posibles responsabilidades en ese terreno, pero en este caso supone una investigación paralela y me pregunto si finalmente sirve para algo, más que como una manera de enturbiar las actuaciones policiales o judiciales, salvo que no confiemos en lo que nos pudiesen contar las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado o no estuviésemos persuadidos de la fiabilidad de nuestro sistema judicial. Por otra parte, como se ha verificado tristemente, tampoco ha servido para mucho, ya que quienes han recibido el encargo de conducirla han convertido esta comisión, como tantas otras, en un debate político y, siguiendo de nuevo los dictados de sus respectivos partidos, se han dedicado sobre todo a lo que mejor saben hacer, es decir intentar culpar a los demás. No sé si han buscado la verdad, o han intentado esclarecer lo ocurrido, pero los españoles esperábamos más. Tampoco sé si disponen de la preparación adecuada o quién les asesora para preparar las

preguntas que han de formular y arrojar luz sobre los terribles acontecimientos, pero la imagen transmitida es que, con una idea ya prefijada, han tratado de encontrar *su verdad,* una verdad que ponga al adversario político contra las cuerdas. Cómo es posible que tras averiguar todo lo que hemos tenido oportunidad de conocer, prácticamente todos los responsables de los distintos organismos continuaran en sus cargos.

Quiere decir eso que todo se hizo bien y no se produjo ninguna falta de competencia, de diligencia, ninguna imprudencia por parte de las instituciones del Estado, y que la coordinación entre ellas funcionó.

Ello significa que no hemos conseguido averiguar dónde se produjo la brecha de seguridad ni hemos podido conocer dónde se encuentran nuestras debilidades para que este acto brutal pudiese ocurrir, porque resulta evidente que algo debió de fallar y, por tanto, podría volver a suceder. Esto solo puede indicar que los españoles continuamos inermes ante este salvajismo y habremos de seguir escudriñando a los vecinos de asiento en los trenes, a los vecinos de portal.

Las víctimas, al igual que el resto de los españoles, hemos resultado defraudadas en nuestras esperanzas… una vez más y, tal como les espetó una madre con el alma destrozada, con palabras cargadas con ciento noventa y dos poderosas razones, entre las cuales se encuentra la pérdida de un hijo, *no han estado a la altura de la ciudadanía.* Una vez más no han sido capaces o han resultado ineficaces para satisfacer las expectativas de los españoles que un día depositaron su voto y les otorgaron su confianza. De manera bastante presurosa, atropellada en muchos casos, como si con esta rapidez alguien pretendiese acallar nuestras voces y aliviar sus conciencias, se han concedido indemnizaciones a quienes sufrimos, en mayor o menor medida, las consecuencias físicas o psíquicas de las explosiones, a las familias de quienes murieron. Se han valorado económicamente nuestras heridas y se ha tasado el precio de nuestros muertos, pero ha sobrado vanidad y soberbia y faltó valentía, humildad y la voluntad real de servir para olvidar antagonismos y mirar más allá de las próximas elecciones, para mostrar un frente unido ante los bárbaros y ante los españoles, quienes, con nuestra actitud, también perdimos la ocasión de hacerles sentir que no nos estaban ayudando, sino que se estaban sirviendo de nuestros sentimientos.

En diciembre del mismo año, se ha creado una figura, la del alto comisionado para las Víctimas de Terrorismo, un cargo concebido para ayudar y proteger a las víctimas. No obstante, ya en estas fechas la situación se halla tan crispada que ni siquiera la

designación de un hombre de la Transición, respetado por todos, sirve para calmar los ánimos y devolver la unidad a las víctimas o a las diversas asociaciones, lo que se traduce, probablemente, en la renuncia del Alto Comisionado. Un cargo con un gran impacto social pero que muere con el cese de su primer y único titular y que pasaría a convertirse en una dirección general, dependiente del Ministerio del Interior. Otro elemento burocrático en la maquinaria de la administración del Estado.

• • •

Unos cuantos compañeros destinados en el Grupo de Escuelas habíamos viajado ese día en los trenes y el director de la Emid quiso reunirnos —no sé si acudimos todos a la cita—, y nos preparó un encuentro con el sacerdote del establecimiento. La reunión duró poco, el cura era una persona amable, pero tengo la impresión de que ese día se encontraba un poco perdido y no tenía muy clara cuál debía ser su tarea. No sé si algunos de los que nos hallábamos en la reunión éramos creyentes. De cualquier manera, el gesto, incomprendido por algunos, probablemente yo entre ellos, fue un intento de que hablásemos y pudiésemos obtener algo de consuelo espiritual. Un remedio por el que otros muchos pagan y que no dejaba de ser otra cosa que el vano intento de una moderna terapia de grupo. No obstante, no hablamos mucho, y no pienso que se consiguiera ningún resultado positivo. El mismo éxito que supongo debieron de obtener la mayor parte de intentos realizados en ese momento; la bondad de la intención superó sin duda a los frutos que proporcionó la honrada aspiración de brindar ayuda.

Las personas a quienes el infortunio deparó vivir ese horror no estábamos todavía preparadas para obtener consuelo, ni queríamos, o al menos yo no quería, admitir ninguna ayuda que atenuase o disminuyese las emociones cuando todavía eran muchas las familias que no habían podido enterrar a sus muertos. Era demasiado pronto. No puede quedar lugar para otro sentimiento que no sea dolor y aflicción mientras que el pabellón 6 de IFEMA, un emblemático recinto de celebraciones, permanezca como un lugar de muerte y padecimiento. Transformado en un sombrío y lúgubre recinto funerario, ahora es como la sala de los horrores, el lugar donde se presentan las familias con el miedo más profundo dibujado en sus demudados rostros y que muchas de ellas, tras la confirmación de lo irremediable, abandonan con la expresión misma del dolor, de un pesar que ya no les dejará nunca.

En los trenes, la consecuencia más inmediata en los días siguientes al fatídico jueves la veré tomar cuerpo en el comportamiento de los pocos viajeros que mantuvimos la energía y

sentimos la necesidad de continuar utilizando este medio. Nadie duerme, se respira tensión y si hay gente triste, no me lo parece, creo que ahora el sentimiento de miedo supera a la tristeza. Nos observamos, estamos vigilantes con todo lo que sucede a nuestro alrededor y un sentimiento indescifrable nos impulsa a evitar cruzarnos las miradas. Como los pasajeros que tienen que subir a un avión inmediatamente después de conocer que se ha producido una catástrofe aérea. Trato de abstraerme del ambiente de inquietud y desasosiego del vagón a través de la lectura cuando de manera repentina, una voz rompe el silencio y la monotonía del ruido del tren. «¡Oiga, oiga!, ¿esa mochila es suya?».

No habían transcurrido más de dos semanas cuando se produjo el incidente en el vagón, creo que ocurrió cuando nos aproximábamos a Torrejón de Ardoz, aunque podría haber sido en otra cualquiera de las estaciones. El hecho, en sí mismo, no revistió mayor trascendencia y podría haber sido incluso anecdótico si no fuese por lo trágico de los sucesos y porque reveló de manera clara cómo los atentados habían minado el estado de ánimo a los viajeros y el grado en que la tensión y el miedo incontrolable a que el suceso pudiera repetirse habían prendido entre nosotros. En realidad esos sentimientos se habían adueñado de todos los españoles, aunque nosotros, los viajeros de esos trenes, fuésemos el exponente de esa situación. Sobre todo fue el *shock* que produjo la sensación de encontrarnos vulnerables y totalmente indefensos ante la violencia indiscriminada de un mundo que hasta ese momento percibíamos ajeno.

Una forma de crueldad que la mayoría de nosotros asociaba a países tan lejanos que nunca esperábamos que su eco pudiese alcanzarnos, a regiones remotas del planeta que, salvo unos pocos que la habían sufrido en directo, solamente conocíamos por la televisión o por los periódicos. Sin embargo esa saña y la brutalidad del asesinato son algo conocido para nosotros y sufrido en un pasado no tan lejano, aunque ya no lo recordásemos o quisiéramos olvidarlo, algo imposible para los cientos de familias a quienes arrebataron a sus hijos, hermanos y padres. Ahora, bruscamente y de manera inesperada, el horror se nos había presentado de nuevo a la puerta de nuestra casa.

Una sola persona da la alarma, una sola voz que restalla como un latigazo, pero tengo la impresión de que realmente ha sido el pensamiento del grupo el que ha hablado o más bien ha gritado. Es entonces, al levantar la vista en aquel momento, cuando veo el pánico reflejado de nuevo en los rostros y las pupilas de los que allí estamos; quien lo expresa en voz alta es una señora que se ha percatado de cómo un viajero, un chico joven, se dirige a una de las

salidas dejando en el suelo una mochila o una bolsa de mano, no recuerdo exactamente, y abre la puerta cuando el tren se detiene en la estación. Imagino el terror que habrá sentido al pensar en lo que podía estar sucediendo… otra vez. Creo que el miedo nos ha atenazado como una opresión dolorosamente física y todos nos hemos sentido angustiados.

—¡Oiga, oiga!, ¿esa mochila es suya?

—Sí, pero tranquila señora —y el viajero se explica, un poco molesto al sentirse observado de modo inquisitivo por el resto de los pasajeros del vagón—, no me voy, voy a avisar a un amigo de que estoy aquí.

Y llama a su amigo o su compañero de trabajo desde la puerta y vuelve a rescatar su equipaje y abandona el vagón; supongo que después habrá entendido los motivos. Este tipo de hechos y las llamadas de atención se sucederán todavía durante algún tiempo. Nos observamos y vigilamos unos a otros sin ningún recato cuando subimos al tren o mientras nos preparamos para abandonarlo. Ahora nadie coloca su equipo o su maleta en el portaequipajes y todos comprobamos que quien abandona el asiento y el vagón lleva consigo todas sus pertenencias, esperando que tras su partida nada quede abandonado. Las miradas temerosas hacia las personas que llevan maletas, mochilas, bolsos grandes o pequeños continuarán mucho tiempo. Yo también he debido aclarar en alguna ocasión, al notar sus expresiones recelosas, que la bolsa negra depositada en el portaequipajes era mía —yo continúo poniéndola arriba— cuando otros pasajeros abandonaban su sitio y los vecinos de asiento se percataban de que la bolsa quedaba allí. Mostramos una exagerada y desconfiada atención hacia toda aquella persona con rasgos distintos —*¿pero distintos a quién?*— o que habla otro idioma, como si la muerte solo pudiese llegar a nosotros con acento extranjero, como si realmente no supiésemos por experiencia propia que los asesinos también pueden hablar español.

• • •

Cuando llegamos a la estación de El Pozo ya ha amanecido: hoy me he percatado de ello, antes prácticamente ni me fijaba, enfrascado, como solía ir, en la lectura. Nos encontramos detenidos junto a los andenes y rememoro el viaje del lunes siguiente a los atentados. Fue precisamente en el momento en que pasamos por aquí cuando me volvió a la memoria, si es que alguna vez dejó de estar ahí desde ese día, que entre los muertos en esta estación se encontraba otro compañero de profesión, José Gallardo. Recibí la noticia por otros camaradas; también supe por ellos que ahora estaba destinado en Madrid. Le conocí cuando llegó a la BRIPAC

unos diez años antes, a la Sección de Policía Militar; creo que era su primer contacto con la vida militar. Era una persona noble y sencilla, hombre muy disciplinado, con un gran corazón y se le notaba encantado e ilusionado con su trabajo. Si cierro los ojos todavía puedo verle en su puesto, en el control de acceso al Acuartelamiento Primo de Rivera, en Alcalá de Henares, donde su gran humanidad desdecía en ocasiones la rigidez que pretendía imponer a su labor.

Me cuentan que se había casado y que ahora estaba establecido en Azuqueca de Henares con su esposa y que habitualmente no hacía uso del tren, que solía utilizar su vehículo para ir a Madrid. Sin embargo precisamente ese día y a esa hora exacta tuvo que tomarlo, así que subió al tren que llegaba desde Guadalajara y fue al encuentro de su destino. Este destino se cruzó en su camino aquí en la estación de El Pozo, donde quedó para siempre, con su sonrisa ingenua, cuando la muerte tomó su tren en Alcalá de Henares. Sé que ha supuesto un tremendo golpe para sus antiguos camaradas. En realidad lo ha sido para todos. De su forma de ser me quedo con su sana ingenuidad y su predisposición para con los demás compañeros de su unidad. Su familia tiene sobrados motivos para estar orgullosa de él. Tengo la completa convicción de que si hubiese sobrevivido habría sido uno de los que no habría desaprovechado ni un minuto para ponerse a la tarea de ayudar. Al igual que Federico o cualquier otro de los que no tuvieron la más mínima oportunidad.

Por cuestiones de destinos y del servicio, hacía bastante tiempo que no nos veíamos y que no sabía nada de él, excepto por las noticias que de vez en cuando me transmitía algún antiguo compañero de la unidad. Ojalá hubiese continuado así, que nunca hubiese recibido estas noticias.

Se han erigido otros monumentos en honor de las víctimas, para recordarlos en cada uno de los lugares donde se produjeron las explosiones. Los muertos del tren en que yo viajaba están junto a los demás, frente a la estación de Atocha en Madrid, supongo que por falta de espacio y porque la cercanía permite reunirlos a todos en el mismo monumento recordatorio. En 2011, coincidiendo también con un aniversario, aquí, en El Pozo, se ha inaugurado otro vestigio de recuerdo. De esta dedicatoria, situada junto a la estación y visible a medias desde el tren, me gusta que es un espacio integrador y que permite una constante cercanía con la gente. No está cerrado ni vallado y se puede, no solamente observarlo o admirarlo, sino estar en unión con él. Pero lo que más aprecio de esta obra es que haya sido asociada con el agua, poder ver y oír el movimiento tranquilo del agua transmite sentimiento de paz y

sensación de serenidad. También porque en el agua encontramos las raíces, así como el signo de la vida y fuente de renovación. Aquí estás representado junto a las demás víctimas, pero ni tú ni las demás necesitáis ningún tipo de esquela para ser recordados. Tengo la impresión de que realmente somos nosotros quienes tenemos necesidad de los monumentos, como si nos invadiese el temor de que, si no existieran, vuestro recuerdo se difuminaría.

Tengo la horrible sospecha de que los monumentos funerarios son nuestra manera de confesar que poseemos una memoria frágil y mudable.

• • •

Entre los restos del tren de El Pozo apareció otra mochila con una bomba sin explosionar, que, como ocurrió con el artefacto que encontraron en la estación de Atocha, fue neutralizada por los equipos de desactivación de explosivos de la policía. Unos ingenios que, de haber cumplido la tarea para la que fueron creados, habrían causado otra enorme cantidad de víctimas y más desolación. No obstante, una de estas mochilas debió de ser confundida con las demás pertenencias de los pasajeros recogidas del tren y trasladada por error, para acabar finalmente en la comisaría de Puente de Vallecas, un tremendo error que por fortuna no tuvo fatales consecuencias. Debido a un fallo en su montaje, tampoco hizo explosión y también se logró desactivarla. Supongo que aquello hubo de ser un error aislado y no significa que los equipajes se transportasen sin verificar antes su contenido. La policía era consciente de la posible existencia de más artefactos y del peligro que ello habría supuesto para la seguridad de todos, policías y resto de personas. Un descuido que podría haber supuesto la pérdida de más vidas deparó algo positivo y es que con los datos que proporciona esta bomba a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, junto con los que aporta la furgoneta aparecida durante la mañana en Alcalá de Henares, se logra ir estrechando el cerco a los asesinos.

• • •

Con cada sacudida que se produce en el vagón cuando nos cruzarnos con otro tren el estómago se encoge y se retuerce; siento acelerarse la respiración y el pulso, el corazón parece querer salir desbocado, aunque la sensación pasa rápidamente y no creo que nadie repare en ello, o al menos así lo espero. Me pregunto si a los demás pasajeros, que, al igual que yo, tratan de mostrarse impasibles, les ocurrirá lo mismo que a mí, pero esta nueva situación de permanente angustia residual es algo a lo que

habremos de acostumbrarnos y con lo que tendremos que aprender a convivir. Hemos de continuar adelante, puesto que tenemos que seguir con nuestras vidas o lo que nos ha quedado de ellas, aunque no todos podrán ni tendrán las fuerzas suficientes para seguir y muchos necesitarán de ayuda para intentar conseguirlo.

Un tren apenas acaba de abandonar Atocha cuando queda detenido de repente en el túnel que une esta estación con la de Recoletos. Las luces se apagan y la oscuridad se adueña de la situación, la desesperación y el miedo atenazan nuevamente a los pasajeros. La negra y terrible alucinación ha regresado un año después, otra vez los gritos y el pánico. Al menos una de sus ocupantes —es de suponer que habría más— que había sufrido los atentados del año anterior, concretamente en Atocha, y había realizado el esfuerzo de volver a tomar el tren, con el deseo y la necesidad de rehacer su vida, volver a la normalidad y mirar al futuro, ahora cree morir de terror. Pero esta vez el silencio no ha sido roto por ninguna explosión, no llega ninguna tragedia, afortunadamente el incidente queda solo en un terrible y angustioso sobresalto, únicamente se trataba de una avería en la línea, supongo que una caída de tensión en la red. Pero este suceso, que tampoco era la primera vez que sucedía y que en ocasiones anteriores no había desatado una reacción de esta naturaleza, muestra el estado de ánimo que mantiene atrapado el corazón de las personas que toman el tren a diario. Una de las viajeras decide en ese preciso instante que ya es suficiente, que merece y quiere seguir viviendo sin más sobresaltos para su espíritu, y aunque sea por el momento, empieza a utilizar su propio transporte.

La estación ya no se asemeja al escenario apocalíptico de una matanza en una película de guerra, ya nada hace recordar que allí se produjeron tres explosiones devastadoras que acabaron con la vida de muchas personas en un momento. El lugar ha recobrado el aspecto de la estación de siempre, la de todos los días, aunque el número de viajeros es infinitamente menor y el silencio es casi absoluto. Pero solo es igual en apariencia. No es la de siempre, ahora se ha transformado en una especie de santuario, con el suelo cubierto de flores, mensajes y velas, cientos de velas, como llamas votivas. Cada una de ellas representa una ofrenda, una oración dedicada a todas las víctimas que perecieron y a aquellas que no, y también a sus familias. A veces creo que están puestas por todos nosotros. Las velas incrementarán su número y aún permanecerán hasta mucho tiempo después, pero la vida continúa.

Atocha es una estación bonita en su conjunto, es bulliciosa como otras grandes estaciones y se podría decir que alegre; y tras la remodelación que se llevó a cabo y la creación de su jardín

botánico, se ha convertido también en un lugar de visita para turistas. Sin embargo, los andenes de las líneas de cercanías continúan siendo tan oscuros y desangelados como siempre; también se mantiene una frialdad constante en el ambiente, en todos los sentidos. A partir de ahora, además de los sentimientos de pena de la separación y la esperanza en la promesa del deseado reencuentro, los viajeros también se impregnarán cada día, cada minuto que permanezcan aquí, del dolor y el sufrimiento que han absorbido sus paredes y sus andenes y que rezuman como la humedad de las paredes de una oscura gruta. Hoy no hay alegría en la estación, hoy no se oye nada excepto el ruido de los trenes, los frenos, los anuncios, los pitidos y el sonido de sus puertas cerrándose y abriéndose.

• • •

En los primeros días de abril, concretamente el 3, recibimos el anuncio de los medios de que la tragedia aún no había concluido. El horror que se había desencadenado en marzo aún no ha acabado y unos terroristas se han suicidado haciendo explosionar unas bombas en un piso del municipio madrileño de Leganés.

La trampa se había cerrado sobre los criminales. Al parecer estaban implicados en los atentados del pasado 11 de marzo como los posibles autores materiales de la colocación de las bombas en los trenes. Al saberse rodeados por la policía han decidido poner fin a sus días antes que entregarse y ser juzgados por sus crímenes. Es una lástima porque ahora ya no podremos saber quién les envió a cometer tal atrocidad, ni podremos escuchar de viva voz los motivos por los que ellos lo llevaron a cabo. También ha resultado muerto un policía. Francisco Javier Torronteras, un componente de los GEO de la Policía Nacional ha sido asesinado por la explosión de las bombas suicidas y es sin duda otra víctima más del 11-M, aunque su muerte se haya producido veintitantos días después; no necesitaba de ningún referendo oficial para poder afirmarlo, aunque es bueno que se le considere como tal.

Son unos buenos profesionales, me gustan los GEO desde que, en noviembre de 1979, muy poco después de su creación y cuando todavía conservaban el carácter de instituto armado, coincidiera con algunos de ellos durante el curso de mando de unidades paracaidistas, en el pueblo murciano de Alcantarilla. Ya entonces tuve la gran fortuna de comprobar que se trataba de unos profesionales orgullosos de su profesión y dispuestos a dar lo mejor de sí mismos en el cumplimiento de su deber. En esta fatídica ocasión, uno de ellos ha llevado su cumplimiento hasta su máxima expresión y ha perdido, le han arrebatado la vida cuando intentaba

llevar a cabo su sagrada tarea de proteger la del resto de ciudadanos.

Escucho decir a alguien en una tertulia que los musulmanes que se suicidan van al paraíso, pero en realidad eso no es cierto. Como el cristianismo o el judaísmo, el islam, que tiene una gran influencia de estas religiones, también condena al suicida al infierno, sin remisión. Estoy convencido de que en esta ocasión, si es que existe algún dios que pudiese acogerles, ni siquiera ese Alá al que ellos aluden siempre, que no Alá el Misericordioso, les permitirá la entrada en el paraíso, ni podrán disfrutar ya de aquellos placeres de los que supuestamente se privaron en la tierra, puesto que se han quitado la vida y, más aún, mediante un suicidio colectivo como el que ellos han llevado a cabo.

Por eso no puedo evitarlo: me sobreviene la duda. *Si eran terroristas suicidas y todavía tenían explosivos, ¿por qué esperaron a estar atrapados para hacerse explosionar y en un lugar donde únicamente murieron ellos y un policía?* Y me pregunto por qué eligieron una hora tan tardía para suicidarse. Según explican los expertos en estos asuntos, la gran mayoría de los terroristas que hacen uso de este procedimiento, suelen llevar a cabo sus criminales actos en las primeras horas del día, cuando todavía, tras la ceremonia de purificación y las oraciones, «están preparados» para poder entrar en el paraíso. De hecho, aunque pueda haber alguno, se hace raro escuchar sobre atentados suicidas llevados a cabo más allá de las horas del mediodía y mucho menos por la noche. Tal como antes había ocurrido en Nueva York o posteriormente ocurriría en Londres, donde quiero pensar que las enseñanzas del seminario realizado en Madrid hayan servido para que la respuesta de los servicios de emergencia londinenses fuese eficaz y todo lo efectiva posible. Sin embargo, un atentado suicida llevado a cabo durante la noche fue el realizado en mayo de 2003 contra la Casa de España en Casablanca. De cualquier modo, supongo que para una persona que se pudiera considerar normal, se hace bastante difícil entender unas mentes criminales y tan retorcidas como las de estos asesinos, las mentes de quienes son capaces de encontrar siempre una justificación a las más viles acciones.

• • •

Un día más ocupo mi sitio en el tren. Como de costumbre trato de embeberme leyendo, aunque no logro concentrarme, últimamente lo consigo bastantes menos veces de las que lo intento.

—Buenos días —levanto la mirada de los apuntes un poco confuso y trato de sonreír; no son muy normales los saludos en el tren entre viajeros desconocidos, *¿se habrá confundido?* Delante de

mí ha tomado asiento una mujer que me observa y me sonríe amable, aunque un poco tímidamente—. Disculpe que le moleste —continúa—, pero ¿usted iba en el tren el 11 de marzo?

No recuerdo bien la fecha de ese encuentro, pero debíamos de estar en el mes de abril, tal vez a finales; ya ha transcurrido más de un mes y medio, ¡cómo pasa el tiempo!, *¿o somos nosotros los que nos deslizamos a través del tiempo?*

• • •

Por estos días otra noticia nos ha estremecido. La tumba y el cuerpo del subinspector Torrenteras han sido profanados. Tras haber entregado su vida, tampoco le ha sido permitido descansar. Esto ha ocurrido dos semanas después de su muerte y de haber recibido sepultura. No trataré de poner adjetivo a esta acción, pero sí expresaré el sentimiento que me provoca: impotencia porque una vez más he de limitarme a oír y leer la noticia sin poder hacer nada, pero sobre todo repulsión, por esta canallesca acción cometida. La policía ha barajado un par de hipótesis y finalmente ha optado por considerarlo como la venganza de alguien o algunos cercanos a los muertos en Leganés.

Aunque he leído solo un poco del Corán, sinceramente no creo que ningún libro sagrado pueda alentar este tipo de acciones; es más, probablemente las castigará, por lo que ni siquiera les vale la excusa religiosa.

De nuevo lo único que me viene a la cabeza son preguntas, las mismas que se habrán hecho muchas de las personas que hayan leído u oído la noticia. *¿Por qué? ¿Cuál era la finalidad? ¿Qué pretendían conseguir?* Las alimañas, porque eso son aquellos seres que se dedican a desenterrar cadáveres, no han sido atrapadas y dudo mucho que, tras el tiempo transcurrido, se les llegue a dar caza, así que me temo que una vez más serán más las preguntas que las respuestas. Mis pensamientos vuelan hacia su familia, giran en torno al sufrimiento de la pérdida; cuando todavía corrían por sus rostros las lágrimas vertidas durante el entierro, les ha tocado darle de nuevo sepultura. Cuánto dolor tuvieron que sentir, y cuánto sentirán todavía al comprobar que ni siquiera tras su muerte los asesinos quisieron que pudiese encontrar la paz, ni él ni su familia.

• • •

La pregunta de la mujer me coge desprevenido y me pongo en tensión, casi a la defensiva. Es la primera vez, y creo que también ha sido la última, que alguien me pregunta por *aquello*, fuera del entorno más próximo, y me pongo en tensión.

—Tenía ganas de conocerle —dice la mujer, y eso me sorprende.

—¿A mí?

Definitivamente tengo la certeza de que se está confundiendo con alguna otra persona. Y yo no he salido en ninguno de los infinitos programas o reportajes dedicados en esos días a los atentados y a sus víctimas y en la única fotografía en que aparezco, nadie puede reconocerme. Igual ni siquiera soy yo; ahora, a veces, ni yo estoy muy seguro.

—Sí, porque ese día, cuando le vi —me cuenta—, pensé que era usted de los servicios de emergencia o Protección Civil, no parecía una de las víctimas, sino que estaba dirigiendo, como si acabase de llegar.

Más tarde tuvimos conocimiento de que, a pesar de la profesionalidad del personal de los distintos servicios de emergencia y de las distintas policías, las alucinantes vivencias y sobre todo, el dolor de las víctimas, se les quedó adherido a la piel como el olor de los explosivos y de la muerte. Tal vez ese día, para la mayoría de esos profesionales, que tantas veces nos parecen demasiado fríos en el desempeño de su trabajo, fuese el más duro que hayan vivido. La situación, creo, sobrepasó su facultad de racionalización, superó la capacidad de todos. Algunos, a pesar del intento de dejar atrás la tragedia, sufrieron, como los demás, pesadillas en los días o semanas que siguieron a aquel jueves. La masacre continúa estando presente en muchos de ellos. Tuvo que ser un duro impacto para alguien cuya labor es llevar alivio y ayuda a los demás, saberse desbordado en su capacidad y no poder prestar ayuda a todos. También en los profesionales se produjo el desgaste mental y el estrés debido a la intensidad de las emociones, también entre ellos, se produjeron escenas de consternación y llanto. Mucho tiempo de exposición y demasiado cerca del sufrimiento para salir intactos de la experiencia. En otras regiones del planeta la continuidad en estas acciones de aniquilación de nuestros semejantes torna en una situación casi normal este trabajo para los profesionales de las policías y emergencias. En España, a pesar de las acciones salvajes de ETA, no estábamos acostumbrados a ello y produjo un enorme impacto entre los profesionales, quienes a su vez necesitaron ayuda médica para poder sobrellevar el recuerdo de la matanza. Ellos también sufrieron el 11 de marzo.

El comentario me deja perplejo y, por otra parte, yo no recordaba haberla visto aquel jueves o al menos no había reparado en ella, aunque eso significa bien poco; no se me ocurre qué decir, así que trato de salir del paso y un poco azorado, intento bromear:

—Bueno, no me lo tenga en cuenta, debe de ser por mi condición de militar y nosotros llevamos en la sangre lo de mandar.

Su nombre no me viene a la memoria, pero creo recordar que

era de origen belga y ejercía como profesora de francés en un colegio del barrio de Aluche, muy cerca de la escuela de idiomas. Habíamos estado coincidiendo durante tanto tiempo en los trenes, en las estaciones, posiblemente incluso en los trasbordos… y somos dos desconocidos. Después de aquella ocasión nos vimos varias veces en el tren y un día me sorprendió al presentarse con un regalo, una novela.

—Como agradecimiento por cómo actuaste ese día —me dice al dármelo.

Se trata del romántico y fatalista relato *Las tribulaciones del joven Werther*, ¡nada menos que en su versión original! Le había comentado que asistía a una escuela de idiomas y ella ya sabía que yo estudiaba alemán. Soy yo quien le estará siempre agradecido.

Su comentario, halagador y bondadoso, en realidad me da bastante que pensar. Si le pareció que yo dirigía algo, es que no debía de haber mucha gente dirigiendo nada. No sé cómo se organizó la gestión de la catástrofe, pero quiero suponer que alguien lo hizo, aunque eso debió de ocurrir más tarde. Sin embargo, que las ayudas a las víctimas de nuestro tren se demorasen en llegar, cuando nos encontrábamos a escasos quinientos metros de Atocha y a la vista de todos los vecinos de la calle, es algo que siempre se me hace difícil de entender y asimilar. Este retraso en su llegada me hace presumir la posibilidad de que se produjese una descoordinación o al menos cierta confusión entre los distintos servicios de emergencia que intervinieron ese día en Madrid. O nadie informó de ello —y puedo dar fe de que sí se hizo — o la comunicación no se transmitió en tiempo a los responsables de hacer llegar la ayuda a cada uno de los lugares de las explosiones, o los medios disponibles en Madrid aparentemente no se distribuyeron de manera proporcionada entre los cuatro puntos afectados.

Aquel regalo fue algo muy emotivo para mí, pero me temo que mi dominio de la lengua de Goethe, autor de la novela, nunca ha llegado a ser lo suficientemente bueno para abordar con éxito una lectura de ese calibre, aunque lo intenté en su momento, si ello sirve de disculpa. Después de volver de Alemania, no la volví a ver; en una de las ocasiones en las que hablamos, me había comentado algo sobre que ya terminaba su contrato en ese colegio. Espero que donde quiera que esté le vaya muy bien y sepa disculparme por no acordarme de su nombre y por no haber sabido aprovechar su regalo, aunque lo guardo con mucho cariño, del mismo modo que también conservo en la memoria el recuerdo de sus palabras de aprecio y el pequeño bálsamo que su comprensión me supuso en aquellos días.

¿QUIÉN HABLA EN NOMBRE DE LOS MUERTOS?

Es el mes de junio y me encuentro en Alemania, en una ciudad no muy grande, en la última fase del curso de alemán que había empezado en septiembre. Está situada a unos 60 kilómetros al sur de Stuttgart, muy cerca de Calw, la ciudad natal del otro renombrado escritor alemán Hermann Hesse, de quien precisamente toma su nombre la escuela de idiomas donde voy todos los días, mañana y tarde. El primer libro que leí de este autor fue *Bajo las ruedas*, el enternecedor relato de una tragedia. Horb am Neckar, que así se llama la ciudad, es un lugar muy tranquilo, tanto que es difícil encontrar una cabina de teléfono. Antes ni siquiera sabía de su existencia, pero cuando dieron la posibilidad de elegir, quise ir allí precisamente por eso, por la tranquilidad que desprendía en las fotos que estuve viendo cuando busqué en Internet algo de información. Además estaba relativamente cerca de Estrasburgo, la ciudad donde estuve residiendo en Francia, lo que me proporcionó la oportunidad de visitarla de nuevo y volver a pasar un rato con los amigos que aún conservo allí. Fue una estancia agradable y muy tranquila; sin embargo también hasta allí había llegado el eco de lo ocurrido en Madrid. Lo primero con lo que tropieza mi vista al entrar en la escuela, casi nada más llegar, entre los periódicos y revistas preparados para lectura de los alumnos, es un número del semanario alemán *Der Spiegel*, en cuya portada está la foto del atentado. Es *mi foto,* aunque en realidad nadie sabe que soy yo y me ocurre algo que por repetido ha dejado de ser extraño.

Cada vez que observo la fotografía, los personajes toman vida, se ponen en movimiento, para mí no es una foto fija, les veo moverse y les escucho hablar y oigo los quejidos y huelo el humo. El ejemplar me lo traje para casa y mientras escribo lo tengo ante mí, con su portada tomando vida propia una vez más. Sobre la mesa tengo otras publicaciones de esas fechas.

En esos días, durante mi estancia en Alemania, me notifican que el ministro de Defensa se va a reunir en el Cuartel General del Ejército con todo el personal del ministerio que iba ese día en los trenes para un acto de reconocimiento público. Telefoneé a Madrid y contacté con alguien de la organización del evento, a quien le expuse mi situación. «No te preocupes», me respondió, «no hace

falta que vengas». Supongo, o mejor dicho estoy seguro, de que en la decisión no ha influido el coste de un billete de avión.

A pesar de que cada uno de nosotros piensa, y yo también, que es el más importante, ese día me doy cuenta de que no lo soy, de que, efectivamente, nadie me va a echar de menos en ese encuentro, ni, por supuesto, el ministro, que ni siquiera sabe de mi existencia. Y en cierto modo siento un ramalazo de rabia, del que me arrepiento enseguida. Sospecho que ha aflorado el dichoso ego contra el que todos luchamos y que a casi todos nos puede. Pero, sobre todo, lo que quiere decir eso es algo mucho más importante y terrible: si nadie echa de menos a una persona, es que, efectivamente, ese día éramos muchos de nosotros en los trenes, demasiados.

Todos los que están presentes son víctimas, sin embargo el ministro y todos los presentes saben que faltarán los más importantes, aquellos que ya únicamente permanecerán en nuestros recuerdos. No creo que se haya hecho ningún estudio sobre los colectivos afectados y tampoco es algo realmente importante, pero creo que el nuestro tal vez sea uno de los más perjudicados. En cualquier caso, no necesito encontrarme físicamente en ese acto para recordar casi a diario a los compañeros que ya no volverán a subir al tren, de los que ya no recibiré la sonrisa, tampoco los buenos días, o las cortas conversaciones en el andén, antes de buscar rápidamente *nuestro asiento* o *nuestro vagón* de siempre, para entrar una vez más en ese tiempo extraño del viaje.

En los meses posteriores, muy pocos en realidad, se han fundado varias asociaciones para tratar de ayudar a las víctimas de los atentados del 11 de marzo. La intención de quienes las han creado y han asumido la responsabilidad y la carga de su administración es loable y su labor, bien realizada, constituye una tarea ingente y en muchas ocasiones dolorosa, pues quienes las componen y gestionan forman parte, a su vez, de las víctimas. Aunque también ha de ser reconfortante y compensará poder apoyar a los afectados en solucionar problemas burocráticos con la Administración y sobre todo poder asistirles y ayudarles a convivir con sus recuerdos y a paliar y mitigar su dolor. En definitiva, intentar que encuentren un motivo para iniciar cada día, para continuar viviendo y sobrellevando la pérdida. Pero también hasta ahí han llegado los políticos y el propósito se corrompe apenas iniciada su tarea; la política o los partidos y el largo brazo de su influencia se ha deslizado como el agua en la roca hasta crear una fisura tan grande que las ha separado. Ahora las víctimas son catalogadas, son diferentes en función de la filiación política establecida por no sé quién. Tenemos unas asociaciones buenas para algunos y otras que,

al parecer, no lo son tanto para otros, unas que deben de ser, por lo que oigo, de izquierdas y más progresistas, mientras otras, aunque no lo digan, entiendo que deben de ser de derechas y más conservadoras. Igual estoy equivocado, pero no he oído hablar de víctimas o asociaciones de centro.

Supongo que cuando determinados colectivos se decantan en favor de unas u otras, es porque consideran a unas víctimas mejores o más víctimas que otras, ya que las hay que han elegido una u otra asociación.

Conmemoran los aniversarios por separado, en lugares distintos, con fórmulas distintas. *¿Quién habla en nombre de los muertos? ¿Quién sabe lo que piensan los muertos?* Seguramente cada una de ellas, me refiero a las asociaciones, cree de buena fe que está haciendo lo correcto. Pero si todos pretendemos hablar el lenguaje de las víctimas y todos actuamos en su favor, me pregunto qué las separa, qué nos aleja. Sin embargo, vistos los resultados de desunión, algo debe de haber que no estamos haciendo todo lo bien que deberíamos. Espero que en una fecha no muy lejana nos encontremos en el primer día de una nueva etapa.

El día 10 se ha llevado a cabo un acto muy emotivo durante el cual se han entregado unas medallas de reconocimiento a las víctimas del 11 de marzo. He visto a antiguos camaradas y amigos que estuvieron allí ese día y también he conocido a algunos otros. Pero tal vez lo más importante ha sido, precisamente, ver juntas a todas las asociaciones. Este décimo aniversario podría ser un buen momento, tardío tal vez, pero bueno y necesario. Un nuevo periodo en el cual las asociaciones sean una, y una las conmemoraciones, de la misma manera que nuestros muertos quedaron unidos en su destino aquel fatídico día.

En 2007 estuve presente en Madrid, junto con mi familia, el día de la ceremonia de inauguración del monumento; esa mañana, igualmente un 11 de marzo, nos acompañaba también una buena amiga de la familia, Mari Carmen, amistad fraguada a través de los años. Es la madre de un veterano de Bosnia, que, coincidencia, era un antiguo compañero de José Gallardo.

El monumento no me resulta especialmente atractivo y no siento que las víctimas puedan sentirse identificadas en él, quizá porque el cristal me parece un material demasiado frío y aséptico para acoger y recordar unos acontecimientos que encierran tantas emociones y tantos sentimientos. En su interior se han plasmado las frases que la gente escribió en recuerdo y como homenaje a las víctimas. No creo que exteriormente recuerde para nada su significado al visitante, aunque tal vez fuese esa la intención de los artistas. Espero que al menos sea el espacio que pueda mantener fundidas en una sola a

todas las víctimas, sin distinción, ya que los demás no hemos sido capaces de mantenernos unidos. Esperemos que permanezcan así, unidas, y no las acabemos separando.

Creo que este es el momento en el que he de confesar que nunca he estado en su interior, a pesar de todas las ocasiones en las que he pasado por allí, ni siquiera el día en que se inauguró.

La mañana del domingo es soleada y eso ayuda a poner algo de calor en los corazones de los asistentes. La primavera, un año más, como si nada hubiese ocurrido, está cerca y se percibe en el ambiente, y la climatología nos ofrece su aportación para este recordatorio en forma de un bonito día.

Se ha congregado mucha gente en las inmediaciones de la estación de Atocha, venidos de Madrid y de sus alrededores, sobre todo Alcalá y el Corredor del Henares. También nos han acompañado algunos turistas que andaban por allí cerca, a quienes ha sorprendido el revuelo a causa del acontecimiento y se han sumado al resto. Tres años han transcurrido, pero los sentimientos afloran como si hubiese ocurrido recientemente. Tres años no supone nada de tiempo, en realidad no es más que un suspiro ante la irreparable e irrecuperable pérdida y, tanto en Madrid como en el conjunto de España, todos necesitamos aún algo más de tiempo para comprender, asumir y continuar viviendo. De manera espontánea, muchos de los asistentes han formado un pasillo que hemos de atravesar para ocupar nuestros sitios y nos aplauden cuando pasamos, como si en lugar de víctimas estuvieran recibiendo a héroes que hubieran llevado a cabo algún tipo de hazaña. Me siento un poco avergonzado. Creo que fue el modo sonoro y espontáneo que encontraron para transmitir su cariño a los que estuvieron allí aquel jueves y a sus familias.

Los entonces reyes y los príncipes de Asturias asistieron para presidir la ceremonia. Son cercanos y transmiten cariño y apoyo a los que allí nos congregamos. Además estuvieron presentes el presidente del Gobierno, el alcalde de Madrid y otras autoridades. También se manifiestan entre algunos asistentes sentimientos de ira y frustración. Además de los aplausos y emoción contenida, hizo su aparición algún grito y alguna pancarta reivindicativa. Nunca supe quién o quiénes la desplegaron, ni recuerdo lo que había escrito en ellas o su reclamación, aun convencido como estoy de que eran peticiones justas. Con todo el cariño y comprensión, pienso sinceramente que no era el lugar apropiado para hacerlo, pero también creo que fue un grito de socorro, más que de protesta, una muestra más de que las víctimas y sus familiares sienten que el trato recibido no las ha reconfortado, que no ha sido el que necesitaban, que finalmente no hemos sabido ayudar a superarlo o transmitir

sosiego a su dolor, ni dar adecuada respuesta a sus peticiones.

Tres minutos de silencio se guardaron, casi el mismo intervalo de tiempo que tardaron diez bombas en sembrar la desolación y la destrucción, ciento ochenta segundos para mirar hacia nuestro interior y que cada uno de los asistentes utiliza, a su manera, para dedicar un recuerdo íntimo a los que allí faltaban. Aprovecho para intentar poner rostro y nombre a las víctimas en un intento de mantenerlas vivas, pero únicamente conozco a unos pocos y es un espacio de tiempo demasiado corto. Intenso de emociones y recuerdos, pero excesivamente breve. No lo hago a menudo, pero ese día es distinto, así que rezo por todos, por cada amor que no comenzó, por los poemas que quedarán sin revelar porque no tendrán unos labios para ser pronunciados; podrá haber poesía, pero faltarán poetas para escribirla. Rezo por las canciones de cuna que no se cantarán y por los cuentos que quedarán en el estante a la espera cada noche de una lectura que no llegará.

El tráfico ha sido cortado para la ocasión y se respira una extraña quietud en el corazón de Madrid, aunque supongo que a ello contribuye también que estemos en domingo. En esos minutos, se ha producido una calma que me recuerda a la que se hizo aquel día después de las explosiones. Pero en esta ocasión el silencio, que no es un silencio con olor a humo y violencia, sino de meditación en recuerdo de aquellas muertes, queda rasgado por el sonido de un violoncelo que desgrana las notas de «El canto de los pájaros», la popular melodía catalana que inmortalizó el maestro Pau Casals. A pesar de ser una canción de Navidad, que supuestamente debería transmitir alegría, me sonó tan triste como un réquiem y entraba en los corazones como un cuchillo. No quise mirar a mi alrededor. No tuve el valor de mirar a la cara a los demás asistentes, porque no quería ver reflejado en ellos el dolor, la aflicción por el recuerdo de tantas historias truncadas antes de ser acabadas y otras que no pudieron dar comienzo, por la ternura malograda sin haber sido ofrecida.

Es el mismo año 2007 en que da comienzo la vista oral del proceso contra los presuntos autores de la devastación y de la muerte de los inocentes. No obstante, ante la justicia serán llevados únicamente los culpables que han podido ser identificados y arrestados, que con seguridad no son todos los que participaron de una u otra manera. Unos no estarán porque fueron doblemente cobardes y, tras el miserable atentado, como vía de escape optaron por otro modo vergonzoso de cobardía, el suicidio. Otros porque, no menos temerosos, lograron huir tras el crimen y evadirse de una justicia que, con todos sus defectos y los errores que pueda cometer, les presupone una dignidad que no merecen y les proporciona una

seguridad de la que no pudieron disfrutar sus víctimas. Finalmente, tampoco comparecerán algunos otros, los que de verdad idearon el bárbaro acto, porque nunca estuvieron aquí o permanecen en las sombras. El juicio da comienzo el 15 de febrero, después de los tres largos años que ha durado la instrucción bastante tormentosa del sumario. El proceso, que tiene un enorme seguimiento y repercusión, se alarga hasta el 2 de julio de ese mismo año. Además de veintinueve acusados, en esos casi cinco meses, por la sala también han desfilado técnicos, peritos y cientos de testigos, personas que, unas con más acierto que otras, pero todas bienintencionadas, han tratado de aportar sus conocimientos profesionales y su particular visión de lo acontecido. En varios casos, tras las declaraciones de algunos de ellos, ha quedado flotando en el ambiente la sensación, probablemente falsa, de que podrían haber aportado más de lo que dijeron, o de que no declararon toda la verdad de lo que conocían. A causa de las dispares versiones de técnicos y peritos o tal vez debido a sus propias contradicciones, se instala la sospecha en el ánimo de una parte de los ciudadanos, que vuelve a dividir a la sociedad.

Finalmente, la sentencia con la que concluyó el juicio dictaminó que los culpables de los atentados fueron los componentes de *células o grupos terroristas de tipo yihadista* y descartó la participación de los asesinos de ETA, que fue la primera hipótesis en las horas posteriores al atentado, algo que algunos colectivos han continuado sosteniendo. Ha resultado un proceso bastante contaminado por las posiciones iniciales de los afectados y por los juicios paralelos que se han ido produciendo en los ámbitos políticos y en los medios de comunicación.

Además, se ha concluido, en opinión de muchos, con excesivos interrogantes y muchas lagunas. Es cierto que en un asesinato de estas características, donde los autores materiales están muertos, habría resultado prácticamente imposible dilucidar todos los extremos y conocer toda la verdad, pero hay demasiadas razones, subjetivas en muchos casos, pero tenaces, como para que su finalización y la sentencia pudiesen proporcionar paz a todas las víctimas y cerrar sus heridas, a pesar de las condenas impuestas o quizás debido a ellas.

• • •

En España, por desgracia, hemos sufrido muy graves accidentes aéreos, pero nunca hemos padecido un atentado que afecte a este medio de transporte; a pesar de ello, en los trenes, donde se ha llevado a cabo el mayor de nuestra historia, no se ha producido ni una sola variación visible de las medidas de seguridad en las

estaciones de cercanías en estos diez años. Sin embargo ahora los viajeros somos más conscientes de nuestra vulnerabilidad y la sensación de inseguridad se ha incrementado en la sociedad, aunque ello parezca no reflejarse en las actitudes personales. Las autoridades de todos los países, ante el más mínimo incidente que se pueda producir en cualquier parte del mundo, actualizan y ponen en marcha nuevos y futuristas sistemas de seguridad en todos sus aeropuertos. Procedimientos que supuestamente proporcionan una mayor protección y humillan cada vez un poco más a los viajeros, quienes hasta hace poco tiempo éramos considerados como clientes casi distinguidos y ahora hemos pasado a convertirnos en delincuentes y terroristas en potencia, al menos hasta traspasar los controles de seguridad.

Tras los inicuos atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, donde los muertos se contaron por miles, las medidas se han ido incrementando hasta un nivel de verdadera paranoia. Los controles se han convertido en un desfile de personas descalzas, sujetándonos los pantalones y faldas, y temerosos de que el detector de metales *olfatee* una lima metálica con la que podríamos apuñalar a alguien de la tripulación o abrir un agujero en el fuselaje del avión. Al miedo a volar de muchos pasajeros, se ha sumado el estrés anterior al embarque. Supongo que estas medidas de protección, más que por una cuestión de criterios de seguridad, se han establecido para evitar una posible escalada de psicosis colectiva, puesto que se trata de la vía de entrada y salida más utilizada por los viajeros para otros países, de turistas y de ingreso de divisas, algo que no ocurre en el cercanías, cuyo tráfico es interno, más doméstico y proporciona pocos ingresos. Lo mismo ocurre con los autobuses, que constituyen un objetivo bastante habitual en otros países donde este tipo de atentados es más frecuente y cuyas medidas de seguridad son nulas. El gran número y flujo de pasajeros de estos medios de transporte eleva el riesgo al tiempo que los convierte en un medio donde las medidas de protección son una cuestión difícil de controlar, y es por lo que se continúa accediendo a los trenes y autobuses sin ninguna medida adicional. En ellos alguien puede depositar el equipaje sin el más mínimo control y luego no tomar el transporte sin que nadie lo detecte.

• • •

Cada vez que viajo en *el cercanías*, al paso por cada uno de los monumentos dedico un pensamiento a todas las víctimas, a todas y cada una de ellas. No hago distinción de quién murió dónde, con el deseo de que, dondequiera que estén, puedan ayudar a soportar su pena a los que quedaron aquí. Para mí, todos murieron en todos los

sitios, todos los muertos viajaban en todos los trenes.

Hace bastante tiempo que las velas desaparecieron de las estaciones y ahora ya solo las vemos en la conmemoración de los aniversarios, pero la incomprensión ante lo sucedido y la explosiva mezcla que se produce cuando el dolor se une con la rabia, permanecerán para siempre. Al parecer fueron los propios trabajadores de Renfe quienes solicitaron que se retirasen las velas porque su visión les obligaba a revivir la tragedia un día tras otro. Ojalá seguir adelante resultase tan fácil para todos como retirar unas velas, porque para lograrlo en muchos casos habría que acabar con los trenes y suprimir las estaciones, pero como eso no es posible, tendrán que continuar reviviendo la tragedia, su propia desventura con su visión diaria. Para mí la tragedia toma cuerpo, todavía hoy, cada vez que subo al tren, aunque con el barniz sedante que proporciona el paso del tiempo.

Ese instante en que la vida y la muerte se disputaron tantas almas se materializa en el momento que mis ojos miran hacia fuera en la parada de Santa Eugenia, mientras charlo con algún amigo con quien he vuelto a coincidir después de bastante tiempo. También aquí se ha erigido un recordatorio de nuestros muertos, muy cerca igualmente de la estación, para recordar, para recordarnos que el mundo continúa girando, pero ya sin muchos de nosotros para girar con él. Cuando despierto del duermevela del viaje, ahora ya puedo dormitar de nuevo, al aproximarnos a Atocha, en la calle Téllez, me quedo observando la verja con las flores, secas la mayor parte del tiempo, y la fachada del edificio de las piscinas, hasta que lo sobrepasamos, o en el instante en que desciendo al andén en la estación de Atocha. En cada uno de esos momentos, las ciento noventa y dos personas que perdieron la vida aquel día, aunque ninguno sabía entonces que su suerte ya estaba echada, siempre están conmigo, al igual que lo están cada uno de los heridos y también los que resultaron ilesos. Porque ese día la vida nos la jugamos en un viaje.

Igual ocurre cuando levanto la vista de la lectura y veo el cartel que anuncia la estación de El Pozo. Al llegar aquí, no puedo evitar el recuerdo del comentario de un vecino quejándose de que la tragedia había alcanzado a este barrio de «gente humilde, donde no habían hecho nada malo», como si la posición económica pudiese proporcionar más derecho a vivir o ser asesinados a manos de unos desalmados, como si en las demás estaciones sí mereciesen que ocurriese algo así, o en otros barrios o regiones de Madrid o de España en su conjunto, fuesen peores y mereciesen morir más que otros, como si de algún modo estuviésemos aceptando que maten, siempre y cuando *no nos toque a nosotros*. Que lo hagan, pero no

aquí, sino *un poco más allá*.

Estos días, entre la cascada de declaraciones y comentarios sobre las experiencias vividas, he oído a alguien comentar en la radio que la estación de El Pozo fue la olvidada ese día, creo que era un policía, y que se dirigió allí con su compañero. Es un comentario efectuado, estoy seguro, desde la honradez y el convencimiento, pero también desde la equivocación, pues al parecer desconoce que las explosiones en el tren de la calle Téllez no existieron o no quedaron reflejadas oficialmente hasta las 9 de la mañana, o al menos, eso muestra la correspondencia oficial de la Policía Nacional con el juzgado de guardia, cuando a esa hora todavía no hacía ninguna referencia a nuestro tren. No le escuché desde dónde se dirigió hasta allí para prestar su apoyo, ni la hora. Espero que no fuese una de las sirenas que oímos esa mañana, porque eso querría decir que también él pasó por delante de nosotros, de nuestro tren, sin percatarse de que también allí se había producido la devastación y que estábamos solos.

• • •

Haciéndolo coincidir con el primer aniversario de aquella atrocidad, el 11 de marzo de 2005 se inauguró el monumento que los alcalaínos han querido dedicar en recuerdo perpetuo a las víctimas. En la plaza de la Estación, a unos pocos metros ante su entrada, se ha alzado un grupo escultórico en memoria a la enorme cantidad de viajeros que, ese día, partieron desde esta ciudad, al igual que los trenes, tres de los cuales iniciaron su viaje de destrucción directamente desde Alcalá.

Se encuentra prácticamente a la entrada de la estación del ferrocarril y a apenas unas decenas de metros de donde, ese mismo día, solo unas pocas horas después de las explosiones, encontraron la furgoneta que al parecer los asesinos usaron esa mañana para transportar la muerte. Un vehículo que todavía contenía material pirotécnico diverso para la construcción de más artefactos explosivos, como si esperasen haber vuelto a por ella para continuar con su labor. Con todo ese material, ¿cómo no aseguraron la detonación de todas las bombas?

Es el vehículo que situó a la policía tras su pista y que fue identificado después de que otro acontecimiento sobresaltase e hiciese revivir el miedo a quienes conocieron lo ocurrido. Cuando apenas se había desvanecido el eco de las explosiones, se recibe una llamada de teléfono en Alcalá de Henares. «Hemos colocado más bombas», afirma el comunicante anónimo que la realiza. Es una llamada con un mensaje siniestro, pero afortunadamente falso, que pasó desapercibida para la inmensa mayoría de los españoles, pues

los medios no se hicieron eco de ella, excepto un diario de Alcalá de Henares, que publicó la noticia al día siguiente. Nunca se ha conocido la finalidad de esta llamada, si es que tenía otra que no fuese sembrar la confusión y el pánico una vez más. Finalmente, el vehículo de la estación sirvió para conducir a la policía hasta ellos y poder atraparles en su refugio. Bueno, atraparles no, porque se suicidaron antes de que pudieran hacerlo. Escogerían para ello la localidad de Leganés, situada al otro lado de la provincia de Madrid, en un intento de pasar desapercibidos y no volver al lugar donde prepararon las bombas, Morata de Tajuña, al menos de momento.

Sin embargo, no consiguieron su objetivo de ocultarse. El sigilo y la habilidad que mostraron para no despertar sospechas y actuar con impunidad antes de ese día, lo descuidaron tras los asesinatos y se relajaron, con lo que finalmente, fueron dejando demasiadas pistas. No pasa desapercibido el hecho de que seis o siete individuos ocupen un piso al que probablemente llegaron en un corto periodo de tiempo, y los vecinos debieron de sospechar algo. Es una lástima que no cometiesen al menos los mismos errores antes de haber conseguido sembrar la muerte.

No tengo ni idea del efecto que pretendían transmitir aquel o aquellos que han esculpido esta escultura. Es un monumento sencillo, directo y tal vez engañosamente fácil de interpretar y explicar. Representa a un grupo de pasajeros observando el panel de llegadas y salidas de una estación. De cualquier manera, a pesar de su aparente sencillez, puede adquirir un significado diferente para cada uno de nosotros. Al contemplar a los personajes, veremos e imaginaremos aquello que necesitemos en cada momento. Rostros de felicidad, tristeza, o tal vez soledad y añoranza. En mi caso, me transmite sentimientos, si no de alegría, sí de esperanza.

Cuando los observo, veo unos viajeros con la cabeza erguida y la mirada alta, hombres, mujeres, una familia. Una niña y un bebé en los brazos de su madre me cuentan que, a pesar de la desolación y la pena, la vida proseguirá, que nuestros trenes continuarán llegando y saliendo de las estaciones de nuestras vidas y que hemos de poner esperanza en el futuro.

Hoy, día 11 de marzo de 2014, como todos los años, he vuelto a asistir acompañado de mi hijo al homenaje a las víctimas llevado a cabo junto al monumento. Había gente en el recordatorio, pero no tanta como pensaba que habría al tratarse del décimo aniversario, aunque el hecho de que se trate de un día laborable hace difícil que mucha de la gente que habría deseado acompañarnos pueda estar con nosotros, con ellos. Me ha sorprendido observar que en la tribuna solo se encuentra una persona como representante de todas

las víctimas. El resto, todos los demás que estaban frente a nosotros, son políticos y autoridades diversas. Se ha descubierto la placa con el nuevo nombre por el que será conocida la plaza de la Estación. A partir de ahora este lugar llevará el nombre de plaza del 11 de Marzo. Se ha depositado una corona en recuerdo de los que nos dejaron, aunque su ausencia sea únicamente corporal, acto en el que participan los representantes de todos los partidos. Una vez más, aquellos que nunca estuvieron en los trenes pretenden copar y centrar la atención y hablan y reclaman un protagonismo que debería ser para los que sufrieron la pesadilla, para los que aún continúan sufriéndola.

• • •

Fue tras el acto de conmemoración de uno de los aniversarios, tras haberse inaugurado el monumento en Alcalá de Henares, tal vez el primero o el segundo. Me encontraba frente a los hieráticos personajes, observándolos, recordando y tal vez susurrando una plegaria por todos ellos, por todos nosotros, cuando una adolescente depositó, como una ofrenda para el recuerdo, una fotografía a los pies de los inmóviles viajeros, quienes han quedado inmortalizados para siempre en pie. No están tristes, sonríen, aunque con cierta nostalgia. Parecen aguardar el esperado anuncio de la llegada de algún tren que les llevará a otro lugar, un sitio probablemente mejor o que les traerá la felicidad y la esperanza, bajo la forma de esa persona a la que aman, del ser querido de quien ansían el regreso y con quien anhelan volver a reunirse pronto.

El aire se lleva la foto, la recojo del suelo y es… José María López-Menchero (Chema) y la que depositaba la foto es su hija, acompañada o acompañando a su madre y algún otro miembro de su familia. Les cuento que soy un antiguo compañero suyo y amigo de mis días de aprendiz de jinete, en los que, acompañado de Carol, íbamos los fines de semana al Depósito de Sementales de Alcalá de Henares, donde él estaba destinado y donde nos encontramos tras haber sido destinados cada uno a un lugar, desde los lejanos tiempos de la Academia de Suboficiales.

Alguna mañana, aunque no muy a menudo, nos habíamos encontrado en la estación y charlado no más de unos minutos, pero aquella mañana no le vi, ese día llegué con el tiempo un poco justo, cuando él probablemente ya hubiese subido al tren. Chema es otro de los que quedó para siempre allí en las vías y en el corazón de su familia y amigos.

Cuando paso por la puerta del que fue aquel acuartelamiento, le recuerdo y, casi siempre, sonriendo. Todavía hoy monto a caballo de vez en cuando, aunque continúo sin pasar del estadio de alumno.

Al evocar esos momentos, muchos otros compañeros y amigos de esa época me vienen a la memoria y de manera inevitable tengo un recuerdo para Fidel Dávila, quien fuera mi capitán en los inicios de mi vida militar, con quien también coincidía allí en esos días. Le encantaba la hípica. También cayó asesinado por una bomba, en este caso depositada en un coche y sin acento extranjero. Ocurrió en 1992 a manos de la banda terrorista ETA, junto a otros tenientes coroneles, en la calle Joaquín Costa, en Madrid. La furgoneta en la que viajaban, ¡qué funesta coincidencia!, también partió de Alcalá de Henares.

Recogí la foto del suelo y les pedí que no la dejasen allí; no me habría gustado ver la fotografía de un compañero y amigo por el suelo, manchada o rota; creo recordar que no les conté que yo también iba en el tren, como si sintiese una especie de vergüenza.

• • •

El tiempo, efectivamente, ha transcurrido para todos los que estuvimos allí y pudimos contarlo y para aquellos a quienes la tragedia atacó con un zarpazo. Sin embargo, estos diez años no han sido iguales para todos. Su transcurso ha supuesto un bálsamo para quienes, como me ocurre a mí, los acontecimientos de aquel día no han dejado huellas físicas perennes y creo que tampoco psicológicas.

Unos meses después de la tragedia, tras realizarme diversas pruebas médicas, fui convocado para ser examinado por un tribunal médico para poder recibir el posterior reconocimiento como víctima. Tras las cuestiones que, supongo, son de rutina, me interrogaron, aunque intentaron ser bastante sutiles a través de preguntas indirectas, sobre mi estado psicológico. Mi respuesta en aquel momento, al igual que hoy, fue que mis recuerdos y pensamientos son normales y los mismos que pueda sufrir cualquier otra persona a la que han intentado matar. «Creo que estoy bien, las posibles deficiencias creo que venían de fábrica», repliqué intentando restar seriedad al momento. De todos modos, tampoco sé muy bien qué significa ser normal y tendría que haberles preguntado a los miembros del tribunal qué consideran ellos como normal.

CUARTA PARTE

AL OTRO LADO DE LAS VÍAS

Tras hablar con mi familia y comprobar que todo estaba como debía, dejaron de ocupar su sitio en mi cabeza, como si un interruptor se hubiese desconectado, para centrarme en lo que creía que debía hacer. Doy gracias porque mi hija no viniese conmigo, no sé qué habría hecho si le hubiese ocurrido algo. Tampoco sé si, aun no habiéndole sucedido nada, habría permanecido allí o la habría acompañado para sacarla de aquel lugar. Creo que la decisión de quedarme allí, al menos para mí, no fue una decisión difícil de tomar, pues nada se interpuso en ella. Ellos no tuvieron la opción de otra tarea que no fuese preocuparse por lo que podría haberme ocurrido, incluida la posibilidad de que les hubiese mentido. Para ellos transcurrieron más de cuatro horas entre el miedo y la preocupación, a pesar de que yo, al menos, pude telefonearles. Unas terribles y largas horas que soportaron aquellos que se encontraban esperando *al otro lado de las vías*. Ellos también soportaron el dolor de las explosiones, ante la falta de noticias o, peor aún, sabiendo que parte de sus vidas, pedazos de sus corazones, se encontraban en el centro de una pavorosa alucinación y no podían hacer nada para aliviar su pena.

De ese día, cada uno de nosotros guarda una imagen o frase que desencadena los recuerdos y hace revivir su propia tragedia. Carol vivió y sufrió su propia experiencia, que se inicia con la frase, quizá un poco demasiado gráfica, que utilicé para describir lo que estaba viendo mientras hablaba con ella y que, por desgracia, no ha olvidado: «Esto es una carnicería».

> Son palabras que marcaron un antes y un después en mi vida y me acompañan en diversas situaciones y lugares. Cada vez que tomo un tren o paso cerca de la estación, cuando se hace referencia a ese día en los medios de comunicación o me cruzo con algunas caras conocidas o con amigos que viajaban en esos trenes, en definitiva todos y cada uno de los días de mi vida, desde ese terrible 11 de marzo de 2004.
>
> Ese jueves no tenía nada de especial, mi marido era el primero en salir de casa para ir al trabajo y poco después mi hija marchaba a sus prácticas y mi hijo al instituto. Yo trabajaba por las tardes, por lo que podía quedarme un ratito más en la cama.

Mi hijo se quedó dormido y le despertó el teléfono. Vi cómo se quedaba blanco y me decía:

—Es papá, dice que te pongas.

No me dijo nada más, pero el estómago se me encogió. La llamada, tan inesperada, no presagiaba nada bueno.

—Carol, ha habido un atentado en el tren —aunque lo soltó en un tono bastante tranquilo, supe que tenía que haber sido algo importante—, ha sido a la altura de Atocha, pero yo estoy bien.

Nunca olvidaré ese momento; tantos años con miedo a que le ocurriese algo por causa de su trabajo y cuando más tranquila estaba y más seguro le creía, yendo a estudiar, llegó la temida llamada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—, ¿ha sido mucho?

Bajando un poco la voz, responde, como para sí mismo:

—Esto es una carnicería.

Inmediatamente le digo que voy a por él, aunque ya sabía, antes de oírla, cuál sería su respuesta.

—No, ahora hago falta aquí, yo aviso para que vengas a buscarme. —Y pasó a lo que le preocupaba en ese momento—. Tienes que ir a casa de Ángeles y avisar a su familia. Venía en el mismo tren que yo.

Le pregunto qué tal se encuentra ella.

—Diles que está bien, que no se preocupen.

Antes de colgar me dice que no le llame.

—Esto es un follón, yo te llamaré en cuanto pueda.

Mi hijo salió corriendo para el instituto.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

—Papá me ha dicho que tengo que ir a clase.

Minutos más tarde llega mi hija. Estaba en un tren en la estación de Alcalá para ir a Madrid. Me cuenta que recibió una llamada de su padre indicándole que se bajara del tren y que se fuera a casa, que le había contado lo del atentado. Llega muy nerviosa y me dice que por la tele ya están informando de lo ocurrido.

Me fui a casa de los vecinos a cumplir con la labor que me había encomendado. Informar a los hijos y a la madre de mi vecina de que esta había sufrido un atentado no ha sido, desde luego, de las tareas más fáciles que he tenido que realizar. Les expliqué que su hija y madre estaba bien, que mi marido estaba con ella y que nos llamaría para darnos más noticias. Unos minutos más tarde los tres vendrían a mi casa. Juntos vimos en televisión las escalofriantes imágenes, esperando la llamada de mi marido. Cuando volví a casa, la noticia estaba en todas las cadenas de televisión. Las imágenes… bueno, qué puedo contar de esas imágenes que todos recordamos.

El teléfono empezó a sonar. Amigos que sabían que Jose regularmente viaja a Madrid a esas horas llamaban para interesarse. Yo se lo agradecía, pero al mismo tiempo quería dejar libre la línea para que él pudiera llamarnos. Lo hizo, pero solo para informarnos de que a Ángeles la llevaban a un hospital. Que no sabía a cuál, que había un tremendo lío.

Le volví a decir que íbamos a por él, que ya estaban la policía, la Cruz Roja, ambulancias, Protección Civil… que él ya no tenía nada que hacer allí, pero insistió:

—¡Aquí todos hacemos falta!

La mañana se hizo eterna esperando que llamase. Cuando finalmente nos dice que podemos ir a por él, ya es muy tarde.

Cuando mi hija y yo entramos en Madrid, la imagen era desoladora. No había coches en las calles, solo ambulancias y taxis. Madrid se había volcado en prestar su ayuda. Las colas para donar sangre eran larguísimas. Ese Madrid silencioso nos impresionó casi tanto como las imágenes que habíamos visto en la televisión.

Por fin recogemos a mi marido. Sin abrigo, con el frío que hacía, y cubierto de sangre.

—¿Esa sangre es tuya? —le preguntamos mi hija y yo.

—No lo sé —nos responde con un hilo de voz.

Las dos nos pusimos como locas a comprobar si tenía algún daño físico.

—No me duele nada, solo la cabeza —nos repetía.

—Vamos a un hospital ahora mismo —le dijimos.

—No —responde de modo tajante. Nos dice que a los hospitales están llevando a gente muy grave—. Los médicos tienen ahora mucho trabajo, ya veremos mañana.

Tenía la cabeza llena de cristales, estaba lleno de sangre de otras personas, la piel blanca como la de un cadáver, pero creo que nunca en mi vida le vi más guapo, ni me alegré tanto de verle.

En el camino a casa nos llamó el marido de nuestra vecina, que, por motivos de trabajo, estaba de viaje. Es muy difícil hablar con los familiares de un herido, es admirable la labor de todos los voluntarios que, horas más tarde, en IFEMA, ayudaron a tantas y tantas familias.

Cuando llegamos a casa, tras una ducha, quiso contarle a la familia de Ángeles lo que él sabía. Su hijo seguía buscándola por los hospitales de Madrid, mientras que su madre y su hija estaban en casa a la espera de noticias.

Después no quería estar en casa. Salimos a dar un paseo, a comer fuera. Estar entre cuatro paredes le agobiaba. Estaba en silencio, pensativo, y de vez en cuando, como a impulsos, nos contaba algo. Los tres, mis hijos y yo, éramos conscientes de que le costaba asimilar la experiencia vivida hacía apenas unas horas.

Poco a poco, con el tiempo, nos ha relatado algunas cosas que le tocó vivir. Sabemos que no ha detallado todo, pero sabemos que no lo ha hecho con la única finalidad de protegernos.

Hoy han pasado diez años. Los actos en conmemoración del décimo aniversario nos ayudan a revivir todo lo sucedido ese terrible día. Nos acordamos, una vez más, de las familias que perdieron a un ser querido en ese terrible atentado. Y de nuevo nos preguntamos para qué y qué se consiguió.

La vida me ha enseñado que de todas las experiencias que nos toca vivir hay que encontrar el lado positivo y esta experiencia también tiene su lado bueno, aunque eso parezca increíble. La solidaridad de los madrileños, no utilizando los coches, bajando mantas, haciendo colas, con la cabeza baja y muchos llorando en silencio, para donar sangre, me hace pensar en que hay más gente buena que mala y que solo por eso hay que levantar la cabeza, mirar al horizonte y seguir hacia adelante.

Pero nunca olvidaré lo vivido ese 11 de marzo, nunca me olvidaré de los que ese día no pudieron volver a su casa porque estaban en un hospital, nunca me olvidaré de las familias que perdieron a sus seres queridos, porque, efectivamente, en esos trenes íbamos todos o casi todos.

• • •

La vivencia de Jose el día de los atentados fue precedida con la frase con la que comencé la conversación con él, cuando llamé a casa esa mañana. Palabras que no tenían otra finalidad que dar una impresión de normalidad a la situación que no tenía nada de normal: «¿Qué haces todavía en casa?».

—Deberías estar en el instituto —me dijo mi padre por teléfono. Esa mañana se me habían pegado las sábanas y se había dado cuenta. Esa llamada me despertó, pero, por desgracia, con noticias horribles.

—Dile a tu madre que ha habido un atentado en el tren —y me recalca que no nos preocupemos, que está bien. Esa segunda parte de aquella conversación fue quizás la que aportó algo de tranquilidad a aquel fatídico día.

Me levanté de la cama para obedecer las órdenes de mi padre y, después de avisar a mi madre, eché a correr hacia el instituto. Llegué tarde, pero la profesora de inglés, que venía desde Madrid todas las mañanas en tren, apareció más tarde aún. Según iba avanzando la mañana, los jóvenes estudiantes de secundaria nos íbamos dando cuenta de la magnitud de los hechos y los nervios y los llantos empezaban a aparecer entre los alumnos.

Profesores que no llegaban, padres que podían ir en ese tren, tíos que siempre lo tomaban a esa hora, estudiantes que se salvaron por la huelga… pero yo estaba tranquilo, mi padre estaba bien y eso era suficiente, ya que me constaba también que

esa mañana mi hermana no había ido a Madrid en el mismo tren que mi padre. Los pasillos, llenos de alumnos y profesores llorando, mostraban un panorama desolador: muchos de esos chicos eran hijos de personas a las que robaron sus vidas. Algunos no volvieron a ver a sus padres o madres.

Era época de exámenes en el Instituto de Enseñanza Secundaria Alkal'a-Nahar, pero esa mañana solo algún profesor tozudo o que intentó dar un aire de normalidad a la situación se atrevió a hacer enfrentarse a los exámenes a los hijos de muchas personas que iban en aquellos trenes. Aún diez años después de lo sucedido aquella desoladora mañana, sigo sin comprender cómo hubo profesores con la suficiente sangre fría para someter a los chicos a semejante tortura. Recuerdo a una compañera llorando mientras hacía su examen de música.

Un profesor de geografía nos contó a eso de las diez y media que no solo había explotado una bomba, que habían sido varias y en varios lugares y momentos diferentes. Quizás fue ese el único momento de la mañana en el que pasé miedo. ¿Y si la bomba de Atocha había sido después de la llamada de mi padre? Los teléfonos de la jefatura de estudios estaban saturados de alumnos en mi situación, así que, saltándonos las normas, mi mejor amigo y yo salimos del instituto hacia su casa para poder llamar a mi padre y quedarme tranquilo. Las líneas estaban colapsadas, así que fue imposible comunicar con nadie, por lo que volvimos al instituto, ya que teníamos examen. Esa mañana suspendí música, y con ello eché un borrón en mi expediente académico.

A eso de la una de la tarde, después de haber visto a muchos amigos y amigas llorando, asustados por la posibilidad de haber perdido a personas amadas en esos trenes, volvimos a saltarnos las normas y muchos alumnos corrimos a nuestras casas para poder averiguar qué había pasado con nuestros familiares.

Los hechos comprendidos entre que llegué a casa y vi a mi padre aparecer no soy capaz de recordarlos con claridad. Recuerdo a Matías Prats en los informativos y aquellas sobrecogedoras imágenes de gente sangrando y trenes reventados.

Cuando mi padre apareció en casa creo recordar que lloró. Es muy difícil ponerse en la piel de alguien que vive un hecho como ese, que se enfrenta al infierno durante su camino al trabajo y luego vuelve a casa y se reúne con su familia al completo. Mi padre no quería estar en casa, así que tuvimos una agridulce comida en un restaurante: aun teniendo a papá con nosotros, resultaba imposible sonreír aquel día.

De esa tarde tengo pocos recuerdos. Quizás la tranquilidad que nos invadió después de tener al «jefe» en casa haya borrado mis recuerdos de esa tarde. Solo resuena en mis oídos la televisión hablando de los culpables, a los políticos del Gobierno echando balones fuera, la oposición intentando marcar goles y, mientras tanto, muchas familias no tan afortunadas como la mía que buscaban a sus padres, madres, hijos, hermanos, en el IFEMA. Doy gracias de no haber tenido que vivir aquella situación, no existe persona lo suficientemente fuerte para pasar por aquel velatorio improvisado y superarlo del todo.

Aquel jueves 11 de marzo nos dejó ver cómo los madrileños, más unidos que nunca, ayudaban en la medida de lo posible. Los verdaderos héroes anónimos, aquellos que, como mi padre, bajaron de los trenes y se dedicaron a aportar su granito de arena para poder atender a todo el que lo necesitaba. Recuerdo la historia de alguien que, en Atocha, perdió su vida por quedarse a ayudar a los demás. Ciudadanos como ellos son los únicos capaces de haber sacado algo positivo de una masacre sin precedentes: cuando los madrileños nos necesitamos los unos a los otros, respondemos.

El viernes fue el día de las conmemoraciones, las manifestaciones y la búsqueda de culpables. Recuerdo que mis compañeros y yo nos pintamos las manos de color blanco y salimos al patio del instituto para rendir homenaje a todos aquellos que nunca llegaron al trabajo la mañana anterior; pero duró poco, seguía siendo más importante la clase de matemáticas. Por la tarde me manifesté con mis compañeros en el casco antiguo de Alcalá. Una manifestación ilegal donde gente de toda clase recordaba a las víctimas. No hablábamos de buscar culpables, solo rogábamos que crueldades así no volvieran a suceder. Solo pedíamos un mundo pacífico, menos violento, un mundo mejor, nada más. Mientras tanto, los políticos hacían campaña

en televisión, como siempre.

• • •

La experiencia vivida por Hilda fue un poco más cercana, puesto que, en teoría, ella ese día debía ir conmigo en el tren, y además, se encontraba subida en uno cuando recibió mi llamada. Con ella fui menos sutil, puesto tenía que hacer que bajase lo más rápidamente posible del vagón. Tampoco ella lo ha olvidado: «¡Baja del tren, ha habido un atentado!».

El pitido anuncia el cierre de puertas, por fin nos vamos; ese fue mi pensamiento. Pero el tren no sale de la estación. Algunas personas, las que van más apuradas, comienzan a abandonar el vagón, buscando el tren estacionado en la vía∫ de al lado y que tiene su hora de salida prevista cinco o diez minutos después del mío. «Qué mala suerte, me he subido en el tren que se ha estropeado». Pienso en esperar unos minutos a ver si por fin arranca o dicen algo por los altavoces. En realidad no tengo un horario de entrada fijo en las prácticas, así que no necesito ir de un tren a otro corriendo. Hago las prácticas del final de la carrera en la Comunidad de Madrid, en Príncipe de Vergara, y mi tutor de prácticas me permite un horario de entrada y salida flexible. Normalmente entro temprano, me gusta aprovechar el día y sobre todo viajar con mi padre en el tren. Hasta ahora, he estudiado y trabajado en la misma ciudad de residencia y los viajes en tren se me hacen largos. Por ello, me gusta poder ir con él y aprovechar el tiempo para charlar o simplemente ir leyendo uno al lado del otro. Parece que el viaje en tren se hace más dulce cuando vamos juntos. Hoy no ha querido despertarme, ayer nos acostamos todos muy tarde y ha preferido dejarme dormir un ratito más.

—Hilda, me voy ya, duerme un poco más —me ha dicho esta mañana y, aunque es una hora de diferencia, parece que tomar el tren cuando ya es de día cambia la perspectiva del sueño. Además, es jueves y el cansancio de la semana se va acumulando.

Mi tren sigue sin iniciar su marcha. ¿Cuánto retraso lleva ya? Tendría que haber salido a las 7.40 y sigue clavado en la vía. Miro por la ventanilla y el tren de la izquierda (el que debía salir con cinco o diez minutos de diferencia) tampoco ha abandonado la estación. *¿Qué pasará?* La huelga era solo de estudiantes, creo. Además, pienso que si hubiese huelga de Renfe, mi padre me habría llamado para avisarme.

Justo en ese momento, el móvil: «Llamada entrante: PAPÁ».

—Hola, papi, buenos días, cuéntame.

Le noto tranquilo al otro lado del teléfono.

—Hilda, ¿dónde estás?

Le respondo que en el tren y que todavía no hemos salido de la estación de Alcalá.

—¡Baja del tren!

El tono, aunque sigue siendo tranquilo, muestra apremio y urgencia y aunque no lo dice, por la forma en que me habla, quiere decir «ahora mismo». Todavía con él al teléfono, cojo el abrigo, la carpeta y la bolsa y salto al andén por la puerta más cercana, que hace unos minutos alguien dejó abierta al cambiar de tren. Ya en la vía vuelvo a centrarme en la conversación.

—Papá, ¿qué pasa?

Su voz al otro lado del teléfono vuelve a ser calma.

—Tranquila, sigue andando y aléjate de las vías. —A continuación añade—: Mejor, vete a casa. —Entonces me cuenta—: Vas a empezar a oír que ha habido un atentado en Atocha.

Han puesto bombas en el tren. Me indica que llame a la familia, a mi abuela Hilda, que seguro que a estas horas ya está escuchando la radio y me dice que no nos asustemos, que él se encuentra bien. Pasan por mi mente los ataques terroristas que he visto en la televisión durante años, los padres de mis amigos y compañeros de

colegio que una mañana ya no volvieron a casa, y noto subir un escalofrío por la espalda.

—¿Es grave? ¿Hay muertos? —no puedo evitar preguntárselo.

—Sí, es grave. Pero yo estoy bien, hay mucho que hacer aquí y hay gente que también tiene que utilizar el móvil. Tengo que dejarte, voy a llamar a casa.

Me alejo de las vías y entro de nuevo en la estación. Todo parece tranquilo, nadie parece haberse enterado todavía. Me acerco a la cafetería que hay en el interior, me noto inquieta y sedienta de información.

—Por favor, ¿puede darle volumen al televisor? —le pregunto al camarero que hay en la barra.

—Lo siento, bonita, pero la televisión la tenemos siempre sin volumen, si no, sería un follón.

Estoy a punto de darme la vuelta e irme, pero necesito saber qué está pasando en Madrid.

—Creo que ha habido un atentado en Atocha.

El camarero me mira a los ojos y no duda un instante. Sube el volumen del televisor justo cuando el presentador de los informativos de la mañana —*¿era Hilario Pino?*— anuncia una noticia de última hora: se ha producido un atentado en la estación de Atocha en Madrid.

Llamo a la familia mientras salgo de la estación y me dirijo a casa, supongo que a mi padre no le importará que tome el autobús (no creo que sea peligroso) y les cuento lo poco que sé: uno, que ha habido un atentado en Atocha, dos, que parece bastante grave, y tres, papá está bien, yo misma he hablado con él.

Repito el tres todo el rato en mi cabeza hasta llegar a casa. Allí, mi madre me espera tranquila. Ya hemos hablado por teléfono y ella también ha podido oír la voz de mi padre. A ella le planteo todas mis dudas.

—Mamá, ¿estará realmente bien?

Cuando me ha dicho que estaba bien, ¿se refería a que no estaba herido o a que estaba vivo?

Parece que mi madre se ha preparado para esto toda la vida, desde aquella primera vez que mi padre se fue de misión, «a la guerra», como lo veía yo con mis doce años y mi incomprensión de por qué mi padre tenía que verse envuelto en una guerra que no era nuestra. Mi madre, en aquel momento, ya me explicó que mi padre iba a Yugoslavia a defender y proteger a niños y niñas como yo y como mi hermano pequeño, Jose.

—¿No te gustaría que si nosotros tuviéramos problemas, vinieran otras personas a protegernos? —me contaba—, pues no puedes ser egoísta, papá ahora tiene que ir a ayudar a otros niños que necesitan ser protegidos.

Ahora, diez años después de aquello, utiliza el mismo tono para explicarme (pero en mi mente casi la misma incomprensión) la razón por la que no podemos ir a buscarle todavía. Eso sí, ahora su explicación es más corta.

—Tu padre es necesario allí y él está preparado para ayudar en estos casos. Iremos cuando nos llame.

Nosotras también tenemos tarea: avisar a la familia de mi amigo y vecino Eduardo y decirle que su madre también iba en el tren. Qué trago. Eduardo tiene mi edad y desde que llegué a la urbanización nos hemos llevado bien. Ellos tendrán que fiarse de nosotras y de mi padre para creer que su madre está bien… y sin escuchar su voz, como he podido hacer yo.

La mañana transcurre entre informativos y llamadas de teléfono con el corazón sobrecogido. La abuela de Eduardo, en nuestro salón, muestra el espanto que sentimos todos.

—¿Y mi hermano sigue en el instituto?

Cuando le he preguntado a mi madre me ha dicho que se le habían pegado un poco las sábanas y que ha salido corriendo a clase antes de que ella terminara de hablar con mi padre. Llaman numerosos amigos que saben que mi padre iba en tren al trabajo. Mi mejor amiga, Verónica, de Erasmus en París, llama asustada. Los españoles que estudian o viven fuera sufren el 11-M con la desazón de estar lejos de casa.

—Sí, iba en uno de los trenes que ha explotado, pero él está bien.

Creo que es la frase que más he repetido esta mañana. Reconforta saber que el bienestar de tu familia es importante para tanta gente. Que en esos momentos de temor y tristeza no estás solo.

Poco antes de mediodía ya tenemos el OK para ir a recogerle. ¡Por fin! Mi madre y yo salimos en el coche y nos planteamos las posibles rutas para llegar a Madrid sin caer en un atasco. Suponemos que la autovía de Zaragoza, siempre conflictiva, estará hasta los topes, teniendo en cuenta el caos que se estará produciendo en Madrid toda la mañana. Por la radio, vamos escuchando las reacciones de los políticos y oímos al lendakari vasco decir que ETA está escribiendo sus últimas páginas y que los vascos y vascas tienen el corazón roto. Por desgracia, también va subiendo el número de fallecidos. A estas horas, los hospitales ya están colapsados de heridos, familiares y madrileños que, en un acto de solidaridad desesperada, van a donar lo que se les ha pedido: sangre. Desde luego, pagamos con sangre esta masacre.

En la avenida Ciudad de Barcelona ya le vemos esperando.

—¡Ni ha perdido la bolsa negra! —le digo a mi madre entusiasmada, pues con eso intento convencerme a mí misma, una vez más, de que mi padre ha salido indemne de esta. Más tarde me daré cuenta de que salió, pero no indemne, ni mucho menos. Ninguno saldremos indemnes de este día. Cuando llegamos a su altura, paramos el coche y nos bajamos a abrazarle. Está manchado de sangre por todas partes.

—¿La sangre es tuya?

Se palpa como si fuera la primera vez que piensa en la posibilidad de estar herido.

—No lo sé, creo que no.

Yo le busco en la cabeza señales de algún corte mientras mi madre reanuda la marcha, camino a casa. Esa vuelta a casa es un cúmulo de emociones: mientras atravesábamos un Madrid impactado, sobrecogido y silencioso, yo me sentía dichosa por tener a salvo a mi padre, por no tener que hacer el vía crucis que sufrieron muchas familias por los hospitales de Madrid buscando a sus heridos, o peor aún, el camino del calvario a IFEMA que emprendieron ciento noventa y una familias aquellos días. Entre el pavor y la esperanza, entre el desconsuelo y el optimismo, yo volví a casa con mi padre aquel 11 de marzo. Llevo en mi corazón a aquellos que no pudieron hacerlo.

NO HAY EPÍLOGO

La historia comenzó aquel día. Aquella fecha fue el final de un acto más de la tragedia, pero puso corazón y alma a la historia de una ciudad, de un país y de unas gentes que hubimos de iniciar un nuevo trayecto, un viaje de dolor y soledad, en el que cada uno de nosotros deberá arrastrar su parte de culpa por lo ocurrido. Una nueva etapa tratando de recomponer los jirones de nuestras vidas.

Casi fue ayer, siempre será casi ayer. Un jueves más y la primavera de un apacible y frío día de final del invierno se encontraba a la vuelta de la esquina sin que nada presagiase que algo malo pudiese ocurrir. El despertador había sonado, como siempre a la hora habitual, sin percatarse de que la definitiva e inaplazable llamada de la muerte ya se había producido hacía mucho tiempo. Todavía faltaba una hora para amanecer cuando, como tantas otras veces, como muchas otras personas, abandoné mi hogar y salí a la todavía noche cerrada, sin saber que, hacía muchos meses, alguien había puesto en marcha el mecanismo del odio para que unos semejantes a los que no conocíamos intentaran aniquilarnos a todos y casi lo consiguieran. Llegué a la estación cruzándome con gente que, como yo, tampoco tenía la posibilidad de saber que su nombre ya estaba escrito con sangre en una fúnebre relación y probablemente también con aquellos que habían contribuido a grabar los nombres. Como cada día, tomé el primero de los dos trenes, exactamente iguales, para acudir al trabajo, sin sospechar que la muerte ya nos estaba esperando en sus vagones, marcando con señales invisibles e imborrables a quienes esa misma mañana serían llamados de manera inapelable a abandonar este mundo.

El tiempo, inexorable, ha transcurrido para todos, excepto para quienes ese día nos dejaron. Ellos permanecerán ya inalterables para siempre en nuestro recuerdo, como la foto que aún continúa presidiendo el salón de casa. Para muchos a los que no nos quedaron cicatrices visibles que nos lo recuerden cada vez que nos levantamos o nos miramos al espejo, este tiempo ha contribuido a mitigar el dolor de la tragedia y los recuerdos, aunque sin olvidar ni un instante nada ni a nadie, pero pienso en todos aquellos en los que las consecuencias son permanentes y han de revivir, muy a su

pesar, aquellos momentos, cada día, cada instante. El tren de la vida ha continuado su trayecto y los hijos han crecido, sin padres o madres a los que dirigir su mirada en los momentos alegres o en quienes buscar su apoyo y consuelo en las situaciones difíciles. Para quienes perdieron a algún ser querido, el tiempo también habrá intentado proporcionar la capacidad de vivir con los recuerdos gratos de la persona amada y la fortaleza necesaria para sobrellevar su ausencia y la pérdida, si bien no siempre lo ha conseguido. Madres y padres hemos envejecido un poco más, el tiempo ha pasado sobre nosotros como un vendaval dejando su imborrable marca, mostrándonos que somos sus prisioneros, que a él no podemos escapar. Padres y madres que, en muchos casos, ya no tendrán la oportunidad de ofrecer sus consejos vitales a sus vástagos, ni ayudarles en las encrucijadas que habrían tenido que encontrar y sortear en su vida. Han continuado levantándose cada día y realizando sus tareas de modo mecánico, en un viaje a ninguna parte, porque lo que han hecho desde aquel día, para ellos, tal vez ya no merezca el apelativo de vida.

Es esta una historia en la que no puede haber epílogo porque nuestras historias no se detendrán y las vidas de los que nos dejaron serán revividas cada día, con cada uno de los recuerdos, con cada foto, en cada noticia. Se cumplirán y serán continuadas a través de hijos y padres, abuelos y hermanos y amigos. Los demás habremos de conseguir, o al menos tendremos que intentarlo, llevar sobre nosotros el peso de no haber sido capaces de llegar hasta los sentimientos y el padecimiento agudo de cada uno de ellos.

Era un día como otro cualquiera, nada lo diferenciaba de tantos otros, pero ese jueves no hubo misericordia con nosotros. Esta se escondió aterrorizada por lo que se avecinaba, la compasión se perdió como se pierde el agua entre los dedos, del mismo modo que la sangre se derramó en los trenes y cayó, inútil, en una tierra baldía y pedregosa.

Fue esa mañana de jueves cuando la vida se detuvo para todos los españoles. Una vida que se había iniciado, como un viaje, mucho tiempo atrás, en mil lugares distintos, y que entonces se truncó. Cuando nuestros corazones, como uno solo, al unísono, dejaron de latir, se hizo un tajo tan profundo que permanecerá para siempre como una herida abierta.

Table of Contents

LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-1
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-2
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-3
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-4
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-5
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-6
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-7
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-8
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-9
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-10
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-11
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-12
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-13
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-14
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-15
LA_VIDA_EN_UN_VIAJE(EPUB)-16